

JUAN BOSCH MILLARES

DON GREGORIO  
CHIL Y NARANJO

SU VIDA Y SU OBRA

EDICIONES DEL EXCMO. CA-  
BILDO INSULAR DE  
GRAN CANA-  
RIA

Entre los primordiales propósitos del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria se ha contado siempre el estímulo y exaltación de todas las actividades del espíritu en la Isla. Para hacer más eficiente ese propósito, el Excmo. Cabildo, a través de su Comisión de Educación y Cultura, ha emprendido unas cuidadas ediciones que abarcan diversas ramas del saber y de la creación literaria.

Entre otros textos, se publicarán antologías, monografías y manuales en que se presenten y estudien aspectos relativos a nuestras Islas; y se reeditarán, además, obras que por su rareza, por su importancia o por su antigüedad, merezcan ser divulgadas. A competentes especialistas se encomendarán los prólogos y notas, así como cada una de las ediciones.

\* \* \*

Esta empresa editorial constará de las secciones siguientes:

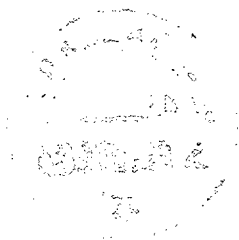
- I.—Lengua y literatura.
- II.—Bellas Artes.
- III.—Geografía e historia.
- IV.—Ciencias.
- V.—Libros de antaño.
- VI.—Varia.

Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria  
(*Comisión de Educación y Cultura*)



III

GEOGRAFÍA E HISTORIA



(Al cuidado de Ventura Doreste y de Alfonso Armas)

JLQ 10.284



JUAN BOSCH MILLARES  
SOCIO DE HONOR Y DIRECTOR DE EL MUSEO CANARIO

# DON GREGORIO CHIL Y NARANJO

SU VIDA Y SU OBRA

*24425*  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
LAS PALMAS DE G. CA.  
N.º Documento 24425  
N.º Copia 623826

L. GALLARDO  
N.º 245962  
BIBLIOTECA

1971



*A la Ciudad de Telde, donde nació y vio la luz del mundo, Gregorio Chil y Naranjo, uno de sus hijos más ilustres.*

*PRIMERAS PALABRAS*

*Entre los hombres del siglo XIX, naturales de esta isla, que dejaron huellas de buril en el surco de sus caminos, merece atención especial el que se llamó en vida Gregorio Chil y Naranjo. Dedicado desde su mayor edad al estudio e investigación de nuestros antepasados, buscando en archivos, bibliotecas y museos, datos y noticias referentes a aquéllos, logró reunir en el transcurso de los años un material copioso que le sirvió de base para sus publicaciones y enseñanzas. Impulsado además por su amor a la tierra donde vio la luz del día, y guiado por su espíritu de observación, el Dr. Chil no dudó en consagrar su tiempo al conocimiento de cuanto concernía a los primitivos pobladores y en poner su fe y entusiasmo en el trabajo de cada día, porque estaba convencido de que al final de su camino había de dejarnos un rico tesoro de objetos y documentos pertenecientes a las épocas pre y posthispánicas. Objetos y documentos que llegaron a inspirarle y conducirlo a la creación de*



*un centro cultural denominado EL MUSEO CANARIO, donde se guardara el pasado de nuestra historia.*

*Por estas razones constituyó pecado imperdonable, por parte de sus paisanos ensamblados en el olvido, el prolongado silencio en que se tenía a estos hombres destacados en las distintas ramas del saber humano, para los que fue pródigo el referido siglo. Por ello, rompiendo esa indiferencia que nos hace ser injustos, he sentido al empezar a escribir la presente biografía una íntima satisfacción y sensación de bienestar al dar cumplimiento a este deber, porque estribando la nobleza del hombre en reconocer y proclamar las virtudes de los demás, esta ocasión y la causa que la inspira, son motivos suficientes para dedicar el tiempo necesario al estudio de la obra admirable que llevó a cabo en beneficio de todos, y en especial de los que sienten interés y atracción por esta clase de entendimientos. Si a ello se añade que mis años de Director de la Sociedad, cargo que ocupó en vida, han dado oportunidad y ocasión para conocer de cerca sus pasos en los terrenos de la ciencia y de la historia, resolviendo dudas y ratificando o rectificando hechos, pueden valorarse la emoción con que voy grabando las cuartillas que siguen y la atención que he puesto buscando la marcha de su existencia.*

*Como confirmación de lo dicho, basta pasear por las salas del museo y de la biblioteca que creó, en esas horas de la tarde en que la penumbra de la luz solar va amortiguándose lentamente, hasta borrar las silue-*

*tas de los objetos en ellas guardados, para sentir el escalofrío de la agitación interna y el deseo de dialogar con los cráneos inanimados y los legajos y manuscritos catalogados que parecen mirar y oír, desde sus vitrinas y anaqueles, el ritmo acompasado de los visitantes. Y por si fuera poco, durante esas horas las ricas colecciones de antropología, cerámica, prehistoria, etnología, mineralogía, petrografía, zoología y los valiosos documentos que allí duermen, van despertando en las almas de los que los contemplan, ese sentimiento de gratitud y de justicia hacia los hombres que, como el Dr. Chil y Naranjo y los que le acompañaron con voluntad y entusiasmo insuperables, pudieron legar a su tierra una joya inestimable y un centro de alto valor científico e histórico que el tiempo no desgasta.*

*Son, pues, estas primeras palabras fiel expresión de mi admiración y reconocimiento hacia quien tan alto puso su amor a la tierra que le vio nacer y morir, dejándonos el principal lugar de investigación del pasado y presente de nuestra historia, y una fundación que sirve de ejemplo y guía a los que interesados por ella van aportando, en la medida de sus fuerzas, el grano de arena que ha de añadirse al conjunto de conocimientos y costumbres que forman la cultura o estado social del pueblo canario.*

*Réstame sólo hacer constar mi agradecimiento y estimación profundos al Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria y a su Comisión de Cultura, por haber dispuesto la publicación de esta obra, y a mis colabo-*

*radores Aurina Rodríguez Galindo, José Naranjo Suárez, José León Gutiérrez y Carlos Naranjo Suárez, por haberme ayudado en la elaboración de la misma desde los puntos de vista fotográfico y de investigación histórica.*

BIOGRAFÍA DE DON GREGORIO  
CHIL Y NARANJO

TELDE EN EL SEGUNDO TERCIO DEL  
SIGLO XIX

A trece kilómetros de Las Palmas y al este de la isla de Gran Canaria, se extienden tierras admirablemente cultivadas de frondosas arboledas, grandes plantaciones de caña de azúcar, platanales y otros frutos que daban a la vista del viajero, en la primera mitad del siglo XIX, una impresión altamente sugestiva. Sobre ellas y en lugar elegido por los primeros pobladores, fue construida la ciudad de Telde, primera y más importante de la isla, residencia del Guanarteme del Sur y de centenares de aquéllos, repartidos en tres caseríos: uno, llamado Telde, fue ubicado en los alrededores de lo que es hoy plaza de San Juan; otro, denominado Santa María, en el lado del barranco debajo de lo que fue después iglesia de San Francisco, y el tercero, más alejado, en el grupo de cuevas conocidas por Caserones y Cendro.

Por entonces, vistos desde lejos los diferentes planos en que la ciudad y su vega estaban desarrolladas, el distinto verdor de sus cultivos, la esbeltez de sus elevadas y numerosas palmeras y araucarias, las torres

de sus iglesias, los árboles de sus huertas y el diverso colorido de sus casas, daban la impresión de un conjunto de auténtica belleza que hacía imposible su olvido a través de los años. Si a ello se añade que Telde ocupó siempre lugar preferente en el desarrollo y evolución de la isla con sus construcciones religiosas y hospitalarias, tan antiguas como su propia vida a partir de la Conquista, y que sus anchas calles, clima saludable, importancia y riqueza agrícolas, le daban peculiaridades difíciles de encontrar en las que surgieron después, échase de ver que esta ciudad haya sido estudiada con toda escrupulosidad y cariño, desde los puntos de vista etnológico, histórico y político-toponímico por los Dres. don Pedro Hernández Benítez, Venerable Cura Párroco de la Iglesia de San Juan Bautista, en su magnífico libro *Telde*, y por el Cronista de Las Palmas y médico don Carlos Navarro Ruiz, en sus interesantes *Sucesos históricos de Gran Canaria*.

No voy, pues, a repetir lo sabido, ni a detenerme en hechos sucedidos durante los siglos comprendidos entre el XV y el XVIII. Sólo voy a referirme a las modificaciones sufridas por la ciudad durante el siglo XIX, época en que vio la luz primera nuestro don Gregorio Chil y Naranjo.

Telde, como sus hermanas de la isla, antes de esta última fecha, parecía un pueblo abandonado en sus aspectos higiénico, urbanístico y cultural, a pesar de la anchura de sus calles y del aroma de los azahares de sus huertas de naranjos. Se asemejaba a una ciudadela llena de escombros y basuras que daban vida y facilitaba la reproducción de los animales que buscaban

en ellos alimentos en descomposición, para subsistir. Fue por tanto necesaria la sucesión de varias convulsiones de orden interno en su ambiente pacífico, para que las autoridades civiles, militares y eclesiásticas se preocuparan de su progreso, a fin de colocarla en el puesto que su tradición exigía. Y fueron las epidemias de fiebre amarilla en el año 1838, la del hambre en 1847 con su mortandad de 359 personas, y la del cólera morbo-asiático en 1851 con sus 398 muertos, las que decidieron y obligaron a tratar de la conveniencia de traer un médico que atendiera a los enfermos, y de establecer una botica que coadyuvara con sus medicamentos a curarlos, pues el hospital de San Pedro Mártir, creado después de la Conquista, sufrió un colapso en su vida asistencial cuando en el año 1815 le fueron negados el cobro de sus réditos.

De igual manera, las invasiones del cigarrón berberisco ocurridas en 1833, 1834 y 1844, destruyendo hierbas, huertos, viñas y demás plantas, compelieron a las autoridades a tomar las medidas pertinentes para su exterminación, obligando a los habitantes a perseguirlos, bien tocando las campanas de los templos a rebato, bien comprando tea para las ahumadas con hachas, bien entregando catorce libras de insectos matados por cada persona mayor de 14 años, o bien abonando una multa de un cuarto por cada libra los que debieron recoger y no lo hicieron. Gracias a estas medidas, los cultivos posteriores se desarrollaron y recogieron con toda normalidad, llegando la agricultura de la Vega de Telde a adquirir la importancia y riqueza de que siempre gozó.



Por otra parte, las nuevas Casas Consistoriales fueron inauguradas el 7 de julio de 1838 con la celebración de su primera sesión municipal, y reedificadas y reformadas en 1856. Poco después, empezaron a construir la Alameda situada junto a la iglesia de San Juan Bautista, sustituyendo los álamos por plátanos orientales y laureles de la India, a colocar cuarenta bancos de piedra, adquiridos por suscripción popular, en sus diferentes sitios y a asegurar su riego con agua del Chorro. Asimismo modificaron el alumbrado de la ciudad hecho a base de faroles alimentados de aceite, por otros de petróleo, dada la poca luminosidad que aquéllos proporcionaban, y comenzaron a embaldosar las aceras en atención a la falta de empedrado en las calles y a la abundancia de polvo que las cubrían.



*Plaza de San Juan Bautista, con la iglesia de su nombre a la derecha y la Alameda a la izquierda. En la calle que se ve al fondo, llamada de la Cruz, se encuentra en su acera derecha la casa de dos pisos donde nació Gregorio Chil y Naranjo, y fue después Hospital de Santa Rosalía.*

Con respecto a la Instrucción Pública, existían en Telde durante el año 1838 tres establecimientos públicos de primeras letras; uno, en el pueblo, dedicado a la enseñanza de 90 niños, cuyo preceptor o maestro cobraba anualmente 150 pesos corrientes, procedentes de unos tributos impuestos por el bienhechor don Diego Montañez y del arriendo de un chorro de agua en ciertas noches; otro, destinado a la instrucción de 99 niñas, cuya directora percibía 60 pesos anuales; y un tercero, situado en el pago de Los Llanos, para educar a 92 niños cuyo maestro recibía 150 pesos anuales. Cuatro años después, es decir, en 1834, se señalaba por el Ayuntamiento al maestro existente en la jurisdicción la cantidad de 100 pesos y a la maestra 50.

Contaba Telde entre los años 1831 y 1844 en que nació, vivió y salió de la ciudad mi biografiado, para comenzar los estudios de segunda enseñanza en Las Palmas, con la iglesia de San Juan Bautista, contemporánea de la Conquista, de tres naves de regulares proporciones y una torre cuadrada con campana y reloj; la plaza del mismo nombre convertida en Alameda; las Casas Consistoriales; la iglesia de San Gregorio, de tres naves y creada por R. C. de Isabel II de 1847; la alameda de su nombre situada en su parte norte y utilizada los domingos como mercado de productos alimenticios; y la plaza de Araus, después León y Joven, donde se celebraba la tradicional feria de ganados. Poseía además el Arciprestazgo del Sur, escribano público, juzgado de Instrucción y posteriormente, en los años 1865 y 1893, carretera y telégrafo que le unían a Las Palmas.

La jurisdicción de Telde contaba con 12.000 habitantes, de los cuales 7.000 estaban repartidos entre la ciudad y sus dos barrios; uno el inferior, llamado San Juan Bautista, situado en la parte central de la ciudad, y otro, el superior, denominado Los Llanos en la parte más elevada, que contaba con uno de los sitios más típicos y antiguos nombrado San Francisco, constituido, a su vez, por viejos caserones coloniales de severas fachadas, calles pendientes y estrechas, pavimento empedrado y plazas y plazoletas enmarcadas por calcadas tapias, cuyas almenas sostenían antiguas cruces de pino de tea. De este viejo convento, sólo se conservaban la casa portería, la casa conventual y el osario del cementerio monástico.

# NACIMIENTO Y ADOLESCENCIA

En esta ciudad sureña, llena de secuencias históricas y de marcado influjo en la política de Gran Canaria, nació Gregorio Taumaturgo María de los Dolores Chil y Naranjo el 13 de marzo de 1831. Hijo de Juan Chil Morales y de Rosalía Naranjo Cubas, vio la luz del mundo en la casa de sus padres sita en la calle de la Cruz número 2, y fue bautizado en la Iglesia Parroquial de San Juan Bautista cuatro días después, por el presbítero José Estebes Talavera y con licencia del beneficiado don Gregorio Chil Morales, al estar éste imposibilitado de firmar la partida para actuar de padrino en dicha ceremonia. Fueron sus abuelos paternos don Antonio Miguel Chil García Ortega y doña Juana Morales Suárez, y los maternos don Salvador Naranjo González y doña Ana Rosalía de Cubas Ortega, naturales y vecinos de Telde.

Nada puedo decir respecto a la influencia que, desde el punto de vista genético, ejercieron los ascendientes paternos sobre la personalidad de mi biografiado; sus vidas se deslizaron en un ambiente donde

las costumbres, labores diarias y hábitos puestos en acción se sucedían dentro de la mejor convivencia social. Hombres de campo, trabajaban sin descanso para proporcionar a sus familias un cómodo vivir y un relativo bienestar. En cambio, entre los ascendientes maternos conviene señalar el camino trazado por su bisabuelo Adrián de Cubas Medina, pues después de haber abandonado sus estudios eclesiásticos volvió a coger sus hábitos para consagrarse al divino llamamiento durante el resto de su vida.

En efecto, joven, inteligente y aplicado, Adrián de Cubas cursó la carrera de sacerdote en el Seminario Conciliar de la Purísima Concepción, obedeciendo a sus convencimientos internos, pero he aquí que, habiéndose enamorado perdidamente de una joven teldense en una de las vacaciones reglamentarias del verano, no dudó en abandonar sus estudios para contraer matrimonio con María de los Ángeles Ortega de Medina. De esta unión nacieron dos hijos, Francisco José, muerto a los pocos años de nacido, y Ana Rosalía que respiró el aire del mundo en abril de 1773, fecha en que falleció su madre. Desaparecidos, por lo tanto, su mujer y el único varón habido, fue dominado por un estado de angustia y tristeza que creyó debido a castigo de la Providencia por haber abandonado la carrera comenzada, y sin más tiempo para pensarlo ni más remordimientos de conciencia, volvió al Seminario para terminarla y encargarse del cuidado espiritual de los seres humanos. Una vez ordenado, fue nombrado cura de la parroquia de San Lorenzo durante diez años consecutivos, pasando en 1790 a la de San Juan Bautis-

ta en Telde, cargo que estuvo desempeñando hasta su fallecimiento. Más tarde su hija Rosalía casó en la misma ciudad el 21 de marzo de 1795 con don Salvador Naranjo González, y de esta unión nacieron tres hijos, uno de los cuales, Rosalía, contrajo matrimonio con don Juan Chil Morales, padres de Gregorio, Ana y Juan.

Su tío y padrino don Gregorio Chil Morales ejerció gran predominio en su educación y cultura, hasta el punto de que sus deseos fueron que su sobrino siguiera su misma carrera. Nacido en Telde el 12 de agosto de 1800, ocupó durante treinta y cinco años el cargo de Beneficiado Servidor de la Parroquia de San Juan Bautista, plaza que ganó por oposición en el año 1829, y que no le fue dada en propiedad hasta 1831 por la reina Isabel II. Durante el período que estuvo gobernándola, fue testigo del desplome de la nave central de su iglesia, de la asistencia espiritual prestada a los que fallecieron del hambre de 1847 y del cólera morbo en 1851, y de la creación de la parroquia de San Gregorio de conformidad con lo dispuesto en la Real Cédula ya citada. A todos estos contratiempos hizo frente con una entereza de ánimo y celo pastoral que han dejado huella imborrable entre sus paisanos. Al pasar a Las Palmas por disposición del Obispo en virtud de haberle cabido en turno, con arreglo al Concordato vigente, se posesionó en 6 de abril de 1864 de la Canonjía vacante en la Catedral Basílica, y poco después fue nombrado Rector y Catedrático de Filosofía y Teología del Seminario, Examinador Sinodal del Obispado y Miembro Correspon-

diente de la Real Academia Nacional de la Historia. Falleció en Las Palmas el 20 de enero de 1882.

\* \* \*

Estudió Gregorio Chil y Naranjo las primeras letras con su padre que era maestro, pero no hay que olvidar que fue su tío el que se encargó de desarrollar las facultades intelectuales del pequeño, inculcándole el gusto por los clásicos latinos y griegos y familiarizándole con las doctrinas de Platón y Aristóteles, a tal punto que cuando traducía a Homero y Tácito le hacía meditar sobre ellos, con la reflexión propia de su edad, hasta llegar a despertarle gusto especial por la historia.

Una vez terminados sus estudios primarios, tuvo necesidad de trasladarse a Las Palmas para comenzar los secundarios en el Seminario Conciliar, único centro autorizado para ello. A este propósito es conveniente recordar que, expulsados los jesuitas de la isla el 23 de abril de 1767, fue cerrado el colegio durante dos años a la cultura de la ciudad, por cuya razón el Illmo. Sr. Obispo don Juan Bautista Servera, en su deseo de fundar el Seminario, elevó una exposición al rey Carlos III pidiendo la creación en Canarias de un centro que sirviese de educación a la juventud de las islas. Autorizado para ello, el 3 de mayo de 1777 tomó posesión del mismo, y con las rentas que tenían la Mitra y el Cabildo Catedral organizó la enseñanza, creando las cátedras de Latín, Humanidades, Teología, Filosofía y de Canto Llano y redactó, en unión de dos capitulares,



las constituciones para el régimen y buen gobierno del establecimiento conciliar que tituló de la Purísima Concepción.

Dos años después, por una R. C. se permitió incorporar a la Universidad los estudios que se hicieron en el referido Seminario, y al año siguiente, 1780, se aprobaron por su Real Persona las Constituciones y Estatutos del mismo. Por su parte, la Real Sociedad Económica de Amigos del País en 1785 solicitó del mismo Rey se donaran al Seminario los bienes de los jesuitas para dotar con ellos cuatro cátedras de Leyes, Cánones, Medicina y Náutica, y se le concediese la facultad de conferir los grados menores a fin de que pudieran habilitarse médicos para curar y jurisconsultos para actuar en los tribunales de justicia de Canarias. A principios del siglo XIX, además de estas enseñanzas, comenzaron a explicarse las de Agricultura por el Dr. Bandini en 1806, la de Matemáticas en 1810 y más tarde las de Física, cuyas lecciones no pasaban del estudio teórico de las propiedades generales de los cuerpos y sólo de nombre se daban las de Geografía, Historia, Química e Historia Natural.

Pues bien, el joven Gregorio Chil, según se deduce del expediente personal conservado en la secretaría del Seminario, estudió, con gran aprovechamiento, las distintas materias de que se componía el llamado Bachillerato. Y así vemos que en el curso de 1844, es decir, a los trece años de edad, aprobó con nota de Sobresaliente, Latinidad y Humanidades antes de pasar al curso de Filosofía; en el de 1845, las asignaturas de Lógica, Gramática General, Dibujo Lineal y Elementos

de Matemáticas extensivos a los de Aritmética, Álgebra y Geometría, con la de Notablemente aprovechado; en el de 1846, las de Lengua Latina, Castellano, Religión y Moral, Geografía, Lengua Francesa, Trigonometría rectilínea y Topografía, con la de Sobresaliente; y en 1847, un segundo curso de Filosofía, Física, Química, Historia Natural, Retórica y Poética con la misma calificación, dando con ellas término a su bachillerato.

En posesión de este título dejó el Seminario donde había ingresado con el propósito de seguir la carrera del sacerdocio, que no empezó por circunstancias especiales, y fue enviado a París para comenzar los estudios de Medicina, merced a la ayuda económica de su tío y padrino que se hizo cargo de los gastos mientras durase su estancia en la capital francesa.

Por aquellos tiempos la ciudad de Las Palmas seguía progresando y extendiéndose en sus límites gracias a la creación de centros que modificaron en gran parte su fisonomía. Entre ellos son dignos de mención: el Colegio de San Agustín (fundado por el entusiasmo de los socios de "El Gabinete Literario", a fin de oponerse a la R. O. de 22 de octubre de 1843, que disponía la no incorporación de los estudios seguidos en los Seminarios a las Universidades del Reino); la Casa Consistorial que fue incendiada el 29 de marzo de 1842 y reconstruida y terminada después de muchos incidentes y obstáculos en el año 1852, bajo el reinado de Isabel II; y la Plaza del Mercado situada en el solar formado por la unión de la calle Carnicería con el Barranco, y abierta al público el 1 de julio de 1858.

## SU ESTANCIA EN PARÍS

Una vez en condiciones legales para estudiar una carrera, don Gregorio Chil y Naranjo, con sus 17 años de edad, se vio dominado por los ideales de la juventud y la ansiedad de aspirar y ocupar un puesto en la intelectualidad canaria. Familiarizado, con los clásicos latinos y griegos y con las doctrinas de Platón y Aristóteles, no se dejó dominar por estas enseñanzas, y por lo tanto abandonó la idea de comenzar la de sacerdote, carrera que hubiera sido del agrado de su tío y padrino. Por el contrario, enamorado de la Naturaleza y anheloso de conocer las funciones normales y patológicas del cuerpo humano y de los animales, optó por empezar los estudios de Medicina.

Por entonces (principios del siglo XIX), los científicos españoles hicieron cuanto les fue posible para ponerse a la altura de los demás centros culturales existentes en las naciones europeas. Traían médicos del extranjero para contribuir a los adelantos de la ciencia del curar y enviaban fuera de nuestra nación a los más interesados en el arte de saber.

Este deseo de nivelar la cultura mundial sufrió una grave crisis al crearse la situación interna en que se debatía nuestra nación con las guerras de la Independencia primero y las existentes entre los partidarios y enemigos de Fernando VII después. Como consecuencia de estas luchas se produjo una honda separación entre los médicos de ambos partidos que dio lugar al estancamiento de las ciencias médicas, ya que unos fraternizaron con los franceses invasores y otros se vieron perseguidos por sus ideas liberales. Si a esto añadido que la guerra de Sucesión aumentó esta discordia y que España se vio arruinada al perder sus colonias, se comprenderá que el estudio de la carrera de Medicina estuviese en un estado lamentable, a pesar del influjo que sobre ella ejercieron los colegios de Cádiz, Barcelona y Madrid durante la segunda mitad del siglo XVIII.

Ante este panorama presentado a la juventud estudiosa de las islas, la idea de comenzar los estudios universitarios de Medicina en algunas de aquéllas fue desbordada en el sentido de efectuarlos en las Facultades de Medicina de Montpellier y París, por ser las de más categoría en el ambiente científico del mundo. De estas dos, Montpellier atraía por su prestigio y adelanto en la ciencia del curar a muchos estudiantes europeos y americanos y a un buen grupo de nuestras islas, si tenemos en cuenta el número de habitantes de cada una de ellas. Si a esto agrego que estaba muy próxima a nuestra España, que fue fundada por los Reyes de Aragón, que contaba con un magnífico plantel de profesores y que era la más antigua y más sa-

turada de historia, se explicará que muchos de nuestros estudiantes acudieran a sus aulas. A pesar de ello, no constituyó obstáculo su fama para que otros lo hicieran en París, atraídos por la grandeza arquitectónica de la capital francesa, su influencia política y el respeto a la libertad de ideas y pensamientos.

Al llegar don Gregorio a la bella ciudad de Europa, sugestionado por su justa y merecida reputación como gran urbe de la ciencia, del arte, de la industria y del placer, quedó extasiado ante la inmensidad de su extensión atravesada por el Sena con su principal tributario el Marne. De los veinte distritos en que estaba dividida, sintió predilección por el llamado El Panteón, conocido desde antiguo con el nombre de Barrio Latino en razón a que en él se agrupaban la Universidad, los grandes centros docentes y el Museo de Paleontología y Anatomía, y el de Luxemburgo, dada la mucha animación de la vida estudiosa y agitada a causa de encontrarse en su recinto los establecimientos de enseñanza, residencias de maestros y escolares y el boulevard Saint-Germain.

París fue para Chil y Naranjo una ciudad incomparable por su estructura interna y sus alrededores y por lo mucho que debió a la naturaleza y a la mano del hombre. Teatros, monumentos, fuentes, estatuas, puentes, museos, escuelas y facultades, numerosos y valiosos elementos culturales sembrados en ella, constituyeron sus tesoros en todos los aspectos. Cada manifestación de la civilización popular era un asombro para los timoratos como Chil, que estaba acostum-

brado en su isla a la monótona influencia del exterior; su visión ante la gran capital francesa le ensimismaba y le obligaba a recogerse en su interior. De ahí su perplejidad cuando visitaba el teatro de la Comedia, el del Odeón, las grandes librerías instaladas en sus pórticos para la atracción de la población estudiosa, el Panteón consagrado a la memoria de los grandes hombres, el Arco del Triunfo con su enorme anchura, altura y espesor, y tantos otros lugares que sería prolijo enumerar.

Pero sobre todos ellos mi biografiado sentía ligazón fuerte y apretada por la Facultad de Medicina terminada en 1776 y ampliada considerablemente hasta alcanzar una fachada monumental que daba al boulevard Saint-Germain, con su gran anfiteatro capaz para 1.500 oyentes, y su Museo de Anatomía Comparada o Museo Orfila, donde se guardaban piezas anatómicas, cristales, minerales, e instrumentos quirúrgicos antiguos y modernos.

Asimismo llamó su atención el Museo del Trocadero, donde se conservaban colecciones de moldes, bajorrelieves religiosos, altares, monumentos egipcios, esfinges, planos, tipos de indígenas, paños, alfarería, vasos, mascarillas, trajes y vitrinas con diversas curiosidades de los países de Europa; es decir, todo lo que con el tiempo y más adelante habría de constituir uno de los principales fines de su vida.

Cuando llegó Chil y Naranjo a París había estallado la revolución del 24 de febrero de 1848 que dio al traste con la monarquía constitucional de Luis Felipe de Orléans nombrado rey por el viejo revolucio-

nario Lafayette. Durante su reinado París se engrandeció y embelleció notablemente, se edificaron varios puentes, terminóse la construcción de la Magdalena y del Arco del Triunfo de la Estrella, se erigió el Obelisco de Luq̄sor en la plaza de la Concórdia y se levantó la Columna de Julio en la plaza de la Bastilla. La monarquía democrática no cuajó a pesar de los pesares, y los agitadores consiguieron provocar la revolución de aquella fecha, anunciándose de nuevo la República en las sangrientas escenas del 23 al 26 de junio del mismo año que sofocó Cavaignac y presidió Luis Napoleón, sobrino de Napoleón I.

Así es que durante la estancia de don Gregorio en la capital francesa estuvo la nación sometida a la influencia de este hombre conocido en la historia con el sobrenombre de Napoleón III, quien temeroso de la mayoría monárquica de la Asamblea y de la posible restauración de los Borbones, dio un golpe de estado en el año 1852 que trajo como consecuencia la desaparición de la Segunda República y el nacimiento del Segundo Imperio. Durante su mandato tuvo lugar en el interior del país un gran resurgimiento económico y un total respeto al principio de las nacionalidades. El Bosque de Bolonia se transformó en hermoso parque, se organizaron los bulevares exteriores, se puso en comunicación el Louvre con las Tullerías y se celebraron la primera Exposición Universal en 1855, y la segunda en 1857. Napoleón III fue depuesto en 1870 después de la guerra franco-prusiana y a continuación se proclamó la Tercera República.

Nada tiene de extraño que, dado el ambiente



revolucionario que se respiraba en París, el joven Chil y Naranjo, en unión de su entrañable amigo don Juan Padilla Padilla, interviniera en los sucesos del mes de febrero del año 1848 y en los que tuvieron lugar en las jornadas de junio de la misma fecha en las que el arzobispo de París, Monsieur Affre, fue herido y muerto en el faubourg de Saint-Antoine.

Fuera de estos impulsos juveniles, hijos del ambiente y del amor a la libertad, el joven Chil y Naranjo, una vez versado en el conocimiento de la lengua francesa, dedicó su principal obligación al estudio de la Ciencia médica y de la Cirugía, siguiendo el plan establecido por la legislación vigente.

Creo —sin lugar a dudas— que en esta obediencia sin titubeos al cumplimiento del deber ejercieron influencia principalísima los consejos que desde esta isla le prodigaba, en cartas que eran evangelios, su tío don Gregorio Chil Morales, pues en ellas le hablaba de la veneración y respeto que debía a sus profesores, de los sentimientos de caridad y afecto a los pobres y enfermos que encontrara en las calles y salas del hospital, y del desprecio al lujo y la vanidad, hijas siempre de las malas acciones. Y para que no se olvidara de su pequeña patria le decía, con el mejor cariño, que en las cuevas de Tara, Cendro y Caserones y en las quebradas calles de Gavia y Cazadores, donde habitaban los fieles de su parroquia, veía alegrías que salían del corazón y ensanchaban el alma, en contraste con las imaginadas en Tullerías, Versalles y otras altas regiones, donde se figuraba contemplar tristísimas caras de adulación y risas, hijas de las pasiones que traen con-

sigo la presunción y la envidia. “Piensa —le añadía para terminar— continuamente en Dios y medita sobre nuestro Divino Señor para que veas siempre a todos más desgraciados que tú.”

Una vez estudiada y practicada la lengua francesa, cursó las asignaturas de Física, Química Orgánica e Inorgánica, Botánica, Historia Natural y Zoología en el año 1849, las de Anatomía General y Descriptiva, y Fisiología en 1850, y las de Patología General y Elementos de Patología Interna y Externa, en 1851.

Cuatro años después de su llegada a París, es decir, en el curso 1852-53, sufrió el primer examen público de Anatomía General y Descriptiva y de Fisiología; en el del 53 al 54, los de Patología General, Patología Interna y Externa, Anatomía Patológica, Medicina y Operaciones practicadas en el cadáver; en el del 54 al 55, los de Física Médica, Química Orgánica e Inorgánica, Botánica, Historia Natural y Zoología; en el del 56 al 57 los de Clínica Interna y Externa, Partos, Enfermedades de la Mujer y Niños, y en el del 57 al 58 los de cuantas ramas comprendía la Medicina y Cirugía necesarias para completar los estudios de esta profesión.

Terminadas las materias de que constaba la carrera, presentó la tesis para obtener el grado de Doctor con el título “Des différents moyens qui ont été employés dans le but de guérir les rétrécissements de l’urètre”, dedicada a su madre doña Rosalía Naranjo Cubas, a su tío carnal y padrino don Gregorio Chil Morales y a su hermano Juan. Fue leída ante el tribunal constituido por los profesores Nelaton, Denou-

villiers, Robin y Roger, y calificada con la nota de “Bien satisfait” en el año 1859.

Dividida en cuatro partes, describía en la primera la anatomía de la uretra y su mucosa por ser esta membrana la porción más importante del órgano, ya que sin un conocimiento perfecto de su estructura no era posible darse cuenta de las dificultades que presentaba el tratar de introducir un instrumento en el canal y de seguir su dirección. En la segunda trataba de su fisiología; en la tercera de su anatomía patológica; y en la cuarta de los procedimientos empleados para curarlos, entre los cuales hacía mención de la dilatación, cauterización, incisiones verificadas de fuera adentro, según aconsejaba Contonnière, de dentro afuera como señalaba Maisonneux, de atrás adelante como indicaba Reybard y de delante atrás como decía Civiale.

En París adquirió su principal cultura, su distinción social y sus aficiones a los estudios antropológicos y naturales, que por entonces comenzaban a desarrollarse. El ambiente que se respiraba en la capital francesa, la tolerancia para las distintas maneras de pensar propias de las luchas políticas que en ella tuvieron lugar y las teorías que sobre el origen del hombre iban adquiriendo adeptos en extremo, fueron circunstancias que influyeron mucho en su educación y en las relaciones que estableció con personas que sobresalían en estas ramas de la ciencia, especialmente con el profesor Broca, que fue sin duda alguna el principal fundador de la Antropología.

Durante su permanencia en París compaginó su obligación para el estudio, hija de la responsabilidad

nacida ante su familia, con el cumplimiento de sus deberes como alumno universitario. Asistió a centros culturales, salas de fiestas, teatros y otros locales de expansión, mantuvo relaciones con las personas que fueron después sus amigos y consagró sus mejores elogios a las virtudes femeninas de las que fue ardiente defensor. En su correspondencia particular se conservan algunas cartas de damas francesas de diferente contenido y emoción; las coleccionó, sin duda alguna, como reliquias del pasado pensando tal vez en los posteriores momentos de su vida en los que la melancolía y el recuerdo de alegres horas pasadas con ellas, como las páginas de un libro, les servirían de consuelo a los sinsabores que habría de sufrir después.

Por ello su amor a París fue tan marcado y grabado en su alma, que, transcurrido el tiempo y en ocasión de un viaje que llevó a cabo a la capital de Francia por motivos de salud, escribió: “Yo admiro a París porque París admira a todo el mundo. París es un volcán verdadero que continuamente está en ebullición, bien buscando lo viejo e indagando en las cavernas y en las profundidades de la tierra los secretos de su formación, bien pretendiendo salvar las barreras del presente lanzándose en las conquistas del porvenir, para arrancar sus secretos al tiempo que pasó, y al que vendrá.”

SU VIDA EN LAS PALMAS. SU LABOR  
CIENTÍFICA

Al regresar a esta ciudad en 1859, después de nueve años de estancia en París durante los cuales vivió las más variadas sensaciones y llenó su alma de ilusiones y propósitos, el Dr. Chil y Naranjo no cesaba de respirar a sus anchas el aire del mar de su isla, pues mientras fue joven gozó de sus brisas y del trepidar de las olas del Atlántico. Nada tiene de extraño que al pisar estas playas recordara las que bañaba el mar Mediterráneo de la bella ciudad de Marsella, lugar donde pasaba las vacaciones estivales, ante la imposibilidad material de trasladarse a su tierra.

Una vez terminada su carrera empezó a formar sus planes para dar cima a lo que había constituido su ideal en la vida; ejercer su profesión, comportarse como un buen ciudadano y dar a su patria chica el producto de su trabajo. Y como no podía ofrecer las primicias de su carrera en tierra española mientras no revalidara su título en una universidad de la nación, embarcó para Cádiz y en su Facultad de Medicina

obtuvo el de Licenciado, en 16 de junio de 1860, con nota de Sobresaliente.

Situado definitivamente en la calle de Los Balcones n.º 19, de Las Palmas, empezó a ejercer la profesión con nobleza y desinterés adquiriendo pronto una buena clientela por su ciencia, habilidad, delicadeza y atenciones. Entre ella abundó la clase pobre, a la que oía con cariño y caridad, pues además de no cobrarle le ayudaba pecuniariamente para la compra de los pocos medicamentos que recetaba, ya que no era muy partidario de prescribirlos y sí, en cambio, de aconsejar remedios caseros para curar.

Por entonces el cuerpo médico de Las Palmas, a causa de haber sufrido las consecuencias de todo orden debidas a la epidemia de cólera morbo del año 51, estaba constituido por los Dres. Domingo José Navarro, Pedro Suárez Pestana, Miguel de Rosa Báez, Manuel González González, Luis Navarro Pérez y Domingo Déniz Grek, es decir, un conjunto de profesionales que honraron la historia de la Medicina de Gran Canaria por su saber y patriotismo.

Vestido a la antigua usanza, con levita, chistera, bastón con puño de plata, y reloj de oro pendiente de una cadena también de oro que saltaba de un bolsillo a otro del chaleco, hacía sus visitas domiciliarias en quitrín arrastrado por caballo alazán que chispeaba con sus herraduras la dureza del adoquinado de las calles; y todo el mundo a su paso le saludaba con cariño y respeto, o le estrechaba la mano, cediéndole el sitio cuando marchaba por las aceras.

Se creó gran popularidad, dadas su conversación

amena y humorística, sus ideas democráticas, su carácter sencillo y natural y su deseo de confraternizar con todo el mundo llamando “hermano, hermano”, a cada uno de sus conocidos y amigos.

Amante de las ciencias naturales e interesado por los cultivos del país, se vio sorprendido, en un viaje que hizo a París en el año 1863, con la noticia de la existencia de nuevos productos químicos extraídos del carbón de piedra capaces de competir con la cochinilla, comercio que constituía la riqueza de las islas. Para asegurar esta impresión y poder alzar la voz de alarma ante las autoridades y agricultores de Gran Canaria, presentó una memoria que leyó a la Sociedad Imperial de Agricultura de París presidida por M. Chevreuil, Catedrático de Química de la Facultad de Ciencias y el hombre más competente en estas cuestiones, pidiendo el parecer sobre la bondad de la fuschina y el azul de Lyon como sustancias colorantes. Evacuado el informe correspondiente, favorable en un todo al brillante porvenir que les esperaba y al peligro que amenazaba el cultivo del insecto de la cochinilla, dejó oír la verdad del peligro ante la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de la que era socio numerario desde el 16 de junio de 1861, proponiendo para sustituirlo la introducción y cultivo del gusano de seda, *Bombyx Cynthia*, que se alimentaba de la hoja del tártago, arbusto aclimatado y conservado en buen número en estas tierras. A este propósito y con el fin de que llegase a conocimiento de todos, publicó en el Boletín de la misma sociedad un instructivo trabajo sobre el nombrado gusano que sirviera a los agricul-



tores de consejo y estudio y de nueva fuente de riqueza del país. Nadie le hizo caso, pero a los pocos años todo el mundo le dio la razón.

En 28 de noviembre de 1864, fue nombrado miembro de la “Société Imperiale de Zoologique et Aclimatation” de París, y en este mismo invierno, en otro viaje que llevó a cabo a Marsella, impulsado por sus aficiones naturalistas, visitó el Museo de Historia Natural dirigido por M. Barthélemy Lapommerage. Tal fue su sorpresa ante las bellezas que contenía, que sin dudarle le invitó a ponerse en relación con la mencionada Sociedad Económica para ensayar la aclimatación en las islas de ciertas plantas y animales, a cuyo efecto le entregó una cajetilla con semillas de varias clases de maíz del Perú.

Asimismo fue nombrado en 30 de diciembre de 1874 socio corresponsal de la “Sociedad Protectora de Animales y Plantas” de Cádiz, a la que mostró su interés durante el tiempo de su estancia en la bella ciudad gaditana en tanto preparaba los exámenes de reválida del título francés.

Mientras estos pequeños éxitos y satisfacciones tenían lugar y prestaba su asistencia facultativa a los enfermos, contribuyendo con su labor ininterrumpida a cuantos actos culturales se sucedían en el seno de la Sociedad Económica, seguía bullendo en su cerebro la idea, nacida al calor de sus estudios de antropología realizados en la capital francesa, de dedicarse a las investigaciones histórica y científica de los primitivos pobladores de Canarias. El Dr. Chil, concentrando sus pensamientos e ideas en un crisol atiborrado de re-

cuernos de su juventud vivida en París, empezó a fijar su mirada en el camino a emprender, para realizar una obra que dejara indelebles huellas en el transcurso de los años. Y con su enorme voluntad, su fe en el triunfo y esperanza en sus conocimientos, emprendió el estudio de los esqueletos de los aborígenes, leyó cuantas publicaciones habían dejado escritas los antiguos historiadores, coleccionó numerosos objetos relacionados con ellos, comenzó a reunir documentos que constituyeron un verdadero tesoro y soñó en reconstruir pueblos y comarcas de los aborígenes. Para el logro de tales fines describió los lugares donde moraron y los sitios donde ocurrieron los principales hechos de la historia, haciendo acopio de cuantos objetos les pertenecieron y acometió peligrosas exploraciones y rebuscas acaparando momias, cráneos, huesos, objetos de cerámica, tejidos y otras industrias, sin tener en cuenta la merma que ello representaba para su patrimonio. El pasado era para el Dr. Chil bálsamo que curaba el presente. De ahí que, cuando trataba de descifrar el misterio de un gran enigma, hacía un esforzado esfuerzo para arrancarle su secreto.

Fruto de estas investigaciones fue la preparación y presentación de una comunicación, titulada “Origen de los canarios primitivos impropriamente llamados guanches”, al Congreso celebrado en la ciudad de Lille el 25 de agosto de 1874 por la “Association Française pour l’avancement des Sciences”, con asistencia de hombres eminentes de Francia y del extranjero. En ella después de hacer una reseña histórica y geográfica de las islas, se extendió con numerosos argumentos y con-

sideraciones de tipo filosófico, arqueológico y antropológico, hasta hacer entrar en la discusión al profesor Broca, su antiguo maestro, y a los Dres. Dally, Bertillon, Carl Vogt y Lagneau, para afirmar que los guanches constituían una colonia enviada por Juba, rey de la Mauritania a fin de establecer un sistema social antes de la Era Cristiana. Este tipo guanche, continuaba diciendo, se conserva entre los campesinos, es de una agilidad sorprendente y posee articulaciones tan potentes y contráctiles como los de cualquier cuadrumano. En cambio, Broca, en su intervención, juzgó la población de los canarios más antigua que la del rey Juba y encontró en ella los dos tipos bereberes: el rubio y el moreno.

A su regreso de Lille, después de un largo viaje por Francia, la Península y algunas islas canarias, trajo como regalos para sus estudios y gabinete de Historia Natural, que ya tenía en marcha, una caja surtida de instrumentos necesarios para hacer preparaciones macroscópicas, 15 cráneos donados por la Escuela de Antropología de París y el molde de un feto, con vicio de conformación, enviado por el Dr. Hamy. Si a ello se agrega que el Dr. Chil efectuó durante este tiempo frecuentes viajes a Tenerife y Bretaña, con el fin de investigar en los archivos públicos y privados, de saciar su ansia monomaniaca de buscar papeles, documentos y objetos de los antiguos canarios y de no escatimar tiempo, esfuerzos y dinero para obtener colecciones y noticias que habría de ordenar después, se comprenderá que el principal objeto de estos tra-

bajos fue el de investigar el verdadero origen de los canarios.

Como resultado de su viaje a Lille y de su comunicación al Congreso, fue nombrado en 21 de enero de 1875, Miembro Corresponsal de la "Société d'Anthropologie de Paris," Socio Correspondiente de la "Société d'Etnographie" de la misma capital en 6 de julio, y Correspondiente de la "Société de Géographie" en 4 de agosto de la misma fecha.

Ninguno de estos nombramientos le enorgulleción para dejar de proseguir su obra humanitaria, pues, obedeciendo a sus sentimientos caritativos puestos en acción múltiples veces, organizó una gran mascarada para atender las peticiones de los habitantes de Lanzarote y Fuerteventura que atravesaban una situación crítica por la terrible sequía que obligó a muchos de ellos a embarcar para Las Palmas en busca de alimentos. Y sin pérdida de tiempo, ayudado por valiosos elementos, vistióse con traje de guanche, recorrió las calles de la población y solicitó donativos para contribuir a obra tan meritoria, caritativa y patriótica. De esta mascarada nació el Paseo que lleva su nombre, porque gracias a su insistencia e interés comenzaron los trabajos que dieron lugar al trazado de ese camino, situado en la parte alta de la ciudad, desde el cual se divisan su hermosura, el mar azul e infinito que se pierde en la lejanía, la gran obra del Puerto de la Luz, los edificios, iglesias, platanales y la variada arquitectura de los hoteles que forman las llamadas Ciudad Jardín y Alcaravaneras.

En este festival celebrado en el año 1875, se frac-

turó la extremidad inferior de la pierna izquierda, accidente que le obligó a permanecer en cama durante algunos días, tiempo que aprovechó para ir preparando la publicación de su obra *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias*. A tal fin, en estos ratos de descanso forzoso, recibió de Marsella cuatro cajas que contenían papel para su impresión, encargó a París el broquel y los útiles necesarios para la confección de las monedas y pidió precio de una prensa para su composición y encuadernación. Dividida en tres partes, una dedicada a la Historia de las islas, otra a la Climatología y una última a la Patología, constituyó la síntesis de todos los estudios llevados a cabo durante ese tiempo sobre el origen de los primitivos pobladores de Canarias.

Poco después, la Academia de Stanislao fundada el 28 de diciembre de 1750 por el rey de Polonia, Duque de Lorraine y de Bar, reconocida como institución de utilidad pública por Decreto Imperial del 21 de junio de 1864, organizó en julio de 1875 una exposición de objetos antiguos de arte del Universo, con motivo del Congreso de Americanistas celebrado en la ciudad de Nancy. En él se ofreció testimonio de reconocimiento a varios de sus miembros por los trabajos, celo y contribución aportados al progreso de las ciencias, a propuesta del profesor de la Facultad de Medicina de la misma Universidad, M. Bimonin. Entre ellos se encontraba el Dr. Chil por haber presentado un trabajo sobre “La Atlántida de Platón” que obtuvo el segundo premio, y la colección completa de antiguos objetos

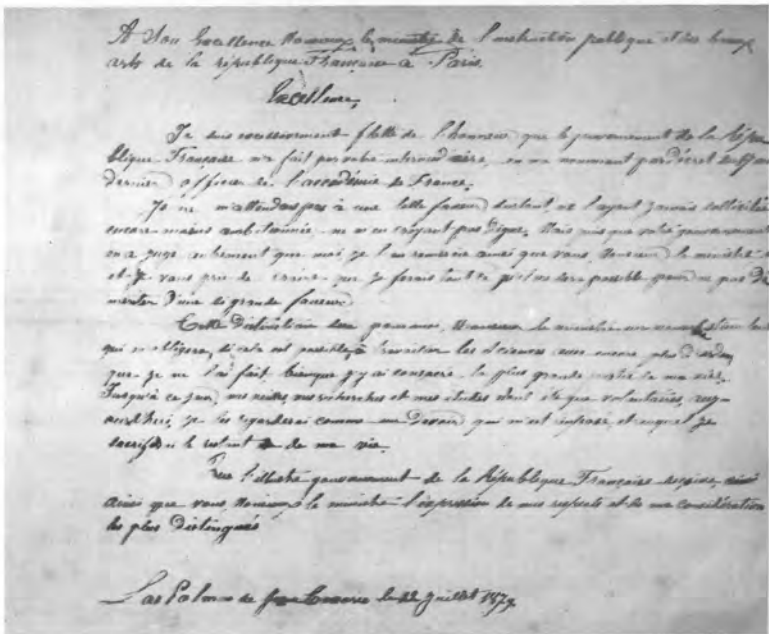
canarios constituida por momias, armas y utensilios, que llamó grandemente la atención.

Por estos méritos fue nombrado Socio Correspondiente de la mencionada Academia, con fecha 6 de agosto del mismo año, y *El Correo de Ultramar*, antigua e importante revista que se publicaba en París, comentando el nombramiento, hizo muchos elogios de su personalidad, al haber sido uno de los dos individuos agraciados por la Mesa Presidencial con la entrega de un Diploma que le acreditaba como miembro correspondiente de la Sociedad Etnográfica de la capital francesa. Asimismo, en el celebrado por esta misma época en Nantes, dio cuenta de un trabajo titulado “De la religión de los canarios y de la piedra pulimentada”, que mereció de Carlos Vogt estimadas consideraciones, y amistades por parte de M. Saint-Claire Deville, miembro del Instituto Geológico de Francia y de los profesores Lyell, von Fritsch y Haecquel.

El 14 de julio de 1876 fue designado miembro de la “Association des Médecins des Bureaux de Bienfaisance” de París; el 1 de mayo de 1877, correspondiente de la “Société de Géographie Commerciale”, y el 8 de marzo de 1878, socio numerario del Gabinete Científico de Santa Cruz de Tenerife. En este mismo año presidió una de las sesiones del Congreso Antropológico de Bruselas, fue elegido Vicepresidente del Congreso Universal de Antropología y Presidente Honorario para el Adelantamiento de las Ciencias celebrado en París, distinciones que demostraban las prerrogativas y alto aprecio que le guardaban los sabios allí reunidos. Como consecuencia de estas distinciones,

fue nombrado en 8 y 15 de noviembre de este mismo año, miembro de número de la “Société d’Anthropologie” de París y de la “Société Française d’Hygiène” de la misma capital.

En marzo de 1879 formó parte del Comité de Honor del Congreso Internacional de Geografía Comercial y en 17 de mayo fue nombrado “Officier de l’Académie de France”, por el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, privilegio honroso que enalteció al Dr. Chil y que agradeció profundamente según se deduce del texto de su contestación firmado en 22 de julio del mismo año.



Este nombramiento le dio motivos para ostentar

modestamente, pero con dignidad, las Palmas de la Academia Francesa en el ojal izquierdo del frac.

En 1884 fue nombrado Corresponsal de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Sevilla y miembro fundador de la Academia de Ciencias Médicas de Las Palmas. En junio de 1886, individuo de la Sociedad Española de Historia Natural de Madrid, y en noviembre del mismo año, socio de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Santa Cruz de Tenerife. En 1890, socio corresponsal de la “Società Italiana de Antropologia, Etnologia y Psicologia Comparata”; y en 1891, “Membre Signataire du Congrès International des Orientalistes”. En 31 de marzo de 1895 la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas en atención a los valiosos servicios y beneficios que prestó a la misma desde su ingreso verificado en 1861, concurriendo asiduamente a las sesiones, colaborando en todas sus tareas y desempeñando a satisfacción las comisiones que se le encomendaron —entre las cuales ocupó la Presidencia de la Sección de Industria y Artes Mecánicas—, le nombró Socio de Mérito de la misma.

En 8 de junio de 1899 es designado miembro correspondiente de la “Sociedad Geográfica de Madrid” fundada en 1876, con derecho al uso de medalla, distinción que sólo se otorgaba a los correspondientes de mayores conocimientos. En 18 de agosto de este mismo año fue, de igual manera, designado miembro del Consejo Permanente de Antropología y Arqueología Internacional prehistórica del Congreso que se celebró en París, al que presentó un trabajo sobre



“L'état social des aborigènes canariens ou Guanches, serait-il l'état social de la race de Cro-Magnon à sa plus haute civilisation?,” que fue leído por otro miembro, ya que sintiéndose enfermo regresó seguidamente a Las Palmas.

Junto a esta labor científica, nada podemos decir de su dedicación a la política, pues, considerándolas contrapuestas, nunca intervino en esta última. Sólo en su afán de defender los intereses de Canarias fue nombrado en septiembre de 1887 Diputado Provincial por la isla de Lanzarote, cargo del que se valió para averiguar el paradero de un legado del Dr. Mena sobre la construcción de un hospital en la isla de Fuerteventura. Hizo cuanto le fue posible para desenterrarlo del sitio que dormía, y el hospital se construyó más tarde con el nombre de La Ampuyenta, sin que fuera dedicado al fin para el que fue creado, pues con el tiempo fue objeto de subasta judicial y destinado a otros quehaceres.

\* \* \*

Con respecto a sus publicaciones en la prensa diaria, revistas, y periódicos profesionales, he de agregar que escribió varios artículos en la revista *El Museo Canario*. De su primera época son los que llevan por título “Importancia de las exploraciones; expediciones a Guayadeque”, en el que manifiesta que el pueblo de Agüimes, considerado por los historiadores como el antiguo argones tan célebre en la historia de Canarias, no es otro que Guayadeque y que los primitivos pobladores canarios no colocaban los cadáveres aisla-

damente y en una misma dirección con separación de sexos, sino que lo hacían en considerable número con sus propias vestiduras, en diferentes posiciones y mezclados unos con otros; “La apófisis estiloides en el cráneo de los guanches”, en que llama la atención sobre su gran tamaño; “Platón y su Timeo” y “Platón y La Atlántida” referidas a estos problemas históricos y geológicos; “El Dr. Pérez y su sistema de aclimatación previa”; “Cartas sobre la exposición Internacional de París”, en las que pone de manifiesto sus impresiones recogidas sobre este acontecimiento artístico y científico; “Museos antropológicos”, en los que hace la descripción de los europeos por él visitados; “El Museo en sus relaciones con la industria canaria; “Las exploraciones de 1886”; “El Museo con relación al pasado histórico de las islas Canarias”; “Anatomía patológica de los aborígenes canarios”, en el que detalla las fracturas observadas en los cráneos y huesos largos de los primitivos pobladores; y “La Cerámica entre los guanches de Gran Canaria”.

En los Anales de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, en el año 1870, publicó un informe, en colaboración con don Emiliano Martínez de Escobar, sobre “Propagación de la vacuna de brazo a brazo para evitar los peligros de transmisión de algunas enfermedades”. En él hacían ambos autores hincapié para que la sociedad proporcionase una cantidad de pus tomada inmediatamente de la vaca a fin de inocular a las nacidas en el país y efectuar anualmente la vacunación a las personas. En 25 de febrero de 1877 reseñó en un erudito discurso los importantes trabajos

llevados a cabo por la mencionada Sociedad para levantar la industria tan abatida de nuestras islas, deteniéndose en multitud de datos que lo enriquecieron y en métodos que lo ilustraron. Igualmente publicó otro trabajo, en los mismos Anales, dedicado al cultivo y caracteres del gusano de seda *Bombyx Cynthia*, con el que trataba de sustituir al de la cochinilla llamado a desaparecer por el descubrimiento de las anilinas.

En 1887 dio a conocer en la prensa local varios artículos sobre la cría de la sardina y sus características, el estado de su pesca en Francia, España y Las Palmas y ventajas que ofrecían las islas de Gran Canaria, Lanzarote y Fuerteventura para la creación de esta industria.

Entre sus discursos y conferencias hay que señalar las dedicadas a La Atlántida en los años 1881 y 1882; la pronunciada en abril de 1880 en El Gabinete Literario sobre “Climatología de las islas Canarias”, en la que expuso las distintas versiones sostenidas por varios autores referentes a las propiedades y condiciones de la atmósfera, constitución del suelo, propiedades de las aguas y funciones que desempeñan en el organismo. Y con ejemplos prácticos tomados de la patología hizo ver las modificaciones que sufrían ciertas enfermedades, según los lugares de la isla en que se desarrollaban. Asimismo dictó otra sobre “El agua como alimento indispensable para la Agricultura e influencia que en la misma ejerce.”

En colaboración con los médicos de la isla publicó un trabajo sobre “Análisis de las aguas de Azuaje e informe médico sobre sus cualidades”, aparecido en el

Boletín de la Real Sociedad Económica de Amigos del País.

Y de esta manera, sin mencionar los trabajos que leía en la inauguración de cada curso en El Museo Canario, de los que haré referencia más adelante, dio pruebas el Dr. Chil de su amor al trabajo, a la ciencia y a la historia, contribuyendo con sus investigaciones y conocimientos al adelanto cultural de las islas. Su vida estuvo consagrada al estudio de cuanto concernía a nuestra tierra, sin más finalidad que la de poseer un museo donde se guardaran las reliquias del pasado y fuera a la vez centro y foco luminoso de la civilización en todos sus aspectos.

Fruto de esta labor fue el respeto que se le tuvo por todo el mundo, hasta el punto de que en un día de marzo de 1885, con motivo de celebrarse en el Ateneo de Madrid una sesión científica a cargo de su Sección de Ciencias Naturales, tomó la palabra el antropólogo Sr. Antón para explicar los últimos descubrimientos llevados a cabo por el Dr. Verneau en Canarias, referidos a cráneos recogidos en El Museo. Terminado su discurso, el Sr. Pérez del Toro se levantó para defender al Dr. Chil de los cargos que le dirigió el Sr. Antón, aun sin nombrarlo, haciendo entusiastas elogios del sabio antropólogo isleño, y notando la conducta del gobierno español que no gastaba cantidad alguna para esta clase de investigaciones si se la comparaba con la del francés, que ponía a disposición del citado profesor Verneau fuertes subvenciones para llevar a cabo, en el Archipiélago, colecciones de objetos y las exploraciones pertinentes.

ESTUDIOS HISTÓRICOS, CLIMATOLÓGICOS Y  
PATOLÓGICOS DE LAS ISLAS CANARIAS

Las investigaciones llevadas a cabo durante los dieciocho años transcurridos desde su regreso de Francia hasta el año 1876, dieron como resultado la preparación y publicación de la obra que lleva el título de *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias*, en parte dada a conocer a los centros culturales de algunas naciones del mundo, y en parte inédita y guardada en los archivos de la biblioteca de El Museo Canario. Durante estos años, el Dr. Chil, como otros tantos hombres de la historia, sufrió disgustos y desengaños que sorteó y alternó con las alegrías y satisfacciones que encontraba en el estudio de las letras y las ciencias, pues éstas le proporcionaban un caudal de conocimientos que le sirvieron para estructurar y capitulizar las distintas materias que habían de formar parte de su obra. Bastó para ello mirar retrospectivamente a los inocentes tiempos de su infancia y a los inquietos, impresionantes y felices de su juventud. Volvió a leer a Tácito como en aquellos años pasados, y de su lectura surgió

la firme decisión de entregarse con todo entusiasmo a la organización de su propósito. Contaba a la sazón el Dr. Chil 41 años.

Para llevar a cabo tamaña empresa, leyó y releyó cuanto se había escrito sobre Canarias en todos los idiomas, buscó y guardó cuadernos, libros, folletos, manuscritos, hojas perdidas y olvidadas, visitó archivos y bibliotecas públicas y privadas tanto nacionales como extranjeras, y embarcó para aquellos sitios donde esperaba encontrar noticias y documentos relacionados con sus estudios. Y así en Madrid, entabló relaciones con don Manuel Rivadeneira que le facilitó importantes datos referentes a estas islas, y con los Sres. Bermejo, autor de la *Estafeta de Palacio*, Pedro González de Velasco, Director del Museo Antropológico Nacional, José Benavides y el académico Juan Eugenio Hartzenbusch. En Normandía celebró largas conferencias con el investigador M. Gabriel Gravier, a quien tanto debe la historia de estas tierras, y con la condesa de Mont Ruffet, descendiente de la familia Béthencourt. Visitó, más tarde, los archivos de Rouen y Dieppe, pasó por Aviñón y estuvo en París durante los años 1864, 1874 y 1875 en los cuales sus compañeros y maestros le ayudaron con todo afecto y entusiasmo. De estos viajes a la capital francesa nació la amistad y gratitud con los Dres. Broca y Verneuil, profesores de la Facultad de Medicina, especialmente con el primero, que fue fundador de la Sociedad de Antropología de París, creador de la ciencia antropológica, descubridor de la tercera circunvolución frontal donde está localizado el centro del lenguaje

articulado, constructor de diferentes aparatos para hacer mediciones en el cráneo y escribió varias obras científicas, entre las cuales adquirieron fama mundial *La Etnología en Francia, Instrucciones generales para las investigaciones antropológicas, L'Homme préhistorique* y *Memorias sobre el cerebro del hombre y los primates*. Falleció en París en el año 1880. De igual manera le ayudó el Profesor del Liceo de San Luis, don Jerónimo Frontera, marcándole el camino a seguir en muchos puntos de sus investigaciones.

Embarcó también para la Costa de África donde encontró y recogió noticias relacionadas con nuestra historia. Llegado a esta isla, fue coleccionando cráneos, momias, jarros, utensilios de barro y objetos que tuvieran relación con los primitivos habitantes; y con ellos fue organizando un pequeño museo que sirvió de base al que más tarde se estableció en la calle que lleva su nombre.

Con todos estos materiales históricos, antropológicos y etnológicos y ayudado de las amistades que había fundado con hombres eminentes de Francia y España, dio comienzo a la preparación de esta obra, fruto de sus investigaciones y estudios, auxiliado por sus íntimos amigos, Juan Padilla Padilla, médico y compañero en París, y los licenciados en Derecho y Teología, hermanos Amaranto y Emiliano Martínez de Escobar. Todos ellos, en perfecta colaboración y unidos por un mismo objetivo, pusieron en favor de don Gregorio el consejo, la ayuda moral y los destellos de sus inteligencias para que la obra fuera digna de



Canarias, aun a sabiendas de que su publicación habría de traducirse en pérdida de tranquilidad y de dinero.

La obra fue apareciendo en cuadernos y con ciertos intervalos, en los comienzos del año 1876. Dedicada a su tío y padrino don Gregorio Chil Morales en prueba de gratitud por haberle costeado su carrera y donado en 3 de diciembre de 1869 su rica biblioteca compuesta de 4.000 volúmenes repartidos entre temas de Teología, Historia eclesiástica y profana, Literatura, Ciencias filosóficas y políticas y Gramática, amén de otras escritas en lenguas vivas y muertas, constituyó un acontecimiento intelectual dentro del páramo en que transcurría la cultura isleña.

Estructurada en tres tomos la parte publicada y conocida, estaba dividido el primero en tres partes; una dedicada a los tiempos prehistóricos con la edad de piedra en sus períodos paleolítico y neolítico; otra, a los protohistóricos; y la tercera a los históricos, subdivida, a su vez, en dos épocas, la primera que abarcaba los tiempos de Juba hasta los de Juan de Béthen-court, y la segunda, desde éstos a la conquista de la isla, completando su estudio con las descripciones geográficas y un resumen de los caracteres intelectuales, morales, fisiológicos y patológicos de los guanches. El segundo trata del estudio de los reinos de Tenerife, Palma, Gomera y Hierro y del origen de sus habitantes desde el punto de vista antropológico; y el tercero de la Climatología y la influencia que sobre las enfermedades ejercen la temperatura, luz, atmósfera, electricidad, humedad presión, vientos, ozono del aire,

periodicidad meteorológica, aguas naturales, pluviales, corrientes y marinas.

La obra fue saludada, por los elementos cultos de la isla, con los mejores auspicios y las más altas consideraciones, siendo el primero que dio cuenta de su aparición en la prensa, el Profesor don Alejo Luis y Yagüe, Director del Instituto Local de segunda Enseñanza, y de la *Revista de Las Palmas*. En ésta decía que la obra, una vez terminada, estaría compuesta de tres partes; la primera dedicada a la Historia, la segunda a la Climatología y la tercera a la Patología de nuestras Canarias.

“Su modesto título de Estudios —añadía— nos revela que la parte histórica es en su mayor parte una colección curiosa y rica de materiales que dan seguridad a cuanto afirma en sus páginas. No en balde este trabajo ha ocupado la vida de quince años del Dr. Chil. Sus recientes viajes a Tenerife, sus investigaciones en archivos públicos y privados de Bretaña, su ansia monomaniaca de buscar papeles, documentos y objetos de los antiguos canarios y su resolución de no escamotear esfuerzos y dineros para lograr su propósito, han dado lugar a la obtención de noticias que sólo esperaban ser ordenadas para formar un todo armónico”. “Pero si en esta parte debemos mucho al Dr. Chil, hay otra que es exclusivamente suya, porque se refiere a una materia de la que jamás se ha tratado y que constituye un cuerpo de doctrina. En ella se estudia la etnología local o investigación del origen de los primeros canarios de la que carecíamos de datos referidos a los tiempos anteriores a la Conquista. A

este propósito no quiso fiarse de sí mismo y por ello asistió a los Congresos de Lille y Nancy en los que consultó e hizo examinar sus disertaciones con los hombres más competentes en tales asuntos, entre los cuales destaca el profesor Broca”.

“La segunda parte o Climatología es otra materia sumamente interesante que si bien ha sido tratada por los sabios, nunca ha constituido un todo lo bastante claro para formarse una idea más o menos aproximada de la variedad asombrosa de climas, de la diversidad de zonas productoras y de las bellezas naturales que encierran las Canarias. Esta parte de la obra es un agradable oasis para los que se cansan con la seriedad histórica, porque con ella se admiran los bellos panoramas de la naturaleza o se estremece el ánimo contemplando los cuadros imponentes que ofrecen las islas.

“La tercera parte o Patología íntimamente enlazada con la Climatología, es la parte en que se descubre al médico en la extensión de sus vastos conocimientos. Con ella ha hecho un verdadero tratado de Patología de Canarias y será un libro que habrán de consultar los facultativos.”

En estas circunstancias, y cuando la paz y la tranquilidad existían en la ciudad, se vieron sorprendidos sus habitantes con la noticia publicada en algunos periódicos, y corrida de boca en boca, acerca de que la obra había sido excomulgada por el Obispo de la Diócesis. A este propósito es necesario decir que don José María Urquinaona y Bidot, que la desempeñaba por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, administrador Apostólico de Tenerife y Subdelegado Cas-

trense de estas islas, nació en Cádiz, y desempeñó distintos cargos eclesiásticos en Jerez de la Frontera, Guádix y Granada, antes de su toma de posesión del Obispado de Canarias en 22 de abril de 1869.

Hombre inquieto y enérgico, al llegar a esta ciudad reorganizó los estudios del Seminario poniendo a su frente un profesorado competente, a fin de obtener de la Santa Sede y del Gobierno de la Nación la autorización necesaria para conceder grados mayores. Dotado de inteligencia y vasta cultura, en la visita que hizo el 27 de julio de 1867 a la iglesia de San Juan Bautista de Telde, se congratuló de la actuación del párroco don Gregorio Chil Morales al observar la limpieza de los ornamentos y vasos sagrados y el buen espíritu de instrucción y celo de que gozaba; pero en contraposición se dolió de la mala disposición que había notado en gran parte del vecindario respecto a la pérdida de la fe y piedad cristiana. Fueron famosos sus sermones en la cuaresma, porque en ellos y en muchos actos de su vida religiosa dio muestras de su incompatibilidad con otras ideas. En 14 de octubre de 1878, después de haber residido diez años en esta isla, fue preconizado Obispo de Barcelona y nombrado Senador por su provincia. Falleció en la Ciudad Condal el año 1883.

Pues bien, el Sr. Urquinaona, con fecha 30 de abril de 1876, dirigió al venerable clero y altos fieles de las dos diócesis de Canarias y Tenerife la siguiente comunicación: “Habiendo entendido que la obra que se publica en esta ciudad por el Dr. don Gregorio Chil Naranjo titulada *Estudios históricos, climatológicos y*

*patológicos de las islas Canarias* contiene algunos errores y deseando proceder con la prudencia debida en la apreciación de las doctrinas contenidas en ella, en cumplimiento de nuestro cargo pastoral de velar porque no se perjudique a los fieles encomendados a nuestra solicitud con el parto nocivo de perniciosas enseñanzas, por las presentes damos comisión a los Sres. Examinadores Sinodales, Doctor don Vicente Delgado y Licenciados don Juan Inza Morales y don Domingo Cortés, Canónigos de oficio de la misma Santa Iglesia Catedral para que examinen las entregas publicadas de la mencionada obra y las califiquen a tenor de las censuras que usa la Santa Iglesia Católica y nos den cuenta detallada de lo que según su leal saber y entender hallaren contrario al dogma o sana moral católica para obrar en su visita como fuere oportuno y les recomendamos, por lo interesante del asunto, evacuen su informe a la posible brevedad.”

Antes de seguir adelante he de decir que el motivo del referido castigo fueron las declaraciones hechas en el prefacio de la obra por el Dr. Chil, de conformidad en un todo con las doctrinas de la Sociedad Antropológica de París que defendía las teorías de Lamarck y Darwin sobre el origen del hombre. Describía en él, a grandes rasgos, el desenvolvimiento de la creación tal cual lo ofrece la ciencia hasta llegar al conocimiento del antropoide humanizado. Reclama para sí las primicias de la nueva doctrina y lamenta no existir durante muchos años para robustecerla con las nuevas e irrecusables pruebas que se irían presentando, pues creyó siempre que el único medio de llegar

a la adquisición de la verdad es abrazarla con fe y sin prevención. Y para llegar a este medio era necesario que esas pruebas fueran expuestas en el seno de los pueblos libres, porque en ellos los hechos y los hombres se equilibran ya que en este equilibrio reside la verdadera libertad.

A estas manifestaciones escritas y dadas a conocer al público, la Junta de Teólogos compuesta por los mencionados señores, expuso numerosos argumentos opuestos a las doctrinas vertidas en la Introducción de tipo materialista por el Dr. Chil Naranjo, publicados en algunos periódicos de Gran Canaria y Tenerife y en especial en la revista *El Gólgota*, órgano de los católicos de la isla.

No voy a exponerlos todos porque alargarían el texto de esta biografía, pero no resisto al deseo de copiar algunos y el final del informe solicitado por la autoridad episcopal, y emitido, en un todo, de acuerdo con la opinión de la Iglesia y de sus representantes.

“Lo absurdo del transformismo se demuestra también por otros argumentos más directos. El Espíritu Santo ha escrito 'in principio creavit Deus cellus et terram'. Aquí se ve que sólo se trata de la creación y por ningún concepto de evolución ni de transformación a menos de admitir que Dios no sabe lo que dice o que no conoce el empleo de los términos, lo que constituirá una enormidad tal, que ni por un momento se debe pensar en ello. Más adelante dijo el mismo Espíritu Santo 'Formavit Deus Hominem de limo terra. Dios creó al hombre de lodo'. ¿Con qué derecho pues esos pretendidos sabios intentan rebajar este no-

ble origen hablándonos de antropoides, de monos inteligentes? ¿La Biblia no dice, por otra parte, que este hombre de cieno ha sido formado a imagen y semejanza de Dios? ¿Debemos admitir pues que Dios se parece a un mono? Dios hijo quedaría necesariamente envuelto en la misma humillación.”

Más tarde sigue diciendo el informe: “La fe nos enseñó cómo en la plenitud de los tiempos el verbo Eterno para efectuar la redención del hombre unió hipostáticamente la naturaleza humana a su naturaleza divina conservándose ambas íntegras, distintas y confusas con sus propiedades y operaciones respectivas y siendo desde entonces tan propias de la persona divina la una como la otra. Si pues nos atenemos a los principios del Dr. Chil, tendremos que el hijo de Dios tomó, aunque ya modificada, la naturaleza del simio, que el simio en Cristo es Dios y que las operaciones del mismo, humanizado, son propias de Dios como las de Dios en Cristo propias del simio. ¡Qué horror! ¡Qué blasfemia!”

“Por tanto, Ilmo. Sr., una obra como la de *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias* en cuya introducción además de querer mancillar injustamente la vida de un eclesiástico por todos conceptos respetable, además de colocar el sacerdocio católico a la misma altura de los sacerdotes de Budha, de Confucio y de los ministros del paganismo animados de desmoralizadores fines sin distinciones de ninguna clase, además de llegar a lo último del delirio afirmando que el hombre “mientras más se ha emancipado de la esclavitud religiosa más se ha ido

acercando a Dios por el conocimiento de su obra”, sin cuidarse de la enorme contradicción en que incurre y de la notoria mala fe de que parece hacer alarde; además de todo esto vierte doctrinas como las que dejamos combatidas enteramente contrarias a las Santas Escrituras, a la Tradición y a las decisiones solemnes de la Iglesia, al Sínodo, ajustándose a las prescripciones canónicas no puede menos de calificar a la mencionada obra que tales doctrinas en su introducción encierra, como en realidad la califica, de falsa, impía, escandalosa y herética.”

A la vista de este informe el Obispo refrendó su contenido añadiendo las siguientes palabras: “Nada tenemos que agregar a lo que se contiene en esta censura; ella comprueba, hasta la evidencia, que los *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias* publicados por el Dr. Chil, están impregnados en el error del darwinismo desenvolviéndose en ellos una doctrina contraria a la creación de la Iglesia y a la definición solemne del Concilio Vaticano donde se ratificó lo ya definido por la Iglesia sobre esta materia en otros concilios. Por lo tanto, mandamos a nuestros más autorizados fieles que se abstengan de leer la mencionada obra y las entregas que hayan recibido y conserven, las remitan con cubierta cerrada a Nos o a sus respectivos Párrocos, los que cuidarán de transmitirlos a nuestro poder; pues condenada la obra como la condenamos, ningún fiel cristiano, cualquiera que sea su instrucción y categoría, puede retenerlas a no estar facultado por la Silla Apostólica para leer los libros prohibidos; de lo contrario



incurrirá en las censuras con que se hacen estas prohibiciones por la Iglesia.”

“Como esta medida nos la inspira el celo de la gloria de Dios y del bien de las almas, debéis comprender, hijos muy amados, que no envuelve prevención ni sentimiento alguno contra el autor de la obra; repetimos lo que antes hemos dicho con sinceridad de nuestra alma, que lo amamos de corazón, que nos duele mucho encontrarnos obligados a condenar su producción literaria y deseando con ansias muy vivas su eterna salvación, pedimos al Cielo que le conceda auxilios muy eficaces de su divina gracia, para que conozca su error y se retracte públicamente de él, manifestándose lo mismo en sus creencias que en su conducta, hijo obediente de la Iglesia Católica según se hace indispensable como lo encarece el gran augustiniano para que tengamos a Dios por padre y esperemos con sólida esperanza la herencia suprema que nos mereció con su gran sacrificio Jesús, nuestro Señor.”

“Con este motivo y no siendo posible que nuestra solicitud pastoral provea lo conveniente sobre cada una de las publicaciones a los dogmas de nuestra fe católica o por algún concepto ofensivas a nuestra Santa y Divina Religión que por desgracia circulan con más frecuencia, renovamos de nuevo la amonestación o advertencia que tenemos hecha, antes de ahora, a nuestros amadísimos fieles sobre la obligación grave de no admitir en sus casas producciones de este género sin leerlas, ni permitir que las conserven o lean las personas que dependen de ellos; de lo contrario incurrirán en la desobediencia de la Iglesia y se expondrán

a experimentar un doloroso naufragio en la fe que pueda ser causa de su condenación eterna.”

“Y queriendo alejar de todos vosotros tamaña desgracia y alcanzaros el bien supremo de la eterna felicidad con nuestro corazón puesto en Dios, os bendecimos de lo más interno de nuestra alma, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Dado en Palacio Episcopal, el 21 de junio de 1876.”

“Los Venerables párrocos darán conocimiento de la condenación de esta obra a sus feligreses anunciándolo en el Ofertorio de la misa y, según lo estimen conveniente, atendidas las circunstancias, se servirán de los testimonios y las reflexiones que se contienen en esta Nuestra Carta Pastoral y en la censura inserta en la misma, para afianzar la fe en las almas contra los errores condenados en la obra si por desgracia se hubiere introducido ésta en la feligresía y sus malas doctrinas prevalecieron al menos en algunas inteligencias.”

El efecto que produjo la publicación de esta pastoral en las islas, y especialmente en las de Gran Canaria y Tenerife, fue sorprendente. No otra finalidad pudo producir, porque, acostumbrados a vivir sus hijos en un ambiente de tranquilidad sólo alterado por las conmociones políticas de la madre patria, la lectura de la misma en todas las iglesias, el respeto que merecía el Dr. Chil como médico investigador y ciudadano distinguido, y sobre todo el no estar acostumbrado el pueblo a esta clase de castigos espirituales, levantaron un estado de opinión entre los simpatizantes de una y otra parte actuantes en la cuestión, que se tradujo

en la existencia de hechos desagradables mantenidos durante algún tiempo en efervescencia, hasta que el transcurso de los años fue enterrándolos en el silencio.

Por su parte, mi biografiado, ante tal campaña y excomunión, se preguntaba disgustado y entristecido: ¿a qué es debida tan sangrienta cruzada?, ¿qué significación tiene desde el punto de vista de las relaciones humanas, tan tajante determinación? Es verdad que en la introducción de la obra sentaba doctrinas bastante añejas conocidas en el ambiente científico de las naciones cultas, las que siendo discutidas en este terreno no fueron objeto jamás de resoluciones extremas por parte de la Iglesia. Fui el primero en confesar que no las había inventado ni cabían caprichos en esas teorías, pues si el estudio de la naturaleza es el estudio de los fenómenos productos de la observación, contra ellos no había textos de escritura, opiniones de Padres de la Iglesia, ni argucias teológicas. Es más —continuaba diciendo—, cuando los teólogos que han censurado los primeros fascículos de mi obra, puesto que aún ha de pasar tiempo para verla terminada, me demuestren que los hechos son una mentira, que las ciencias exactas nos engañan, que lo que se ve no es tal cual lo vemos, que el sabio legislador del pueblo hebreo, el historiador de la creación, no escribió lo que la tradición le había comunicado, que lo que hoy se sabe, se ha descubierto y se ha observado, es una farsa indigna, yo seré el primero en rendirme a ese torrente de textos que los entendidos sinodales han aglomerado en su censura interpretándolos de la manera más cómoda que les ha parecido.

Lejos de mi ánimo —sigue respondiendo— impugnar nada de lo que allí se manifiesta, lejos de mí ridiculizar una carta que emana de un Prelado celoso que cree ver originalidad donde no hay sino simples referencias, un resumen y no más de lo que han observado y escrito hombres por tantos títulos respetables. El Illmo. Sr. Urquinaona ha cumplido como Obispo de igual manera que yo seguiré cumpliendo con mi cargo de historiador o coleccionador de datos y noticias para los que toman sobre sí, algún día, la difícil pero honrosísima tarea de escribir la Historia General de las islas Canarias. Por lo mismo no he debido prescindir de transcribir íntegro un documento en el que la dulzura del Pastor y su celo Apostólico que no lo es menos, resalta de un modo notable al lado de la suficiencia y sabiduría de sus distinguidos sinodales que no escasean los epítetos caritativamente deprimentes de mi persona humilde y de la distinguidísima de los sabios en cuyos libros he aprendido la ciencia. ¡Si esos Sres. teólogos los hubieran estudiado con la asiduidad y constancia que yo lo vengo haciendo desde hace mucho tiempo, de seguro que los habrían tratado con el respeto que merecen la ciencia y los años!

Si alguna amargura hay en mis palabras, no es porque esa condenación me haya afectado ni porque el número de suscriptores haya disminuido, no; hay en mí, un sentimiento más noble y elevado; el disgusto que me causa ver que así se cierran las puertas a la inteligencia, que así se quiera cegar al hombre y privarle de admirar y contemplar la obra de Dios, que es más grande a nuestra limitada comprensión cuanto

más se estudie el globo que habitamos y la estrellada bóveda que le rodea.

Como es natural comprender y siempre sucede en estos casos, las opiniones de los ciudadanos se dividieron en uno y otro sentido. El asunto se prestaba a ello, y unos con entereza de ánimo, otros con indiferencia, y los menos, temerosos de ser descubiertos, mostraban de palabra y por escrito sus simpatías hacia una de los dos contendientes.

En el extranjero M. Eugenio Véron publicó en *Le Bien Public*, de París, un artículo titulado “Excomuni6n de la Antropología” en el que manifestaba: “Todo el mundo sabe que hay una verdadera ciencia y una ciencia falsa, como hay una libertad del bien y una libertad del mal. El clero está por la primera contra la segunda y esto es bastante natural, pues la primera es la que él hace y la segunda la que lo deshace. Si nos remontamos a 250 años vemos que el representante de la ciencia era Galileo. Los verdaderos sabios de la Inquisici6n apoyándose en el testamento infalible de Josué condenaron al sabio distinguido a prisi6n y a la tierra a la inmovilidad. Hoy Satán está representado por el Dr. Chil que ha tenido la audacia impía de exponer, en el prefacio de su obra *Estudios hist6ricos, climatol6gicos y patol6gicos de las islas Canarias*, las doctrienas de la Sociedad de Antropología de París sobre el origen del hombre. Este monstruo vomitado por el Imperio no teme confesar que entre las afirmaciones del Espiritu Santo representado por Moisés y las inducciones de Lamarck, Darwin y tutti cuanti, no vacila un instante en optar por los últimos.

De la misma manera, el digno Obispo don José María Urquinaona Bidot no titubea, por su parte, en arrojar el anatema sobre este peligro detestable y en mandar a recoger todos los ejemplares por los curas de aquellas benditas islas. Sin embargo, tuvo el cuidado de reparar de antemano todas las lumbreras de la ciencia eclesiástica. Un sínodo de sabios episcopales ha declarado sacrílega la obra del Dr. Chil y absurdas e insensatas las doctrinas que contiene.

Por su parte, en la "Revue d'Anthropologie" del año 1878 (tomo V número 4) editada en París bajo la dirección del Profesor Broca, publicó Ludovicó Martillet un largo artículo dedicado a esta obra del Dr. Chil, que fue calificada de impía de absurda por un sínodo de teólogos, anatematizada por el Obispo de Canarias don José María Urquinaona Bidot y confiscados todos sus ejemplares por los sacerdotes de las islas afortunadas. Es más, a los fieles que persistieran en guardarlos a pesar de las órdenes formales dadas por los superiores eclesiásticos, se les amenazaba con cerrarles las puertas de la penitencia y abrirles las del infierno.

Entrando en materia, se pregunta M. Martillet: ¿De qué se acusa culpable al Dr. Chil? Sencillamente se responde, por exponer en la introducción de la misma, sin comentarlas, las teorías del transformismo tal y como la concibieron Lamarck, Darwin y sus discípulos.

Como era de esperar, sigue comentando, la publicación de la obra produjo gran emoción, porque jamás se había dado a conocer en letras de imprenta, una negación tan atrevida de la autoridad divina, y jamás

se había dicho y sospechado que el hombre no hubiese sido hecho a la imagen de su Creador. Con tal motivo, *El Gólgota*, revista religiosa de Las Palmas de Gran Canaria, lanzó el primer grito de alarma y llamó la atención de los eclesiásticos hacia su autor, hasta el punto de que fue separado del seno de la Iglesia y su tío, el Venerable Canónigo de la Catedral, amonestado por estar a él dedicada la obra. Como consecuencia, el Obispo, con gran pena de su alma, emitió su opinión contra las doctrinas perniciosas expuestas en ella tendentes a oscurecer el sol de la fe en menoscabo de la revelación divina, la observancia de la ley sagrada y la sumisión a la Santa Iglesia.

Para remediar el mal, para impedir que los fieles no escaparan a su abrazo paternal, el Obispo Urquinaona nombró una comisión de teólogos encargada de examinarla y censurarla. Terminado, poco tiempo después, el correspondiente informe, es curioso deducir de su lectura, continúa diciendo el Sr. Martillet, desde todos los puntos de vista estudiado, el grado de intolerancia y de aberración a los que había llegado el Catolicismo al otro lado de los Pirineos.

Y para demostrarlo, el mismo comentarista hace alusión a algunos paisajes del mismo llenos de un lirismo realmente suspicaz. En efecto, copiando algunos párrafos del referido informe dice: “Ellos no son más que librepensadores bastante corrientes que asaltan con impetuosidad el trono de la Verdad Eterna, que marchan en pos de la investigación de otras fuentes y penetran con singularidad arrogante en términos desconocidos y bajo el imperio de una razón obcecada

y de una inteligencia oscurecida, y que se imaginan haber descubierto voluminosos torrentes de luz y verdad para regenerar a la humanidad. ¡Miserables! Ellos no ven en su frenesí, el germen de la corrupción arrollado por estas aguas que se parecen a aquellos que engloban la prole humana, dejando tras ella la ruina y la desolación, derramando las tinieblas sobre la inteligencia, corrompiendo la voluntad, falseando los principios de la ciencia, aniquilando la justicia y la moralidad de los pueblos. Leones que devoran rugiendo alrededor de la generación creyente, se esfuerzan en impregnarles el veneno de sus doctrinas. No saben ellos que si el hombre no hubiera tenido por guía otros principios que los proclamados por sus rugidos, la tierra sería presa de la desolación más espantosa y la vida social llegaría a ser imposible.”

“Según la escuela a la que pertenece Chil, el hombre es un mono perfeccionado cuyo cerebro está dotado de la facultad de abstracción. El hombre es un mono perfeccionado repite. ¡Qué absurdo! Moisés nos dijo que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. ¿Es posible dudar de la intervención inmediata de Dios en la formación de esta obra? ¿Puede hablarse de la creación del hombre con una claridad más evidente? ¿Puede sostenerse todavía que el hombre no es más que una modificación del mono? La fe nos enseña cómo en la plenitud del tiempo, el Verbo Eterno para rescatar al hombre unió hipostáticamente la naturaleza humana y la divina, y las conservó enteras, distintas y sin mezclas. Por otra parte, el Dr. Chil compara al hombre con los animales salvajes y nos lo



muestra viviendo de frutos, raíces y carne cruda, como si fuera un antropófago nómada viviendo o refugiándose en las cavernas, sin tener nociones del fuego ni de la manera de preparar sus alimentos. El Génesis elevando su autorizada voz destruye estas alegaciones inciertas. *Plantaverat autem Dominus Deo paradisum a voluntates a principio in que posuit hominem quem formaverat.* Es pues evidente, que en el paraíso y no en las cavernas, Dios ha colocado al hombre desde el principio, pues en él no ha tenido necesidad de nutrirse de raíces y carnes crudas, ya que las especies que poseía eran agradables a la vista y dulces al gusto. El Señor no había dicho a Adán, ¿tú comerás de todos los árboles del jardín a excepción del de la ciencia del bien y del mal? Cuanto a la inteligencia del primer hombre, el libro sagrado la pone en evidencia, ya que Adán dio de conjunto un nombre a todas las especies animales y de pájaros y Dios le dotó de un espíritu de ciencia y prudencia para distinguir el bien del mal, por lo que no es admisible pretender que el hombre carezca de nociones tan usuales como las de hacer el fuego y preparar los alimentos.”

Después de argumentar contra el materialismo, concluye diciendo el referido informe “que la obra” *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias*, es mala desde todos los puntos de vista, por lo que debe ser declarada de falsa, impía, escandalosa y herética.”

El Dr. Chil, añade por su parte M. Martillet, tiene hoy la triste experiencia de haber sufrido las amenazas del Obispo condenándole a la excomunión de los sa-

cerdotes y predicando desde la cátedra evangélica el ateísmo de la obra y de los fieles que la han secuestrado como pestífera. Sus amigos, por otra parte, le han abandonado, sus suscriptores se han retirado aterrizados por las amenazas de los curas, pero ¿qué importa? La obra continuará publicándose desde el punto de vista trazado; y nosotros, franceses, nos sentimos satisfechos al felicitarle con coraje y tenderle una mano amiga.

La excomunión del Dr. Chil por el Obispo Urquinaona tuvo resonancia en los “Anales del Libro Pensamiento Internacional”. El reportaje de Ludovico Martillet que antecede, publicado en la *Revue d'Anthropologie*, fue difundido en Inglaterra y Estados Unidos en libros de orientación anticlerical, no antirreligiosa. Y así en la revista *Academy*, tomo XIII (1878), se dice que la iglesia no sólo se contentó con denunciar la obra, sino que condenó al Dr. Chil con excomunión mayor, lo cual en las Islas Afortunadas quiere decir aislamiento social.

Este comentario de *Academy* fue transcrito veinte años más tarde en el famoso tratado anticlerical de Andréw D. Wlicte, que tiene por título *A History of the Warfare of Science with Theology in Christerdem*, (una historia de la guerra de la ciencia con la teología en la Cristiandad) el que en su nueva edición publicada en New York en el año 1955, incluye el informe de los teólogos nombrados por el Obispo Urquinaona sobre la obra de Chil, como exponente del furibundo antidarwinismo de los sectarios protestantes de los Estados Unidos.

De nuestra nación y de nuestra isla recibió don Gregorio numerosas cartas de adhesión, de las cuales haré relación sucinta de aquellas que lo merecen, por el interés de su contenido. Así don Rosendo García Ramos y Brétillard, con fecha 16 de julio de 1876, le decía desde Santa Cruz de Tenerife, refiriéndose a la teoría de la creación progresiva basada en las ideas del célebre naturalista francés Lamarck tal cual vieron la luz en Francia en 1802, que la misma no implica una formación positiva o terminante de ateísmo, ni siquiera de no intervención de una divinidad en la organización de los vivientes de nuestro planeta. Asimismo don Nemesio Gili, también desde Santa Cruz y en carta firmada el 21 del mismo mes y año, le manifestaba que la obra publicada revelaba poseer profundos conocimientos científicos, pues en la introducción que la encabezaba hallábanse en sólida doctrina los últimos adelantos de la ciencia moderna, resultado de los preciosos trabajos llevados a cabo por Lyell, Lubbok, Vogt, Huxley, Dupont, Broca, Granolet etc. Todos estos conocimientos —añadía— le colocaban a Vd. a envidiable altura, pero si algo faltaba al cuadro era la correspondiente sombra que hiciese resaltar la brillantez del colorido y ésta también la posee Vd. ahora; de ello se ha encargado el Sr. Obispo. “Felicito a Vd. por la obra y añada su nuevo parabién por la censura que contra ella ha sido fulminada. No sé si en una sociedad poco dilatada puede ella proporcionarle disgustos; si así fuera, no le será difícil sobreponerse a ellos, que no pueden turbar la serena región de la

ciencia los aullidos rabiosos de la impotente ignorancia.”

Por su parte, el abogado de la misma capital tinerfeña, don Miguel Villalba Hervás, que fue Gobernador Civil de la provincia durante los meses de abril a octubre de la Primera República Española, en escrito de fecha 23 de julio de 1876, le decía: “Una vez más se ha cumplido una ley histórica. Los sacerdotes del oscurantismo excomulgan al sacerdote de la ciencia. Falta a Vd. este timbre y la dura cerviz teológica se la ha otorgado. Sea mil veces enhorabuena.”

En 7 de agosto de 1876 el Secretario del Ayuntamiento de Gáldar, don Francisco Ramos, le manifestaba que, con motivo de haberse leído en la iglesia de aquella población la carta pastoral del Obispo condenando su obra para dar vida al fanatismo, causa de todos los males que a la sociedad afligen, quería felicitar a Chil por el nuevo laurel que acababa de obtener en su científica carrera de historiador canario.

Estas cartas le sirvieron de consuelo y aliento para seguir trabajando en el estudio y publicación de la obra, sobre todo cuando se vio obligado, por efecto de la excomunión, a trasladarse a la isla de la Madera para contraer matrimonio con su segunda esposa, doña Rosenda Suárez Tascón, el día 17 de junio de 1876.

En 1 de febrero de 1878, el periódico *Atlante* escribía: “No tema el Dr. Chil la censura de espíritus mezquinos que sin tener conocimiento del asunto y atendiendo al interés de secta tratan de retener la difusión de su importante obra. Sus esfuerzos en este

punto serán tan varios como lo han sido para retener el progreso de las ideas.”

Con fecha 8 de febrero de 1878, don Agustín Millares Torres, en el mismo periódico, hacía consideraciones sobre los esfuerzos llevados a cabo por los que trabajan intelectualmente luchando contra la escasez de manuscritos, libros y objetos curiosos para dar a conocer sus estudios. Asimismo ponía de manifiesto lo que es necesario combatir cuando escasean los medios económicos y cuánto daño hacen los ultrajes lanzados, por el solo hecho de tener el valor de exponer su opinión en uso de sus íntimas convicciones, y de despreciar el lodo arrojado por las manos de los que creen manchar al hombre honrado y laborioso consagrado al bien de su patria.

Refiriéndose a la obra añadía que era un monumento glorioso que levantaba a su patria y que, aun cuando no se había terminado de publicar el primer tomo, el plan trazado era vasto porque en su concepción cabían todos los detalles históricos y científicos que ofrecía el archipiélago a las investigadoras miradas de los sabios. El estilo es claro, castizo y elegante y la franqueza con que expone sus opiniones y manifiesta sus dudas, le conquista las simpatías del lector. El Dr. Chil concibe la historia como felizmente empieza hoy a escribirse, y su espíritu libre pensador que vivifica sus páginas es el motivo más seguro que tiene el autor para rendir tributo a la ciencia moderna, y para emanciparse de la tutela que durante siglos se ha venido ejerciendo en la esfera de la inteligencia parali-

zando todo movimiento progresivo y anatematizando todo conato de libertad.

En 28 de febrero escribía Sabino Berthelot desde Santa Cruz: “La coordinación de esta obra es perfecta y Vd. ha sabido arreglarla según un plan de los mejores concebidos. Todos aquellos que se ocupan de las ciencias piensan como yo y cuando esta obra magnífica esté finalizada, tendrá Vd. la gloria de haber dotado a vuestro país de un libro precioso y de los más instructivos sobre las grandes cuestiones que han sido tratadas con la alta crítica, la independencia de opinión y el saber que a Vd. distingue. Lo que voy a decirle no es un elogio; entre nosotros la alabanza está de más, y me sería penoso que Vd. pueda asimismo sospecharlo.”

Un año después, en 5 de febrero de 1879, don Antonio María Manrique decía: “Doy a Vd. la enhorabuena por la gloria imperecedera que se ha conquistado haciendo un grandísimo beneficio a la Humanidad entera y muy particularmente a aquellos seres que yacen envueltos en el romanticismo, pues al fin y al cabo sustentarán sus errores no por convicción, sino por sistema y necesidad imperiosa.”

En 13 de mayo de este mismo año, don Francisco Giner de los Ríos escribía: “Todo el mundo conoce al Dr. Chil y sus *Estudios*, pero quizá, y no es corta ventura que así acontezca, los nacionales sabemos el precio de sinsabores y quebrantos que, como es natural en estos pueblos y tiempos, le cuestan los servicios que ha prestado a la Ciencia y a la cultura patria.”

Pasaron los meses y con ellos fueron apareciendo los restantes fascículos del primer tomo hasta su terminación, no obstante las dudas de los timoratos y enemigos. Durante este tiempo fue víctima el Dr. Chil del comportamiento de algunas personas abiertamente reñidas con todo lo que significaba progreso y adelanto de la ciencia, y de la conducta de otras que, por su posición económica y diplomas, estaban llamadas a dar ejemplo de buena educación. Condenada, como es sabido, la obra por un sínodo de teólogos, que ignoraban por completo los elementos más triviales de la geología paleontológica y de todo aquello que tenía relaciones con la historia del mundo y del hombre, llevaron los disconformes su ensañamiento hasta intentar privarle de la clientela, pintándole a los ojos de los timoratos como un ateo y por lo tanto carente de conocimientos médicos. Y ello fue tanto más lamentable cuanto que entre las personas que más le persiguieron algunas ocupaban altas jerarquías eclesiásticas.

Como consecuencia de esta conducta, muchos suscriptores se retiraron inducidos por los consejos y amenazas de los detractores pensando sin duda en que al ser los ingresos recaudados menores que los gastos, llegaría a suspenderse la publicación de la obra. Sin embargo no sucedió así, porque mantenido el Dr. Chil en su empeño de continuarlos y llevarlos a buen término, había montado, como ya he referido, un establecimiento tipográfico que si bien le costó muchos miles de francos, le hizo economizar algunas cantidades.

Al aparecer el segundo tomo en el año 1880, la prensa liberal siguió halagándolo como antropólogo y como historiador, pues sus escritos, basados en las doctrinas del darwinismo, habían merecido plácemes de eminentes publicistas de Europa. Bien es verdad que desde joven reveló poseer espíritu de investigador y que sus estudios de la naturaleza y de las razas humanas fueron su preocupación constante, ya que dotado de conocimientos científicos trabajó en la solución del problema más espinoso que la filosofía puede proponer; esto es, el origen de la especie hominal. Por otra parte, siguió las leyes desarrolladas magistralmente por Darwin, y acometió con gigantescos alientos la ardua empresa de buscar al hombre de los largos siglos prehistóricos.

Los agravios a su persona continuaron por todos los medios posibles, siendo dignos de mencionar los inferidos a su tío y padrino, el Canónigo don Gregorio Chil Morales, por haber aceptado la dedicatoria de la obra, y los dirigidos al presbítero y Licenciado en Derecho Civil y Canónico don Emiliano Martínez de Escobar y Luján, por prestar a dichos trabajos su autorizado criterio. Si a ello se añaden los cuantiosos gastos que la publicación llevaba consigo, puede deducirse la serie de contrariedades y disgustos que venía sufriendo don Gregorio. En relación con ellos no puedo menos de transcribir párrafos de una carta que con fecha 8 de febrero le envió un amigo: “Comprendo todo lo que Vd. ha sufrido; sé que el mundo, lleno de gentes malévolas y envidiosas, muerde a todos los que valen y tira piedras a los que están altos, ¿y cómo



no había de ser Vd. blanco de sus tiros si se alejaba del vulgo y formaba parte de los hombres de ciencia? No extrañe Vd. las persecuciones que ha sufrido; nadie es profeta en su tierra.”

Poco después, en este mismo año de 1882, fallecieron aquellas dos personas y, a pesar de ello, el Dr. Chil supo perdonar las ofensas que le habían proferido los disconformes con las teorías defendidas en su obra, porque estaba convencido de que la única verdad que se encuentra sin buscarla y que se abraza sin discutirse, es la eterna: Dios. Sin embargo, lo que nunca pudo olvidar fue la mordacidad de la ignorancia al querer calumniar a la ciencia. Si a ello se une la desaparición del célebre matemático don Jerónimo Frontera; del profesor De Mortillat; del doctor Vilanova, eminencia en Paleontología; del profesor don Pedro González de Velasco; Director del Museo Antropológico, del Gabinete de Curación y de la Sociedad Antropológica de Madrid; y del Dr. don Vicente Pérez de la Orotava, puede colegirse el estado de ánimo que le dominaba y la tristeza en que estaba sumido.

En carta de 8 de mayo de 1883, don Salvador Paddilla Pérez le manifestaba que había encontrado sublime y magníficamente redactada su interesante obra científica cuya producción demuestra el esclarecido talento, conocimientos y disposiciones brillantes de que es acreedor.

En la sesión celebrada por la Sociedad de Antropología de París, con fecha 4 de noviembre de 1887, M. Cavalier de Cuverville, Contraalmirante de fragata, al referirse el Dr. Verneau a la antigua población

del archipiélago canario, llamó la atención de la dicha sociedad sobre los trabajos del Dr. Chil. Amigo del llorado Broca —dijo—, hizo sus estudios en la capital de Francia y sentía por ella vivísimas simpatías. Tan sabio como modesto investigador, dirige en Las Palmas un museo, en donde ha logrado con grandes esfuerzos y sacrificios reunir las reliquias de aquella interesante raza primitiva de los guanches, cuyos orígenes permanecen rodeados de profunda oscuridad; allí se encuentran, en orden perfecto, cráneos, osamentas, momias recogidas en las cavernas que servían de necrópolis y especímenes de la industria de los aborígenes. El Dr. Chil contribuyó a esclarecer esta importante cuestión con la publicación de la obra *Estudios* que completan los llevados a cabo por Well, Webb y Berthelot.

Pasados unos años, en febrero de 1891, sin dejar de sucederse las contrariedades que le amargaron la existencia, sufrió el dolor irreparable de la muerte de su íntimo y leal amigo, unido en vida en París y Las Palmas, Dr. Juan Padilla Padilla, con quien colaboró profesional y científicamente, copiando y coleccionando muchos y valiosos manuscritos que constituyeron rico tesoro para sus trabajos.

En octubre de 1894, el Catedrático de Anatomía de Madrid, don Federico Olóriz, le rendía tributo de admiración por ser uno de los antropólogos más notables de nuestro país; y en abril de 1897, Jean d'Ardenne participaba que, retirado el Dr. Chil de su profesión, había llevado a cabo con honor y gloria un trabajo erudito y una obra considerable conocida con el título

de *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias*, de la cual iban publicados dos tomos.

Al aparecer el tercero, en el año 1899, el Dr Chil manifestaba que, a pesar de los numerosos aspectos que presentaba la historia de Canarias, tenía el propósito de continuar la línea de conducta que se había trazado desde el comienzo, aunque haría algunas observaciones sobre lo ya conocido. Era muy cierto —añadía— que había encontrado los mismos escollos y las mismas dificultades durante su publicación, que había consumido su tiempo, gastado el dinero y abusado de sus amigos, y que si continuaba editándola lo hacía impulsado por su amor a la tierra y por los alientos cariñosos de don Amaranto Martínez de Escobar, campeón de la literatura isleña y Secretario Perpetuo de El Museo Canario. Gracias a él siguieron apareciendo sin interrupción los fascículos, hasta que tuvo lugar el fallecimiento del autor, en la madrugada del 4 de julio de 1901, fecha en que dejaron de componerse los sucesivos y la obra quedó suspendida. El resto del original se conserva inédito en unas cajas preparadas al efecto en los archivos de la Sociedad, esperando a que ella o alguna otra corporación oficial, le tribute el honor de darla a conocer a su patria.

## SUS MATRIMONIOS

Don Gregorio Chil Naranjo, al cumplir los 31 años de edad, casó en primeras nupcias con doña Alejandra Jaques Merino, hija de don Juan Gregorio Jaques de Mesa y Pacheco Solís —Coronel de Milicias del Regimiento de Guía, Caballero de Cruz y Placa de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, Alguacil Mayor y Fiel Ejecutor de la Real Audiencia de Canarias— y de doña Estebana Merino y Ruiz de Quesada, naturales respectivamente de Las Palmas y la villa de Santa María de Guía. Doña Estebana era Patrona de la Capilla de la Trinidad de su iglesia y falleció en su casa de la calle de San Justo de esta ciudad el 25 de diciembre de 1842. De esta unión perteneciente a la más rancia nobleza y efectuada el 10 de noviembre de 1801, nacieron diez hijos (cuatro varones y seis hembras), de las cuales Alejandra, nacida en 21 de junio de 1817, fue la séptima. Fueron sus abuelos paternos don Agustín Jaques de Mesa y Acedo y doña Josefa Pacheco Solís Carauso, naturales de Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife, y maternos el Capitán don José Merino

Muxica y doña Estebana Ruiz de Quesada, naturales de Guía y Gáldar, según consta en sus partidas de nacimiento.

Oriundo de Flandes, el apellido Jaques (cuya traducción a nuestra lengua corresponde al nombre propio de Jaime) pasó a España a principios del siglo XVI y se estableció en la ciudad de Pamplona. Varios de sus caballeros ingresaron en distintas órdenes militares y civiles y ostentaron títulos del Reino. La rama establecida en Canarias tuvo su primer asiento en el Valle de la Orotava y desde allí se repartió por distintos lugares de las islas.

Avecindada en la calle de la Botica, hoy Remedios, doña Alejandra había casado, antes de su unión con don Gregorio, con los hermanos Bernardo y Salvador González Torres del Real, hijos de don Felipe González Torres y doña María Isabel del Real Martínez, naturales y vecinos de la villa y Puerto de la Cruz de la Orotava, en la isla de Tenerife, los que, al quedar huérfanos cuando contaban pocos años de edad, fueron recogidos, educados y atendidos por sus tíos don Lucas, comerciante hacendado de Las Palmas, y doña María Gil, que vivían en la calle Torres, número 8, de esta misma ciudad.

Don Bernardo nació en 1796 en el Puerto de la Cruz, fue Vicecónsul de los Estados Unidos de América y de Holanda y Alcalde Corregidor Constitucional de Las Palmas en el año 1842, fecha en que tuvo lugar el incendio de las Casas Consistoriales. Dotado de carácter decidido y enérgico, inició la cuestión pública para proceder a su nueva construcción, solicitó

ser inscrito como primer socio de número en la reunión de notables convocada para la constitución de El Gabinete Literario y fue nombrado su Presidente en el año 1846.

Casó *in fasciae ecclesiae*, el 25 de agosto de 1844, cuando contaba 48 años y doña Alejandra 27 y tuvieron dos hijos: Esteban, que celebró sus bodas con doña María Dolores de Rosa y Falcón, hija del Dr. don Miguel de Rosa Báez, y Félix, casado con doña María Teresa Rivero González. Falleció don Bernardo en el año 1851, durante la epidemia de cólera morbo.

El segundo marido, don Salvador Antonio Bernardino, nació en 1801 y murió el 28 de enero de 1857. Doctor en Medicina y Cirugía por las facultades de Montpellier y París en el año 1831, médico del Hospital de San Martín y vocal de la Comisión Sanitaria, lo fue igualmente de la de Recreo de El Gabinete Literario. Asistió a las epidemias de fiebre amarilla ocurridas en los años 1838, 1846 y 1847 y a la del cólera del año 1851, por cuyo motivo fue honrado con el nombramiento de Caballero de la Orden Americana de Isabel la Católica, retirándose de la profesión por haber quedado enfermo a consecuencia de esta última epidemia. Casado con doña Alejandra cuando contaban 51 y 35 años de edad, procrearon dos hijos llamados Salvador, muerto en estado de soltería, y Bernarda, unida en matrimonio con don Santiago Fierro Van de Walle, natural de Santa Cruz de La Palma, del cual tuvo siete descendientes, José María, Alejandra, José María, María, Salvador, Félix y María del Carmen.

Pues bien, al finalizar el año 1862, contrajo ma-

rimonio doña Alejandra con don Gregorio, del cual tuvo una hija que murió a los pocos meses de nacida. Domiciliados en la calle de Torres número 10, abrió el Dr. Chil su despacho y atendía a su clientela. Tomó



*Doña Alejandra Jaques Merino.*

don Gregorio posesión de la biblioteca de don Salvador, así como de cuatro esqueletos que éste había traído de Francia, donde había estudiado su carrera.





*Don Gregorio Chil Naranjo, de 31 años de edad, durante la Exposición de Agricultura del año 1862.*

Era doña Alejandra mujer vistosa, elegante y enérgica, por lo que nada tiene de extraño que don Gregorio, más joven que ella, se enamorara a pesar de su pasado matrimonial. Por otra parte era decidida y autoritaria y formaba parte de una logia masónica titulada “La Afortunada” que publicaba un periódico con el mismo nombre. Esta logia estaba situada en una casa de su propiedad, sita en la calle de Travieso, a cuyas reuniones asistía con el sobrenombre de Hermana Lucrecia Borgia. Poco después, el 26 de enero de 1869 falleció repentinamente, cuando contaba 52 años de edad.

Pasados nueve de la muerte de su primera esposa, celebró su segundo matrimonio con la señorita Rosenda Isabel Amalia Suárez Tascón, hija legítima de don Vicente Suárez Naranjo —Capitán del Regimiento Provincial de Telde, natural y vecina de Las Palmas— y de doña María Maximiana Tascón Perdomo, natural de Telde y vecina de Las Palmas con domicilio en la Plaza de Santa Ana número 7. Nacida el 10 de julio de 1833, en esta ciudad, y bautizada en la parroquia de San Agustín, fueron sus abuelos paternos don José Suárez Alvarado y doña Josefa Naranjo, y maternos don Juan Tascón, Capitán de Infantería y doña María Perdomo Ruiz.

Tenían, en 1876, 45 y 43 años de edad respectivamente. Por este tiempo se habían publicado los primeros cuadernos de los *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias*, obra que, conforme detallé en páginas pasadas, fue excomulgada por el Obispo de la Diócesis Don José María Urquinaona y Bidot.

Vivía por entonces don Gregorio antes de casarse en la casa de su tío y padrino don Gregorio Chil Morales, sita en la calle del Espíritu Santo, alternando la tranquilidad del hogar, muerta su primera esposa, con la asistencia a los enfermos y obligaciones espirituales compartidas con su tío; pero un día de los primeros meses de este año de 1876, al entrar el Canónigo en su despacho, le dijo, con voz apagada por la emoción y con lágrimas en los ojos y entre sollozos: “Tengo órdenes terminantes del Prelado de que dejes esta casa”; y el doctor, sin más consideraciones y haciéndose cargo del mal rato que estaba pasando, le contestó, sin esperar a que asomara a su cara la más leve protesta: “Está bien..., tío”.

Bastó este simple diálogo para decidirse a casar, ya que no podía continuar viviendo con el Canónigo. En su vista, se dirigió al domicilio del párroco que le correspondía para solicitar la administración del sacramento que bendijera la unión con su prometida, y como su respuesta fue negativa, sin pérdida de tiempo se decidió a hablar con el Prelado, sin contar con que “su celo apostólico —son palabras del Dr. Chil— no guardó armonía con la más trivial cortesía toda vez que hizo uso de un lenguaje incorrecto”. Ante tal respuesta y sin más miramientos ni dilaciones, resolvió contraer matrimonio fuera de la nación, a cuyo efecto, y de conformidad con su futura esposa, embarcaron ambos para la isla de la Madera, donde en su Catedral fueron bendecidos solemnemente el 19 de junio de 1876.

De más está el decir que fueron recibidos con

toda hospitalidad, especialmente por el historiador y jurisconsulto don Álvaro Rodríguez de Acevedo, profesor de Oratoria Poética y Literatura del Liceo Nacional de Funchal. Dolorido por el comportamiento de las autoridades religiosas de su isla, contrapuestas



*Doña Rosenda Suárez Tascón, en la fecha de su matrimonio con Don Gregorio Chil.*

en un todo a las vivas simpatías y al trato fino y caballeroso de los habitantes portugueses, pensó en quedarse a vivir en Madera, si no hubiera sido porque, al caer enfermo, el compañero que le asistió le aconsejó regresara seguidamente a Las Palmas o fuese a tomar aguas minerales en balneario adecuado para enfermedades reumáticas.

Como consecuencia de este consejo decidió volver a Canarias, sin pasarle por su mente que el Prelado había dado órdenes de que se instruyese el correspondiente expediente para dar al traste con el matrimonio celebrado en la mencionada Catedral, que desempeñaba al mismo tiempo las funciones de parroquia, no sin antes haber descargado su furia sobre el presbítero y Licenciado en Derecho Civil y Canónico don Emiliano Martínez de Escobar, por considerarlo autor del consejo tomado.

En esta situación don Gregorio puso en movimiento todas sus amistades e influencias para contrarrestar las decisiones del Obispo. A tal fin el Cónsul de España en Funchal, don Ventura de Castellón, obediendo petición de don Gregorio, con fecha 25 de agosto de 1876 solicitó del Vicario Capitular copia de la partida de casamiento para hacer la inscripción de la misma en el registro municipal de la Madera y enviarla, una vez firmada, a Madrid con el fin de activar su despacho en los Ministerios de Estado y Gracia y Justicia y evitar su anulación. Pero fueron tantos los obstáculos que encontró en su tramitación y tal la extrañeza que producían las comunicaciones recibidas de la Diócesis de Canarias, que el propio cónsul, al

verse sorprendido por la pregunta que le hizo un canónigo portugués respecto al permiso que necesitaban obtener del Obispo para casarse, respondió que sólo estaban obligados a presentar los documentos legales.

A pesar de ello, el 27 de septiembre del mismo



*Don Gregorio Chil y Naranjo, en la fecha de su matrimonio con Doña Rosenda Suárez Tascón.*

año volvió a escribirle el referido cónsul diciéndole que al fin había logrado la copia del acta de casamiento y remitídola al Ministerio de Estado. No obstante ello, nada pudo conseguirse porque, en virtud de la sentencia dada por el Excmo. y Reverendísimo Prelado Diocesano de Canarias con fecha 9 de abril de 1877, el celebrado en 19 de junio del año anterior en Funchal quedaba anulado.

En consecuencia volvió a instruirse un nuevo expediente en el Obispado de Canarias, que no he podido encontrar, pese a mis solicitudes y búsquedas, en virtud del cual en 9 de mayo de 1877, el Licenciado don Domingo Cortés y Santmartí, Abogado de los Tribunales del Reino, Canónigo Doctoral de la Santa Iglesia Catedral de Canarias y Provisor y Vicario General del Obispado, pasó a las ocho de la noche de ese día a la casa sita en la plaza de Santa Ana número 7, jurisdicción de la parroquia de San Agustín, y en ella casó, como habitación de la contrayente, *in fasciae ecclesiae* y por palabras de presente, al Dr. Gregorio Chil Naranjo, natural de Telde y vecino de Las Palmas, hijo legítimo de Juan Chil Morales, difunto, y de doña Rosalía Naranjo, con doña Rosenda Suárez Tascón, natural y vecina de esta ciudad e hija legítima de don Vicente Suárez Naranjo y de doña Maximina Tascón, difunta y viuda de don Alfonso Rodríguez Falcón, después de practicadas las diligencias de estilo y dispensadas las tres proclamas prevenidas por el Santo Concilio de Trento. Fueron testigos don Vicente Suárez Naranjo y doña Catalina Suárez Tascón, padre y hermana de la contrayente.

CREACIÓN Y FUNDACIÓN DE EL MUSEO  
CANARIO



Puedo decir, sin temor a equivocarme, que la principal obra legada por Chil a la posteridad fue la creación y fundación de la sociedad *El Museo Canario*. Al hacerlo así presente, no hago otra cosa que confirmar la opinión sostenida por sus paisanos, unánimes en reconocerlo y proclamarlo en todos los sentidos.

Comenzada la publicación de su obra *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias*, pasó por su mente la necesidad de establecer en la ciudad un centro dedicado a guardar y conservar los numerosos objetos que tenía en su poder, relacionados con la existencia de los primeros pobladores. Era natural comprender, por lo tanto, que siendo valiosas las colecciones que había logrado reunir en su domicilio, e importantes las relaciones científicas que sostenía con los maestros de la Antropología y de las restantes ciencias naturales de Francia y España, sintiera el deseo de fundar una sociedad donde reuniera el material de su propiedad, el disperso en otros sitios y el obtenido en las exploraciones llevadas

a cabo en los distintos lugares de las islas. Un centro, en fin, que sirviera de enseñanza a los nativos y a cuantas personas nacionales y extranjeras estuvieran interesadas en estos problemas.

De ahí que luchando y soñando con esta idea que venía inquietando su cerebro desde hacía tiempo, hiciera cuanto le fuera posible para convertirla en realidad, ya que durante su estancia en París supo aficionarse a estos estudios puestos al día por sus maestros, y a dejarse dominar por el vehemente deseo de conocer sus secretos.

Comunicada esta idea a un grupo de amigos, se dio cuenta seguidamente del cariño con que fue recibida y de las promesas y entusiasmos con que iban a corresponder, pues tal propósito no podía quedar en olvido dada la importancia y el papel que iba a desempeñar en la historia de Canarias. Correspondieron, pues, los más entusiastas, percatados como estaban de la necesidad de llevar a cabo estas investigaciones, dado que el origen y vida de los primitivos pobladores de Canarias interesaba a todos los hijos de la región, y en especial a los que tenían conocimientos históricos y científicos de los canarios prehispanicos.

Como se ve, la iniciativa de su creación partió del Dr. Chil y a fin de hacerla efectiva bastó solamente una simple convocatoria suscrita por él, don Andrés Navarro Torrens, don Juan Padilla Padilla y don Amaranito Martínez de Escobar, para que en la tarde del día 2 de septiembre de 1879 quedaran reunidos en el domicilio de este último, sito en la casa número 9 de

la calle de López Botas. Una vez en ella, don Víctor Grau Bassas, don Mariano Sancho Chío, don Emilio Álvarez del Cueto y don Diego Ripoché Torrens, bajo la presidencia de don Juan Padilla Padilla como concurrente de más edad, y en compañía de la luz del sol que entraba a raudales por las ventanas iluminando las espirales del humo de los tabacos que se difuminaban al ascender, fue nombrada la primera Junta Directiva de la Sociedad, que desde entonces tomó por nombre el de 'El Museo Canario'.

Constituida ésta por don Domingo J. Navarro, Presidente; don Juan de León y Castillo, Vicepresidente 1.º; don Andrés Navarro Torrens, Vicepresidente 2.º; don Juan Melián Caballero, Tesorero; don Víctor Grau Bassas, Conservador; don Juan Padilla Padilla, Bibliotecario; don Manuel Ponce de León, Vocal 1.º; don Antonio Jiménez Suárez, Vocal 2.º; don Gregorio Chil Naranjo, Director; y don Amaranto Martínez de Escobar, Secretario, su primera declaración fue poner en conocimiento del público que la Sociedad tenía por fines principales la creación de un museo y una biblioteca destinados al desarrollo y progreso de la popular instrucción en los ramos que comprende, y al estudio especial de los asuntos referentes al archipiélago canario en sus producciones naturales, arqueología e historia. Y para llenarlos contaba: 1.º, con un museo donde en sus correspondientes secciones se hallasen coleccionados y expuestos al público objetos de ciencias naturales, antropológicos y de artes, especialmente los que se refirieran a este archipiélago y los que depositasen los particulares, siempre que és-

tos los solicitasen; 2.º, con un gabinete de reproducciones o vaciados, anejos al mismo, de figuras clásicas y modelos de reconocido mérito para su estudio y comparación; 3.º, con una biblioteca y archivo canarios donde separadamente se encontrasen coleccionados periódicos, obras, folletos, manuscritos y autógrafos de escritores canarios y cuantas producciones relativas a estas islas se hubiesen publicado dentro y fuera de la nación, admitiéndose también en calidad de depósito las obras y producciones que con este carácter se entregasen; 4.º, con una biblioteca general y gabinete de lectura para la instrucción y recreo de los socios y del público, donde deberán reunirse, para enriquecer su fondo, todas las publicaciones y revistas científicas y literarias tanto nacionales como extranjeras que los recursos de la Sociedad le permitieran adquirir; 5.º, con una publicación periódica que reflejase la cultura intelectual del archipiélago en la forma y modo que la Junta Directiva estimase conveniente, o de anales, memorias y folletos que fueran manifestación de los trabajos de la Sociedad; 6.º, organizará, para llevar a cabo estos fines, veladas o sesiones científico-literarias, donde se celebren y pronuncien discursos, certámenes y lecturas, bien en conmemoración de la inauguración de la Sociedad o de algún hecho notable relacionado con alguna ilustre entidad nacional o extranjera, o bien con conferencias públicas y privadas para la difusión de las letras, ciencias y artes canarias; 7.º, llevará a cabo excursiones científicas, exploraciones y rebuscas en esta isla y en las demás del archipiélago, siempre que las circunstancias lo permitieran; 8.º, sostendrá

una activa correspondencia con las sociedades afines y con los socios honorarios y corresponsales que se nombrasen a fin de coadyuvar a la mayor ilustración y adquisición de obras y ejemplares para el fomento de nuestra biblioteca y museo; y 9.º, publicará obras inéditas canarias y traducirá e imprimirá las que en otros países se den a luz y sean de interés científico e histórico para estas islas.

Aprobado el reglamento en lectura convocada al efecto, y admitido un buen número de socios, se dio cuenta de una instancia suscrita por varios de éstos, solicitando que el Ayuntamiento cediera provisionalmente las habitaciones altas de las Casas Consistoriales que miraban al norte de la plaza de Santa Ana, para instalar en ellas el museo y la biblioteca. Aceptada por la corporación la propuesta y arreglados los salones, se hicieron cuatro mesas para colocar los objetos conseguidos y las colecciones de conchas y minerales que depositó don Diego Ripoché.

Como vemos, los objetivos de sus fundadores fueron amplios y ambiciosos, y nadie creyó que llegarán a consolidarse después de haberse sostenido por los elementos intelectuales de la isla dos opiniones sobre la creación de un centro de categoría cultural: una, la de los partidarios de la creación de un museo; y otra, la de los que optaban por la de un ateneo. Lo cierto es que si bien funcionaron al principio con independencia, más tarde quedó el museo perviviendo a través de los años para gloria y orgullo de la isla.

Aumentaron, como era de esperar los socios, los donativos y el entusiasmo, cundió el interés entre

los hombres de la calle, y pronto llegó a sentirse el convencimiento de proceder a su rápida inauguración oficial. Tal acontecimiento tuvo lugar el 24 de mayo de 1880 en las Casas Consistoriales, bajo la presidencia del Subgobernador del Distrito don Agustín Bravo, y con asistencia del Capitán General de la Provincia, Teniente General don Valeriano Weyler; del Presidente de la Diputación Provincial don José García Lugo; del Gobernador Militar del Distrito de Gran Canaria don Nicolás Clavijo; del Mariscal de Campo don José García Velarde; del Ayuntamiento en pleno y de las demás autoridades, corporaciones, sociedades, personas invitadas y numeroso público que llenaba en su totalidad el salón.

Abierta la sesión, pronunciaron discursos el Presidente del Museo, don Domingo J. Navarro; el Director, don Gregorio Chil Naranjo; y el Secretario, don Amaranto Martínez de Escobar. Se refirió el primero al progreso de la inteligencia en nuestra moderna sociedad manifestando que tres siglos largos emplearon nuestros progenitores en colonizar y defender la isla, mientras que menos de medio siglo nos ha bastado para civilizarla. Glosó un canto a los progresos que se han ido sucediendo en la ciudad con respecto a la enseñanza, artes, exposición provincial, literatura, música y biblioteca popular, terminando con unas palabras de agradecimiento al Ayuntamiento por haberse dignado a tomar bajo su amparo al museo, subvencionándolo y destinando a su instalación todo el piso alto del palacio municipal.

A continuación, don Gregorio Chil, con la misma

emoción y satisfacción del que ve nacer su primer hijo, empezó diciendo que en el ser humano todo es movimiento, composición y descomposición, siendo su resultado el transformismo; que en el mundo físico lucha constantemente entre los diversos agentes que constituyen su organización, y que en las manifestaciones morales vence siempre el que se halla en circunstancias favorables, gracias a las grandes leyes de la selección y adaptación, puesto que siendo el hombre la representación más elevada de la escala zoológica, ha tenido que sufrir, más que ninguno otro, los efectos de su organización, triunfando unas veces y perdiendo otras, ya que la ciencia marcha hacia adelante y a ella tiene que sujetarse.

Con este motivo hace un encendido elogio de la química y la física, que han logrado con el estudio de las moléculas de los cuerpos y su modo de combinación la obtención de otros que redundan en beneficio del ser, bien adormeciendo o desapareciendo el dolor, bien produciendo luz que destruye la oscuridad o dando nacimiento a sonidos que despiertan en los oídos los más dulces sentimientos. Con estos medios ha penetrado el hombre —continuó— en el interior de los organismos que le acompañan, descubriendo sus leyes fundamentales, la flora y fauna del mundo, el lugar que ocupa en la creación, las transformaciones que ha sufrido y los eslabones de la cadena que le unen a los demás. Pero faltaba el lazo que hiciese a éstos converger en un centro común, y de ahí nació la Antropología como ciencia llamada a su conocimiento perfecto, porque ella descubrió su origen y los combates que ha

sostenido con los animales que vivieron en la tierra en épocas determinadas y ya desaparecidos.

Este progreso científico que ha llegado hasta las regiones más remotas del mundo civilizado, no ha podido pasar desapercibido entre nosotros —prosiguió diciendo— porque las islas Canarias, a pesar de su pequeñez en extensión y de su aislamiento, no han podido resistir a dicho empuje, ya que el lugar que ocupan en el terreno de las ciencias es de gran importancia dados los estudios que se han hecho de algunos años a esta parte por sabios y entendidos naturalistas. ¿Son las islas restos de aquella Atlántida famosa descrita por Platón en su *Timeo*, o han sido formadas por levantamientos del fondo de los mares? ¿Fueron los indígenas canarios vestigios de aquel pueblo que, según muchos afirman, llevó su civilización a los continentes de África, Europa y América, o vinieron de la costa de Libia a poblar estas islas de nueva formación? A las ciencias corresponde resolver este importante problema y El Museo Canario se ha encargado de esta difícil tarea, reuniendo esa colección de restos de los indígenas de estas islas, para investigar su desconocido y misterioso origen. Hoy, en presencia de esos trozos de huesos, se puede afirmar: 1.º, que osteológicamente los guanches de Gran Canaria son dolicocefalos; y 2.º que en la arqueología prehistórica pertenecen al período de la piedra tallada o paleolítica y al de la piedra pulimentada o neolítica, de lo cual se deduce y viene en conocimiento que este pueblo existía en la época geológica cuaternaria y en la edad paleontológica de los gran-



des mamíferos que habían terminado ya en el período paleolítico.

La resistencia que gran número de hombres oponen al progreso se encuentra hasta en los pueblos más civilizados y mejor preparados para recibir los nuevos conocimientos. Por ello —terminó manifestando— necesitamos de mucha perseverancia y de no hacer caso de la indiferencia que domina a las generaciones actuales. Trabajemos y con la patria por objetivo, la ciencia por medio, el pasado por lección y la esperanza en el porvenir, nada olvidemos y sigamos adelante, como dijo Quatrefages en la apertura del Congreso para el Adelantamiento de las Ciencias celebrado en Lyon el año 1873.

Hizo uso de la palabra, a continuación, el secretario don Amaranto Martínez de Escobar, para hacer historia de la instalación del museo y de los adelantos que había experimentado en el transcurso del tiempo, pues gracias al municipio que le colocó bajo sus auspicios, a la cooperación de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, al patriotismo de muchos individuos, regalando unos y depositando otros las diversas colecciones de objetos de Historia Natural que hoy posee, y a las últimas expediciones de Guayadeque que han suministrado una rica colección de cráneos y gran número de objetos pertenecientes a los indígenas, se ha logrado exponer al público, para satisfacción y orgullo de todos, cuanto forma parte del tesoro de la Sociedad. Si a ello se añaden la publicación de la revista y el acuerdo de celebrar conferencias y abrir discusiones sobre temas científicos y literarios por medio

veladas periódicas que quedan inauguradas con ésta, se comprenderá el grado de entusiasmo que a todos les animaba. La Sociedad contaba con 163 socios de número y 13 honorarios, verdaderas eminencias científicas de fama universal, por lo que hay que decir, en conclusión, que la gloria será para el museo y para su directiva, gracias al favorable descanso que proporcionaba la satisfacción de haber realizado y dado forma al pensamiento.

Como no es éste el momento de hacer la historia de El Museo Canario y sí el de referirme a la aportación destacadísima del Dr. Chil a la vida y evolución de la Sociedad, quiero hacer constar que su creación fue recibida por la isla con todo alborozo. *La Correspondencia*, *El Noticiero*, *El Foro Canario*, *El Faro Católico* y la revista *El Museo Canario*, dedicaron al fausto acontecimiento los más encendidos elogios y las más calurosas felicitaciones, haciendo resaltar que gracias a su fundación será posible leer las obras de nuestros ilustres paisanos y consultarlas en todo momento, ya que muchas de ellas, antiguas o modernas, se hallan inéditas en casa de sus autores o situadas en manos ajenas por completo a sus valores y merecimientos. De igual manera —seguía comentando la prensa— ha sido y es desconsolador, y hasta vergonzoso, que objetos preciados de los antiguos indígenas de las Canarias, objetos que ocupan la atención de muchos sabios y son al mismo tiempo motivo de curiosidad y estudio hayan sido arrebatados y distribuidos en museos extranjeros y en poder de extraños. Ello nos acusa de poco amantes de las glorias de los

que vivieron otros siglos, por más que haya habido entre nosotros personas de reconocido saber y de no común ilustración, que se han dedicado a reunir estos objetos y a hacer curiosos estudios para comunicarlos a los sabios amantes de la investigación y de la verdad.

Creado el Museo, fue poco a poco el Dr. Chil retirándose del ejercicio de la profesión para consagrar a dicha Sociedad los mejores momentos de su vida. Por ello sin olvidar la gran labor que realizaron sus compañeros de Junta, hay que reconocer que don Gregorio fue principio y fin de este gran templo de la ciencia, principio porque lo inició y fin porque lo dotó de los medios necesarios para sostenerlo, conservarlo y engrandecerlo, legándole su casa, su valiosa biblioteca y su fortuna.

El Museo estaba situado, como he dicho, en las habitaciones del piso alto del Ayuntamiento de esta ciudad, cedidas por la ilustre Corporación para este fin. En sus comienzos estaba alojado en un salón de entrada ocupado por objetos de Historia Natural y Arqueología, más de trescientos cráneos de los canarios indígenas, muchos huesos humanos y objetos de los primeros pobladores que llamaban la atención por su antigüedad, formas y usos a que fueron dedicados. Pasando a la izquierda se encontraba otro salón espacioso, donde se coleccionaban numerosos elementos de Historia Natural y Meteorología distribuidos convenientemente, bastantes instrumentos que servían de pasto a la Mineralogía científica, geognóstica y tecnológica y gran número de especies de peces, aves y mamí-

feros disecados. En el centro del salón ocupaban lugar destacado los productos marítimos. Como se ve, el Museo al principio de su fundación fue adquiriendo importancia dentro de su modestia.

Siguiendo el precepto reglamentario que ordenaba la celebración, cada año, del aniversario de la inauguración oficial de la Sociedad, tuvo lugar el 24 de mayo de 1881 el correspondiente a esta fecha; pero, como al mismo tiempo había de llevarse a cabo la del segundo centenario del fallecimiento del poeta y dramaturgo don Pedro Calderón de la Barca, el Ayuntamiento de Las Palmas y El Museo Canario, puestos de acuerdo, decidieron verificarlos en el Teatro Cairasco de esta ciudad.

Exornado con lujo y elegancia por la profusión de luces, flores y cortinas que daban al local un magnífico aspecto, comenzó el acto bajo la Presidencia del Subgobernador del Distrito, con asistencia de las autoridades civiles y militares, presidentes de sociedades culturales, magistrados y fiscales de la Audiencia, directores de periódicos y público en general. Colocada la orquesta de la Sociedad Filarmónica en el palco escénico y dirigida por el Maestro Valle, fue dividida la sesión en dos partes, siendo iniciada la primera por la *Obertura* de Campanone y seguida de un discurso de don Domingo J. Navarro sobre “Reflexiones acerca del patriotismo”, en el que hizo un canto de amor a la patria que nos vio nacer y a los patriotas que, impulsados por el engrandecimiento de la misma, no miraban obstáculos ni oponían dificultades para el logro del bienestar de la nación y de sus hijos. Citó

—para demostrarlo— los terribles momentos en que se vio la isla durante la epidemia de cólera del año 1851 y los esfuerzos que llevaron a cabo unos patriotas ilustres, obteniendo, en compensación, mejoras administrativas y políticas del poder central. Por ello se dirigió a la juventud aconsejándole no echase en olvido que uno de los deberes de cada ciudadano era trabajar incansablemente por el progreso de la tierra en que vio la luz primera.

Leída a continuación la memoria de Secretaría por don Amaranto Martínez de Escobar dando cuenta de que en el poco tiempo que llevaba de vida el Museo podía considerársele como una honra para la patria, la provincia y la isla, tomó la palabra el Dr. Chil y Naranjo para hablar de “La existencia de la Atlántida de Platón y el origen de los guanches”. Con voz mesurada por la emoción, comenzó diciendo que durante el viaje de Solón por Egipto, mientras visitaba la ciudad de Sais, los sacerdotes le hablaron de un libro custodiado en el templo, en el que se leía que en tiempos muy antiguos la ciudad de Atenas había sido testigo de que los habitantes de la isla Atlántida, cuyos dominios se extendían por toda Libia hasta dicha nación y por Europa hasta el Mar Tirreno, se habían coaligados para conquistar Egipto y Grecia, en los tiempos en los que la inteligencia, el valor y el genio militar de los atenienses brillaban con más fuerza. Y que para evitarlo, decidieron oponerse a dicha invasión, hasta lograr derrotarlos y librarse de la esclavitud de que estaban amenazados. Por efecto de estas luchas tuvieron lugar violentos temblores de

tierra y espantosas inundaciones que hicieron desaparecer, en un día y su noche, aquella hermosa isla hasta dejarla hundida en el fondo de los mares, momentos en que éstos se hicieron innavegables por los bajos y escollos que se originaron.

La desaparición de la Atlántida y la existencia de las islas que en su lugar permanecieron, han hecho suponer a muchos —siguió diciendo— que las islas Canarias, Azores, Cabo Verde, Madera, Puerto Santo y Las Salvajes, son restos de aquel gran continente que, desde Platón hasta fines del siglo pasado, los sabios geógrafos y viajeros aceptaron, en tanto otros los negaron, y muchos pusieron en duda que hubiera habido tal continente. Por lo que se refiere a los hombres de ciencia, los geólogos más caracterizados se oponían a su existencia, en tanto los paleontólogos, los botánicos y los zoólogos estaban contestes en afirmar que toda organización viviente reconoce un foco de creación determinado y que las flores y fauna y fósiles de las costas de Europa y África y de las opuestas riberas de las Américas han demostrado tales analogías entre sí, que han llegado a sostener lo contrario; es decir, la realidad de un continente que ocupó durante un período aquella gran extensión del Océano Atlántico.

Ante estos hechos se preguntó el Dr. Chil: ¿existió dicho continente?, ¿fueron los guanches restos de aquella gran nación que quedaron aislados en el fondo de los mares? Y si no existió, puesto que la formación de las islas es debida, según los geólogos, a las fuerzas volcánicas, ¿de dónde vinieron aquellos aborígenes?,

¿qué dice sobre ello la Antropología? Esta ciencia dedicada al estudio del hombre en todas sus fases, es la llamada a resolver tan importante problema.

Al cumplirse el segundo año (1882), tuvo lugar la correspondiente velada en el mismo mes y en el mismo teatro, con asistencia de las mismas autoridades y elementos que en la del curso anterior. En ésta hablaron don Domingo J. Navarro, don Amaranto Martínez de Escobar y don Gregorio Chil, como Presidente, Secretario y Director de la Sociedad, respectivamente. Concedida la palabra al Dr. Navarro, comenzó haciendo consideraciones sobre los adelantos obtenidos en el aumento de los ejemplares recogidos y guardados en las salas de Antropología del Museo y sobre los propósitos de crear otras nuevas para conservar los objetos y vestidos relacionados con los usos y costumbres de los primitivos pobladores. Por su parte, el Secretario dio noticias de todas estas adquisiciones referidas a moluscos, crustáceos, peces, aves, insectos y reptiles de las islas, piedras de construcción, maderas, fósiles, vasijas, amuletos, pintaderas, pieles perfectamente curtidas, molinos de mano, morteros, tinajas, vasijas de madera, bolsas de cuero, tabonas o hachas de piedra, dijes, collares, ánforas de barro, es decir, un copioso manantial de objetos pertenecientes a los canarios prehistóricos, sin hacer excepción de los 800 cráneos, huesos largos y cortos, dos momias encontradas en fecha reciente y los mil volúmenes, folletos y manuscritos que se guardaban en la biblioteca.

Terminó el acto con la intervención del Dr. Chil

haciendo una síntesis de la historia de los museos en Europa para deducir que España no podía permanecer indiferente ante ese movimiento cultural. Por dicha razón puso en acción sus recursos hasta ver prosperar y florecer en su suelo estos establecimientos de ilustración. De ahí que, deteniéndose solamente en los de Canarias, empezó por referirse al que formó el historiador don José de Viera y Clavijo, base y origen de su *Diccionario de Historia Natural*. Con su muerte, acaecida en 1.º de febrero de 1813, desapareció el museo con las preciosas reliquias que poseía. Poco después en Tenerife, don Juan Mellorini principió a reunir objetos de antigüedades guanchescas y de historia natural hasta formar uno pequeño, que también desapareció a su fallecimiento, menos los pertenecientes a los guanches, que compró don Sebastián Casilda. Más tarde, en el año 1846, al llegar de Madrid el pintor don Manuel Ponce de León, uno de los socios fundadores de El Museo Canario, principió a reunir cuadros y algunos objetos de historia natural formando otro pequeño y curioso, que fue visitado y elogiado por cuantas personas llegaron a verlo. Tiempos después, se constituyó en Santa Cruz de Tenerife una sociedad con el nombre de Gabinete Científico, del cual formó parte un museo digno de estudio y consideración. En 1854, los jesuitas establecieron en el Seminario Conciliar de esta ciudad otro de bastante importancia, para aprendizaje de sus alumnos, y posteriormente el Dr. Chil comprendiendo la necesidad de adquirir y conservar objetos que pertenecieron a los antiguos canarios, formó un gabinete antropológico y de histo-



ria natural, a base de las variadas colecciones conquisiológicas que presentó en la Exposición provincial celebrada en Las Palmas el año 1862, y de los muchos objetos científicos que sirvieron de base al descubrimiento del origen de la raza primera que pobló las islas Canarias; pero como estos museos de propiedad particular no podían llenar las aspiraciones y necesidades científicas de un pueblo, se hizo necesaria la fundación de un centro que mereciera el nombre de Museo donde se reuniese y coleccionase cuanto fuera digno de estudio y conservación.

Este fue el origen de El Museo Canario, fundado a fines del año 1870 e instalado oficialmente en 24 de mayo de 1880, museo que ha llegado a exceder con el tiempo a toda clase de esperanzas. Por esta fecha, P. Couteaud, autor del libro *Chez les Atlantes*, decía del Dr. Chil, con motivo de un viaje que hizo a estas islas: "Este canario era un hombre entre dos edades, apasionado por el estudio y ardiente enamorado de su país. Sus conocimientos enciclopédicos, universalmente reconocidos, su inteligencia siempre despierta, el crédito que gozaba entre sus compatriotas y la afebilidad en su manera de ser, contribuían a hacer de él un hombre tan encantador como sabio."

Al año siguiente, esto es, en 1883, en que se cumplía el cuarto centenario de la incorporación de Gran Canaria a la Corona de Castilla, el Ayuntamiento invitó a la Sociedad para solemnizar al mismo tiempo la celebración del tercer aniversario de la instalación oficial del Museo, a fin de dar más auge e importancia a tal acontecimiento histórico. Acordado el aso-

ciarse a tan importante hecho, se adelantó la fecha del aniversario, fecha que se fijó en 1.º de mayo. La celebración se realizó en el salón de actos de la Corporación Municipal, con discursos del Presidente del Museo y del Director, así como con la lectura de la Memoria reglamentaria que había de presentar la Secretaría. En esta Memoria se dio cuenta de las visitas, efectuadas al Museo durante el año, por la Comisión científica francesa presidida por M. Milne Edwards que, a bordo del vapor *Talismán*, hacía estudios por el Mediterráneo y el Atlántico; y se habló, asimismo, de los trabajos llevados a cabo por el Dr. Verneau sobre antropología en estas islas.

Refiriéndose a estos extremos, dijo el secretario que durante el año se habían enriquecido las colecciones de mineralogía y zoología por los donativos hechos por entusiastas y amantes del Museo, pero no así las de antropología a causa de no haberse podido efectuar exploraciones por el interior de la isla, dada la escasez de recursos, ya que, a excepción de la ayuda que venía dispensando el Ayuntamiento y de los sacrificios que se habían impuesto los individuos de la Junta Directiva, el público canario no había sabido corresponder a las continuas excitaciones que constantemente se le hacían.

El cuarto aniversario tuvo lugar en el salón de sesiones del Ayuntamiento, con asistencia de las autoridades de la ciudad y de la Junta Directiva, el 25 de mayo; y con las intervenciones de don Andrés Navarro Torrens, Vicepresidente 1.º, del Secretario Sr. Martínez de Escobar y del Director Dr. Chil. Tra-

tó el primero de la Prehistoria como objeto de la vida del hombre en una época anterior a la de la historia propiamente dicha, añadiendo que — valiéndose de la Antropología— aquélla buscaba la vida de los seres humanos desde la época terciaria. Expuso, además, que la misma necesitaba de la Paleontología y de la Geología como ciencias auxiliares, dada la importancia que tenía el estudio de los fósiles y la estratigrafía de los terrenos para averiguar la edad en que apareció el hombre sobre la tierra. A pesar de ello se preguntó: ¿en qué período histórico encontramos indicios de la existencia del hombre?, ¿dónde comienza el hombre primitivo?

Leyóse a continuación la Memoria de Secretaría en la que, confirmandose en parte la del año anterior, se hacía relación del poco adelanto conseguido durante el curso en beneficio del Museo y del escaso apoyo pecuniario que recibía del gobierno de la nación y de los socios, en contraposición con la obra llevada a cabo por unos pocos que dieron a la publicidad trabajos de investigación y estudios históricos relacionados con nuestros aborígenes. Hizo, por último, uso de la palabra el Dr. Chil, para hablar y hacer historia de los museos que existen en otras poblaciones del mundo. Con datos precisos se ocupó de los de París, Roma, Viena, Berlín, Bruselas, San Petersburgo y otras muchas capitales que han levantado espléndidos edificios donde se atesoran valiosos objetos de inestimable riqueza para la ciencia, y donde el hombre estudioso aprende a descifrar los enigmas del pasado. Y por si fuera ello poco —añadió—, en poblaciones

de orden inferior como Dresde, Heidelberg, Nantes, Lyon, Marsella, Nápoles, Génova, Barcelona y tantas otras, existían dichos centros para dar primacía al culto de las ciencias y donde el espíritu de investi-



*Ayuntamiento de Las Palmas, en cuyo tercer piso fue instalado El Museo Canario.*

gación y del saber encontrase ricos y preciosos veneros de científico valor. En vista de ello, no podían permanecer indiferentes las islas Canarias, y por ello, la nuestra, inspirada en el genio de la época, creó en esta ciudad un museo que es orgullo de sus fundadores y gloria del mundo civilizado. En la actualidad —continuó diciendo— contaba con una sala de Mineralogía, llena de riquísimos materiales de construcción y productos volcánicos; con otra de Prehistoria, dotada de múltiples y originales vaciados que guardan relación con las épocas de la piedra; con las de

Zoología, Paleontología, Antropología y Loipografía, donde se guardan objetos y restos de las antiguas razas. Aparecidas, en razón a los adelantos conseguidos por El Museo Canario —terminó manifestando— ha entrado con pie firme y seguro en este terreno, ofreciendo abundante material para el estudio de estas cuestiones y una riquísima colección osteológica y de anatomía patológica para esclarecer el origen de los antiguos pueblos canarios.

En el año 1885, en su día 24 de mayo, quinto de la incorporación oficial del museo, tuvo lugar en el salón de actos del Ayuntamiento, bajo la presidencia del alcalde don Fernando Delgado Morales y con asistencia de concejales, representantes de la prensa local y de algunas sociedades, la celebración del correspondiente aniversario, interviniendo don Agustín Millares Torres con un discurso sobre “Las fuentes históricas de Canarias”, en el que hizo relación detallada de las obras que se han escrito sobre estas islas a través de los siglos, verídicas unas, erróneas otras y rectificadas las últimas aparecidas, en razón a los adelantos conseguidos por el estudio e investigación de nuestro pasado.

Leyóse a continuación la Memoria de Secretaría, y acto seguido el Dr. Chil habló de “El Museo en sus relaciones con la industria canaria”, exponiendo que en la Sociedad se ha llegado a reunir la colección ictiológica del mar Atlántico y que, a pesar de la importancia que tiene la pesca como riqueza del país, no existen en él industrias que permitan aprovecharla, como sucede en otras naciones donde se han creado flotas de barcos que han producido buenos capitales.

De igual manera —continuó diciendo— ocurre con el suelo, donde se producen la pita y el nopal; la primera, planta rica por su componente textil y por el alcohol que de ella se extrae llamado pulque, en forma de bebida agradable y de gran consumo en América; y la segunda, también famosa, por servir de cría a la cochinilla después de una serie de incidentes con sus adversarios, los que después de ver los resultados económicos que proporcionaba extendieron su cultivo por la isla, hasta que aparecieron los tintes. De ahí —terminó— la necesidad de poner a Canarias en condiciones para que todos estos tesoros sean susceptibles de ser industrializados.

El aniversario correspondiente a 1886 se celebró, como los precedentes, en el salón de actos del Ayuntamiento, siendo las trece horas del día 23 de mayo, comenzando con un discurso de su presidente don Domingo J. Navarro, sobre “La generación espontánea”, tema en el que después de exponer las opiniones en que se basan los defensores y detractores de aquella nueva teoría sobre el origen de la vida, concluyó diciendo que en el estado actual de la ciencia no es posible admitirla. El Secretario dio cuenta de los donativos llevados a cabo por distintas personas desde lugares dispersos del mundo, con los que, añadidos a los obtenidos en las distintas exploraciones practicadas por los directivos, se ha conseguido que el Museo siga adelante con paso firme y seguro. Finalizó el acto con la lectura del trabajo escrito por el Dr. Chil acerca de las exploraciones y rebuscas realizadas durante el año en los distintos pueblos de la isla, encabezados por el de Mogán.

En él —dijo— se descubrieron construcciones notables hechas con piedras ajustadas, con acompañamiento de ripios de argamasa, llenos en sus contornos de grandes ruinas, lo que hace suponer que ellas, por su disposición especial, estaban destinadas a practicar los embalsamientos, máxime si se tiene en cuenta el gran número de semillas de leña buena encontradas. A estas construcciones se las conoce con el nombre de Goros, dado por nuestros pastores a las paredes y pequeñas chozas que fabricaban a fin de abrigarse de la intemperie. Se extendió en ellas al considerarlas como la más perfecta construcción canaria, sólida y mejor conservada, probablemente destinadas a embalsamientos por las numerosas sepulturas y cuevas sepulcrales que existían en la vertiente de la colina. Tanto de unas como de otras hizo una escueta descripción, diciendo que los dólmenes son iguales a ellas, con la sola diferencia de que una de sus caras forma un arco de círculo bastante grande. Hizo referencia, además, a las exploraciones llevadas a cabo en Tirajana para conocer los llamados Almogaren situados uno en el Alto del Campanario y otro en la Fortaleza con su túnel, cuevas, paredes y sepulcros; a las del Cementerio de Artenara con sus numerosos enterramientos; y a los hallazgos obtenidos en Fuerteventura.

En el séptimo aniversario celebrado también en el mismo sitio, don Andrés Navarro Torrens leyó un trabajo sobre los progresos realizados por la ciencia y la importancia que tienen los estudios de Antropología en cuantos asuntos se relacionan con la evolución del hombre y sus distintas razas. Dada cuenta de la Me-

moria de Secretaría explicativa de los trabajos realizados durante el año, don Agustín Millares Torres, por encontrarse enfermo el Dr. Chil, dio a conocer el correspondiente a esta fecha, apuntando las tareas que habían de realizarse y propugnarse por parte de los individuos de la Junta en pro del perfeccionamiento del Museo y del aumento de las colecciones que posee. A este propósito se refirió a Tara y a las exploraciones hechas en distintas localidades guanches donde se encontraron objetos pertenecientes a los antiguos habitantes, exploraciones que han tenido un éxito favorable por los descubrimientos de antiguas poblaciones canarias, sus templos, sus habitaciones y sus cementerios. Todas ellas dieron idea de la grandiosa e imponente naturaleza que, en el centro de esta isla ocupada por gente canaria, se presentaba a la investigación del curioso viajero, desconocida en general por las difíciles comunicaciones que impedían visitar esos sitios y cuyo estudio sería muy provechoso para las ciencias antropológicas, geológicas, botánicas y zoológicas.

En 1888, el octavo aniversario se celebró en los salones del Ayuntamiento, con la asistencia del alcalde y algunos concejales. Hubo un discurso del Vicepresidente 1.º, don Agustín Millares Torres, que habló de los curiosos descubrimientos hechos en varias localidades de la isla por la comisión exploradora nombrada al efecto, deteniéndose en describir los lugares sagrados conocidos con el nombre de Almogaren. A continuación, el bibliotecario don Juan Padilla, por ausencia del secretario, leyó la Memoria reglamentaria,



en la que se daban a conocer las noticias recibidas en la Sociedad acerca de las costumbres y religión de los antiguos canarios, finalizando el acto con la lectura, por parte del Dr. Chil, de un estudio sobre la distribución geográfica de la raza primitiva en esta isla.

En el noveno aniversario, celebrado en el mismo local y con los mismos asistentes, se dio principio al acto con la lectura de un trabajo sobre “La ciudad de Las Palmas a principios de siglo”, por don Domingo J. Navarro, quien hizo relación y exposición de las transformaciones sufridas por la ciudad en dicho tiempo comparándola con la que existía en los comienzos del mismo. Describió las variaciones experimentadas por las calles de sus dos barrios, el atuendo que usaban sus habitantes, las costumbres establecidas entre ellos, los adelantos debidos a los grandes patricios que la gobernaron y el despertar cultural en contraposición con la indiferencia pasada. Siguió el secretario dando cuenta del movimiento científico y literario ocurrido durante el año y de los donativos recibidos, terminando el Dr. Chil con unas consideraciones sobre las evoluciones que se operan en la vida industrial merced a los adelantos y descubrimientos de las ciencias, después de haberse lamentado del escaso apoyo que alcanzaron en España los estudios de esta rama del saber humano. Por ello, tras aconsejar que no debe nuestro país fiar en la perdurabilidad de determinados elementos de riqueza, debe prestar atención al movimiento científico e industrial de Europa para estar prevenidos y adoptar resoluciones que eviten dolorosas crisis económicas.

En 1890, don Agustín Millares Torres, como Vice-presidente de la Sociedad, leyó un trabajo sobre “Las escalas de las carabelas de Colón en nuestra ciudad durante los memorables viajes del insigne descubridor de América”, ampliación del que leyó en este mismo Ayuntamiento el año 1882. Con su lectura completó el estudio en el que desde hacía tiempo, se venía ocupando, base de los que posteriormente se hicieron y publicaron. Diose lectura acto seguido por el Sr. Martínez de Escobar a la Memoria de Secretaría, en la que después de hacer ver los progresos incesantes en que iba desenvolviéndose El Museo Canario, como centro de enseñanza, puso de relieve el papel que desempeñaba en la cultura patria desde los puntos de vista geológico, antropológico y meteorológico. Hizo seguidamente relación detallada de los donativos recibidos durante el año, traducidos en objetos marítimos y terrestres, y terminó dando cuenta de las colecciones de bustos de razas humanas y de monedas que fueron enriqueciendo la sección de Numismática. Por último, el Dr. Chil en su discurso sostuvo que la raza indígena fue la de Cro-Magnon, porque la osteología demuestra que el dolicocefalismo domina en sus cráneos y el platinemismo en el cuerpo especialmente en las tibias, raza que, a pesar del tiempo y de la Inquisición, conserva sus usos, costumbres y creencias. De ahí que la civilización canaria fuera la misma que distinguía a dicha raza muy avanzada en moral, la que sin duda alguna debió ser envidiada por otras muchas al pretender marchar a la vanguardia de la civilización.

En 1891, en el mismo sitio y con la misma asis-

tencia de otras veces, tuvo lugar el undécimo aniversario, con un discurso de don Domingo J. Navarro, en el que se lamentaba de la falta de condiciones higiénicas existentes en la ciudad hasta mediados del siglo XIX, fecha en que empezaron a preocuparse los Ayuntamientos poniendo en acción los medios posibles para dar más amplitud a las calles, dotar a las casas de agua para el baño y de bebida en condiciones de salubridad. Detúvose en mencionar las enfermedades infecciosas que a consecuencia de estos focos tienen origen y describió las vías de comunicación que tenía la ciudad con el norte y sur de la isla, haciendo ver que sobre ellas la más útil y beneficiosa era la que nos llevaba al puerto, por las brisas que renuevan constantemente el aire y por la acción sobre dichos gérmenes. Acto seguido, el secretario dio lectura a la correspondiente Memoria, en la que, después de dedicar unas emocionadas palabras al Dr. Juan Padilla que había fallecido en febrero de este año, hizo relación de los numerosos donativos habidos durante esta fecha y de las reformas llevadas a cabo en los salones y galerías del Museo. El Dr. Chil y Naranjo le siguió en el uso de la palabra, haciendo una breve e instructiva disertación sobre este centro cultural y de los tesoros que encierra. Diez años de existencia —dijo— son motivo, más que suficiente, para dar a conocer al público lo que guarda, ya que empiezan a hablar de su importancia muchos sabios e inteligentes personas de nuestra nación y del extranjero.

En 1892 tuvo lugar, a las dos horas del día 25 de abril, la reglamentaria celebración en los salones del

Teatro Nuevo, bajo la presidencia de una comisión del Excmo. Ayuntamiento y con asistencia de las corporaciones invitadas, representaciones de prensa y numeroso público. Comenzó el acto con la lectura, por parte de don Agustín Millares Torres, de un discurso probatorio, con datos históricos, de que aún no se ha extinguido la primitiva raza de los aborígenes, seguido de la Memoria de Secretaría, y terminado por el Dr. Chil con un estudio de la vegetación canaria, demostrando que en este privilegiado clima y en los feraces campos de las islas crecen y se desarrollan prodigiosamente infinidad de plantas de las distintas zonas.

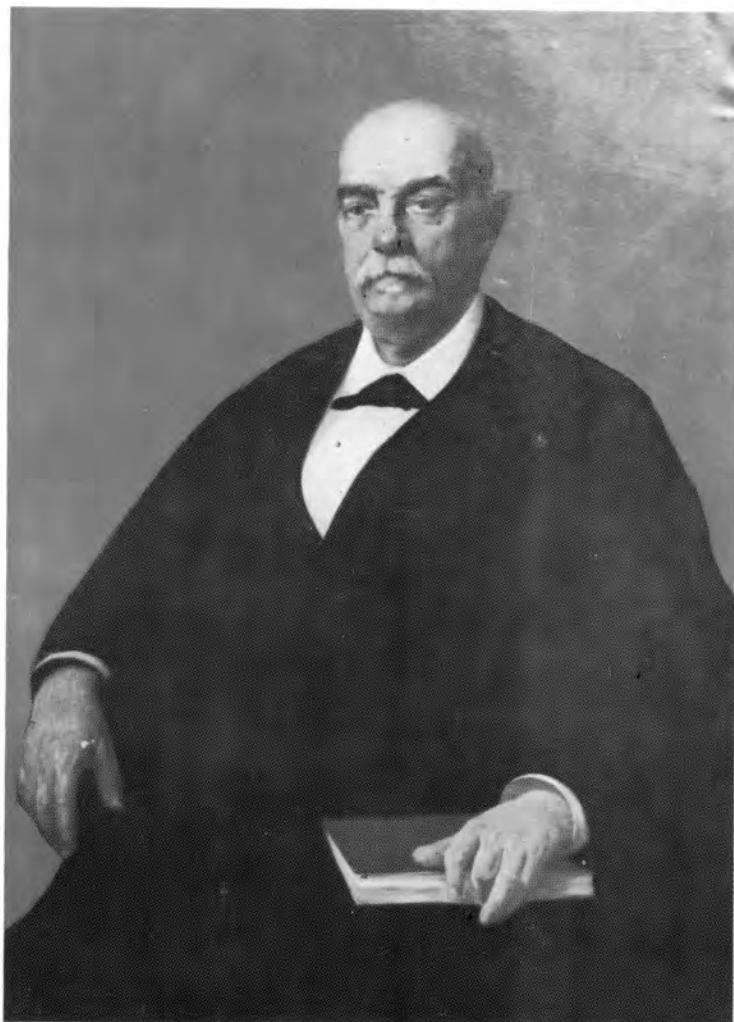
En 1893 y en el mismo sitio y lugar, con la colaboración de la Sociedad Filarmónica, se llevó a cabo la correspondiente a este año hablando don Domingo J. Navarro del adelanto y desarrollo de la ciudad y del curioso paralelismo entre el estado de la misma a mediados del presente siglo y del que hoy alcanza desde los puntos de vista material e intelectual. Terminada de leer la Memoria de Secretaría, el Dr. Chil finalizó la velada haciendo las correspondientes observaciones sobre los casos de fracturas y otras lesiones óseas ocurridas en las extremidades y maxilares inferiores de los primitivos pobladores de Canarias, después de hacer alusión a los distintos ejercicios, instrumentos y armas de que se valían para sus luchas y combates.

En 1894 se celebró el aniversario en los salones del mismo Teatro Nuevo, con asistencia de las mismas autoridades, público y cooperación de la Sociedad Filarmónica, leyéndose los discursos de don Luis Millares

Cubas, don Amaranto Martínez de Escobar y don Gregorio Chil y Naranjo.

Durante los años 1895, 1896, 1897 y 1898, no llegaron a verificarse los aniversarios, por estar afectada la ciudad de una epidemia de influenza en el primero; haber muerto don Domingo J. Navarro, don Agustín Millares Torres y don Laureano de Armas, miembros de la Junta Directiva, en el segundo; estar reorganizándose la Sociedad en el tercero; y encontrarse en guerra nuestra nación con los Estados Unidos en el cuarto.

En 1899, en el salón de actos del Ayuntamiento, bajo la presidencia de las mismas autoridades y cooperación de la Filarmónica, volvió a celebrarse el día 4 de junio el aniversario con un discurso del Presidente don Teófilo Martínez de Escobar, sobre los principios fundamentales del equilibrio entre las ciencias básicas y las especulativas y los remedios para combatir este mal. Siguió la lectura de la Memoria de Secretaría, en la que el Sr. Martínez de Escobar (don Amaranto) dirigiéndose a la juventud con palabras de amargura se quejaba de la indiferencia que la dominaba y del porvenir que esperaba al Museo cuando llegaran a desaparecer los viejos. Por último, el Dr. Chil habló sobre la importancia del mismo y sus desvelos constantes para engrandecerlo y conservar las instalaciones de dicho centro, haciendo constar que al llegar a esta fecha se había enriquecido con los numerosos donativos que hicieron los naturales de estas islas, de la Península, América y otras naciones de Europa. Entre ellos destacó los por él donados después de sus viajes a Francia



*Cuadro de Don Gregorio Chil, pintado por el Sr. González Méndez.*

y sus visitas a museos extranjeros. Hizo referencia a la sección de Numismática, creada en la Sociedad a base de la variada y valiosa colección de monedas an-

tiguas encontradas en Jandía de Fuerteventura y de algunas de oro y plata pertenecientes a los tiempos de César Augusto. De igual manera, hizo mención de la sección de Cerámica, aumentada con objetos etnográficos de piedra, de madera de reno y marfil, correspondientes a las épocas paleolítica, neolítica, del bronce y del hierro.

Al llegar el año 1900, vigésimo aniversario de la fundación y penúltimo de su vida, el Dr. Chil había alcanzado el apogeo de su fama universal, hasta el punto de que no había eminencia europea que no le conociera y visitara al pasar por Las Palmas. Por entonces tres hechos pusieron de manifiesto lo antes dicho: la aparición de un buen retrato pintado al óleo por el artista canario Sr. González Méndez expuesto al público en el escaparate de don León Vermetta, retrato que figura en la presidencia de la Sala de Juntas Directivas del actual Museo, y su copia, realizada por su íntimo amigo don Amaranto Martínez de Escobar, en una sala de la biblioteca; la publicación de un artículo en el periódico francés *L'Eclair*, de París en el que su Director dedica frases laudatorias al Dr. Chil con motivo de un discurso pronunciado defendiendo a España de los ataques dirigidos por un orador inglés al hablar, en tono despectivo, de nuestras conquistas y la celebración de la XII Sesión del Congreso Internacional de Antropología y Arqueología prehistórica en la Gran Sala del Palacio de los Congresos en la Exposición Universal de París celebrada en ese mismo año.

Por este último motivo se acordó inscribirse como

miembro del mismo y nombrar al Dr. Chil representante oficial y científico de la Sociedad, para tomar parte en sus deliberaciones. Y a fin de que su intervención fuera lo más completa posible, se convino en comprar un aparato fotográfico para obtener copias de documentos y manuscritos que interesen al Museo.

El Congreso fue celebrado en París en el mes de julio de aquel mismo año, pero el Dr. Chil no pudo intervenir directamente, porque, a poco tiempo de su llegada a la capital francesa, sufrió una agravación de la enfermedad del corazón que venía sorteando merced a muchos cuidados, viéndose obligado a regresar a Las Palmas. Por tal motivo no pudo llevar a cabo ni hacer efectivos los encargos que se le hicieron para El Museo Canario, entre los cuales tenían preferencia los envases de cristal para la conservación de los peces de estas islas.



EVOLUCIÓN DE EL MUSEO DURANTE  
ESTE TIEMPO

Al llegar a esta fecha (1900), el Museo se había enriquecido de un modo manifiesto con los numerosos donativos que hicieron los canarios y los naturales de la Península, América y Europa. Entre ellos ocuparon lugar preferente los regalados por el Dr. Chil, pues su pasión por la Sociedad no tuvo límites. Así lo evidenció en el año 1882, cuando tuvo que embarcar para Francia por motivos de salud. Pasó entonces por el Museo del Havre y en él su Director prometió enviarle ejemplares de Mineralogía y Paleontología a cambio de recibir otros repetidos del nuestro. De igual manera, Topinard y Manouvrier, en París, le hicieron donación de varios moldes de cráneos prehistóricos. Asimismo visitó los de Viena y Franfort, Maguncia, Colonia y Heidelberg, donde encontró magníficas instalaciones que le sirvieron para ordenar las propias del Museo, máxime si se tiene en cuenta que había llegado a obtener justa fama por ser el mejor establecimiento antropológico de España.

Diez años más tarde, esto es, en el año 1892, in-

gresó en los salones de la Sociedad la rica y variada colección de objetos pertenecientes a los indígenas de la isla, objetos que se hallaban en poder de algunos exploradores de la villa de Gáldar, y que adquirió el Dr. Chil. Igualmente creó la sección Numismática, a base de una valiosa y variada colección de monedas



*Sala de Antropología de El Museo Canario, en el tercer piso del Ayuntamiento, con el Dr. Chil en una de sus visitas.*

antiguas encontradas en Jandía de Fuerteventura y de algunas de oro y plata de reconocido mérito pertenecientes a los tiempos de Augusto. De la misma manera enriqueció la sección de Cerámica con ejemplares etnográficos de piedra, madera, rengífero y marfil correspondientes, según acabo de decir, a las épocas paleolítica, neolítica, del bronce y del hierro.

Así es que, al llegar el año 1900, el Museo estaba integrado por un salón de entrada destinado a la Mineralogía y ocupado por productos volcánicos, piezas de lavas de las islas y calizas de Gran Canaria y Fuerteventura, aunque careciendo de los materiales de construcción existentes en ellas. En la puerta del mismo se hallaba colocado el escudo de la ciudad del Real de Las Palmas e isla, que ostentaba el fuerte de Santa Ana construido a principios de la Conquista, en cuyo pie se leía el lema "Segura tiene la palma".

De este salón o galería se pasaba a la de Loipografía provista de carpetas donde se hallaban representadas las épocas de la edad de piedra, algunas de ellas tajadas y pulimentadas. Se guardaban también los adornos que usaban las damas canarias, los sacos de pieles y tejidos de juncos, punzones de huesos, instrumentos para sacar fuego, diversidad de esteras y un trozo de piel perfectamente curtida y con añadiduras de pequeños remiendos delicadamente cosidos, molinos, puertas, porteros y otros objetos de piedra reveladores de los adelantos de su industria. Asimismo se encontraban un bastón de mando colocado en su urna, una puerta de pino canario y curiosas inscripciones hechas en piedra.

En el salón que le seguía se hallaba instalada la cerámica, demostrando, con sus admirables ejemplos, el adelanto logrado en esta industria, por una raza que no se comunicaba con las demás del mundo. Habían también jarras, vasijas que contenían manteca de ganado, unas y otras empleadas en sus usos domésticos, e higos secos que conservaban para su alimentación. De igual manera se guardaban en este salón una rica colección de pintaderas.

Pasando a otro salón, dedicado a las secciones de Historia Natural y Paleontología, se encontraban en diferentes sitios algunos mamíferos como cabras, cerdos y perros que habitaban en Canarias antes de la Conquista, de los cuales la cabra por su cráneo guardaba relación con la de Egipto y el perro era especial de la isla por pertenecer a una raza pura y extinguida. La Ornitología comenzaba a dar señales de vida, representada por ejemplares de aves sedentarias y de tránsito; los reptiles, por el celebrado lagarto de Canarias; los batracios, por numerosos ejemplares y la ictiología por pocos y no clasificados.

Entre los insectos se conservaban las colecciones donadas por don José Moreno Naranjo; abundaban los crustáceos, y los malacostráceos o moluscos se hallaban dignamente representados por animales cubiertos con una coraza pétrea que dio lugar a una sección denominada de Conquiología. La Paleontología estaba representada por un magnífico ejemplar de lagarto dentro de una toba de la Isleta, conos, haliótides, bucios, etc., recogidos en el sitio donde estuvo el convento de San Ildefonso.

Entrando a continuación en el gran salón de la Antropología, se encontraban gran número de cráneos, abundantes huesos largos, anchos y cortos, pelvis, maxilares, raros ejemplares de anatomía patológica, como fracturas consolidadas de cráneos, húmeros, fémures, peronés y varios ejemplares de osteitis. Había otro salón de gran importancia para el estudio de la Antropología prehistórica, y donde se distinguían las épocas de la piedra de otros países, una variada y rica colección de antigüedades mejicanas, gran número de armas antiguas, cotas de mallas de madera y diversidad de objetos de Etnografía.

Por la relación que antecede, échase de ver la enorme y fructífera labor que el Dr. Chil y Naranjo ejerció en la vida de su gran obra, El Museo Canario. Intervino en todos los aniversarios de su inauguración oficial, salvo en aquellos en que el estado de su salud no se lo permitió, con un entusiasmo y fe en el triunfo dignos de ser destacados con luz esplendorosa. La índole especial de sus aptitudes le hizo aparecer ante el pueblo como la personificación de este gran centro científico que fue entrando paulatinamente por los ojos y llegando al corazón de la muchedumbre, después de haber vencido la indiferencia de los más, sin caer en el vicio de los adjetivos resonantes. El Dr. Chil fue el alma de esta organización cultural, honra de las islas, y por ello perdura y perdurará su nombre y recuerdo, a pesar de los años transcurridos desde su muerte.

# EL DOCTOR CHIL HUMORISTA

Parece a primera vista extraño que un hombre dedicado durante parte de su vida intelectual a la investigación histórica de nuestro pasado, fuera en sus ratos de entretenimiento y de descanso profesional un humorista destacado. Como tal, hermanaba la gracia con la ironía y la alegría con la tristeza; como tal, ponía de relieve en sus conversaciones el ridículo de las cosas, al tiempo que evocaba la piedad, la ternura y la compasión en favor de los que sufrían. No de otra manera se explica su intervención, con todo el entusiasmo de que fue capaz, en la organización de aquel festival sugerido en favor de los pobres de las dos islas hermanas, Lanzarote y Fuerteventura, cuando se vieron obligados a trasladarse a esta de Gran Canaria a causa del hambre que se dejaba sentir por efecto de la sequía.

Recordemos a este propósito que salió a la calle vestido de guanche, al frente de guayres y guanartemes, a fin de implorar la caridad pública y de recaudar fondos para proporcionarles trabajo. No olvidemos



tampoco que este festival fue el origen de la construcción del Paseo que lleva su nombre y la causa de la fractura sufrida en una de sus piernas. Otro hombre, sin humor, no hubiera sido capaz de someterse al comentario público que muchas veces es mordaz y burlón.

Por otra parte, y en otras ocasiones, se valía de algunas características de su personalidad para conseguir el fin que se proponía; sutileza psicológica, fina observación, comentario oportuno y ponderación justa, para que la exageración, de una parte, y la cortedad o temor, de otra, dejaran constancia de su buena intención. Es muy posible que estas características le ayudasen a compensar la frase picaresca con la áspera y ruda, y que esta compensación diera nacimiento al repetido modismo de “hermano... hermano”..., con que trataba de ganarse la confianza de los demás.

Muchos sucesos y escenas atestiguan el humorismo del Dr. Chil, pero de ellos he recogido unos pocos, para dar fe de ese aspecto de su personalidad.

No fue político, pero aceptó un puesto en la Diputación Provincial de Canarias para obtener, entre otras cosas, según tengo dicho en páginas anteriores, el capital que el Dr. Mena había legado para la construcción de un hospital en la Ampuyenta, capital que retenía indebidamente aquella Corporación. Contaba por entonces don Gregorio bastantes años. De mediana estatura, rechoncho y aparentando más edad de la que tenía, portaba bigote blanco y vestía, como todos los médicos de su época, levita y chistera, usaba leontina de oro y bastón con puño de plata.

En la Diputación, centro político encargado de administrar los intereses comunes del archipiélago, los miembros pertenecientes a cada una de las islas acudían en las fechas señaladas por la legislación vigente en aquella época. Casi siempre las presidía un diputado por la isla de Tenerife, y así siempre vencían en las



*El Dr. Chil.*



votaciones celebradas, por tener mayoría los electos por las cuatro islas occidentales. Por este motivo, don Gregorio la tenía calificada de Inquisidora de Gran Canaria, rememorando los tristes tiempos del Tribunal del Santo Oficio, pues en más de una ocasión tuvieron que salir y embarcar para esta isla nuestros diputados custodiados por la fuerza pública.

A pesar de ello, don Gregorio gustaba de discursar y obtener el aplauso de los asistentes, cuando se debatía algún asunto concerniente a la vida administrativa de su isla. Aprovechaba, por lo tanto, cualquier pretexto para hacer alarde de sus conocimientos científicos e históricos, buscando el halago, la consideración pública y los elogios más o menos velados por su actuación personal y patriótica.

Una tarde, con motivo de la epidemia de fiebre amarilla que reinaba en La Palma, describió con frases patéticas las escenas trágicas que estarían sufriendo sus habitantes al verse morir por tan terrible enfermedad. Recordó, como historiador, las que había escrito sobre las sucedidas en las epidemias de 1811 y 1838 en su isla natal, y la serie de incidencias puestas en solfa entre el pueblo y las autoridades. Puso de manifiesto el terror que se apoderaba de los vivientes al marcharse al campo huyendo del contagio, y la tristeza que de ellos se apoderaba cuando perdían a sus seres queridos. Don Gregorio, en su peroración, recurría a frases dramáticas, mascullando y accionando con el calor de su entusiasmo a fin de obtener el aplauso del auditorio, en aquella ocasión enardecido por lo tétrico de la descripción. Y cuando el Dr. Chil, no sa-

bemos si por su ampulosidad o por la emoción que caldeaba el ambiente, fue el primero en ofrecer sus servicios médicos y en disponerse a embarcar para la isla afectada, con el propósito de prestar ayuda a sus hermanos en el dolor y en el miedo, una estruendosa salva de aplausos premió hasta conmover su ánimo, el gesto benemérito.

Sus compañeros de diputación aprobaron, con los máximos elogios y sin regateos, la determinación tomada por el galeno, pero no había pasado una hora de este ofrecimiento cuando le vieron, extrañados y sorprendidos, en las oficinas de la Casa Consignataria de los Comillas sacando un pasaje para Las Palmas.

—¿Pero, hermano —le preguntaron sin salir del asombro—, no decía Vd. que iba a Santa Cruz de La Palma para asistir a los enfermos de fiebre?

—¡Hermano, hermano —contestó sin titubeos y con voz gangosa producida por el discurso—, una cosa es predicar y otra dar trigo!

\* \* \*

Vivía en la ciudad un hombre conocido de todos por su ilustración y por la afición sin límites que tenía al estudio de la Astronomía. Con este motivo contaba con un antejo de larga vista a falta de telescopio, y a él recurría para pasarse horas y horas contemplando el espectáculo maravilloso de nuestra atmósfera, sobre todo en las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde, en las que el Sol antes de salir y ponerse

permitía ver con claridad la silueta de algunos planetas. A tal fin subía a la habitación alta y solitaria de su casa, y desde ella maniobrando el referido aparato, dándole unas veces la inclinación necesaria para obtener el objeto de la visión y aproximando o separando otras sus lentes según el propósito deseado, se extasiaba ensimismado observando las variadas formas, tamaños, colores y satélites, no olvidando jamás la luz brillante que despedía Venus, llamado por ella lucero de la mañana y de la tarde, o el aspecto dentado que presentaba Mercurio.

Nuestro hombre era, además de entendido en esta ciencia de la Naturaleza, aficionado y enamorado del bello sexo. Solterón empedernido, renunció al matrimonio, porque gustaba de la variación en el trato con las distintas damas, como único medio de que cada una, dentro de su educación sexual, le enseñara la manera de experimentar placeres diferentes surgidos al socaire de una nueva posición corporal, de un contacto carnal más o menos extenso e íntimo, o de una actuación insólita. Lo interesante era sentir el apetito desordenado de la sensualidad para alternarlos con los que le proporcionaba, aunque de distinto significado, el mundo admirable de la madre Natura. Al fin y a la postre, unas y otras eran variantes de ese conjunto en que viven las cosas creadas.

Pero un día (tanto fue el pájaro a la fuente que se ahogó) se vio sorprendido con la aparición de una úlcera en cierto órgano del cuerpo que le llenó de angustias y preocupaciones, porque a pesar de su edad y práctica en el arte de la mancebía no había visto

aquel daño en sitio tan oculto a la vista de los demás. Y sin pérdida de tiempo ni vacilaciones marchó al despacho del Dr. Chil para ser observado y atendido. Llegado a él y puesto el cuerpo del delito al descubierto, bastó una simple mirada de don Gregorio para hacer el diagnóstico exacto; y sin más explicaciones ni detalles, le prescribió unas inyecciones de mercurio por ser el medicamento que en aquellos años se aconsejaba para curar el mal napolitano. Al oírlas, puso el paciente un gesto de extrañeza porque, no obstante lo avezado que estaba en estos menesteres, no creyó jamás que se tratara de tal enfermedad.

Púsose triste como era de esperar, y el Dr. Chil, cauto y ducho en estas escenas, concedor de la competencia de su cliente en la ciencia astronómica y por lo tanto en la observación de las bellezas de Venus con sus montes y de Mercurio con sus montañas, le consoló con estas palabras:

—Hermano... hermano, ¡es de todos sabido, que los astrónomos, al igual que los que se dedican al amor, empiezan en Venus y acaban en Mercurio!

\* \* \*

Cuando don Gregorio contaba algunos años y los ratos de su vida los dedicaba a coleccionar objetos para el Museo, sin dejar sus estudios antropológicos y etnológicos sobre los primitivos pobladores de Canarias, los únicos paseos que hacía por las calles de la ciudad eran destinados a resolver problemas de escasa

importancia, o a ejercitar los músculos de su cuerpo a fin de fortalecer la energía de su corazón ya afectado desde algún tiempo. Salía con su indumentaria apropiada dispuesto a saludar con afecto a sus amistades y conocidos, sin que ello fuera óbice para hacer pequeñas paradas en el camino mirando los escaparates de las tiendas, con el propósito de enterarse de las cosas de la vida de la población que siempre tenían, para él, el encanto de lo desconocido.

Una mañana dio una escapada desde su despacho a un centro oficial para aclarar una duda y, con las prisas, se olvidó de abrocharse la bragueta de su pantalón. La gente a su paso le miraba y se sonreía disimuladamente guardando el comentario por no llamar su atención, o para evitar que don Gregorio se molestara ante la advertencia.

Vivía por entonces en la capital una mujer famosa y popular, conocida por el público con el denominativo de la Loreto. Pequeña de estatura, atrevida en su vocabulario y confianzuda en el trato con los demás, no dejaba de observar cuanto en su torno ocurría, porque ello le servía de comidilla en sus conversaciones particulares y de entretenimiento, cuando algún tímido trataba de satisfacer necesidades de tipo genital. Mujer dada a la concupiscencia y al trato íntimo con muchos de los hombres de la isla a quienes entregaba sus encantos de mujer fácil, un poco ya vencidos y ajados, rara era la persona que no la saludaba para reírse un poco con sus caídas, o para quedar citados en el pecaminoso domicilio.

Aquella mañana, como digo, marchaba don Gre-

gorio por la calle Muro, sin darse cuenta del descuido habido al vestirse, pero al cruzarse con la Loreto a quien conocía desde sus tiempos de médico en activo, como consultante en sus enfermedades secretas, no pudo menos la meretriz, haciendo alarde de su desparpajo, de dirigirse a él señalándole el sitio del olvido al tiempo que le llamaba la atención sobre los botones del pantalón. Pero don Gregorio, ni corto ni perezoso, llevándose las manos al lugar indicado, le dijo con toda rapidez:

—Hermana... hermana. A pájaro muerto, jaula abierta.

Y continuó caminando pensando en sus problemas.

\* \* \*

Terminada la visita que los médicos hacían diariamente a los enfermos hospitalizados en las salas de San Martín, era costumbre inveterada que las operaciones se efectuaran una vez aquella finalizada. Una mañana le tocó el turno a una mujer que en la tarde anterior se había clavado una aguja de coser mientras repasaba las ropas de sus familiares. Hay que advertir, con este motivo, que en los tiempos a que se refiere este sucedido no existían aparatos de Rayos X y, por lo tanto, no podían hacerse radiografías para hacer el diagnóstico y localización del sitio en que el cuerpo extraño se encontraba.

Dispuestas las cosas para dar comienzo a la in-



tervención, el cirujano, guiándose por la herida de entrada y por lo que le dictaban la razón y el sentido común, comenzó a escindir las partes blandas hasta llegar a la masa muscular donde se pensaba que había de estar alojada la aguja. A este efecto es necesario recordar que era creencia general, entre los habitantes de la isla, la de que agujas, alfileres y otros instrumentos perforantes, una vez introducidos en la carne humana, corrían por ella hasta alcanzar distancias un tanto alejadas del punto de penetración.

Bajo esta impresión, los médicos procedieron a la busca y captura del cuerpo extraño, ensanchando caminos, abriendo espacios, cohibiendo hemorragias, sin llegar a encontrarla. Esto hizo que la operación se prolongara y que el nerviosismo y la inquietud se fuera apoderando de ellos, hasta el punto de que el sudor fue apareciendo en las frentes y de que el cuerpo auxiliar allí presente tuviera que proceder a secarlo, ante el temor de que alguna gota cayera dentro del campo abierto e hiciera posible una infección. Descansaban breves momentos para turnarse en el trabajo de búsqueda, se miraban en silencio como señal de fracaso, y a pesar de más incisiones practicadas la dichosa aguja no aparecía.

En esta situación acertó a entrar en el quirófano el Dr. Chil, bien ajeno a lo que allí estaba sucediendo, y al enterarse por sus compañeros de la causa del mal humor que les embargaba, aceptó la invitación que le hicieron en la esperanza de que tuviese más suerte que ellos. Desinfectadas sus manos, cogió la pinza y sin más dilaciones ni pérdidas de tiempo acertó a extraerla

con aire de satisfacción y sonrisa de victoria. Al soltarla sobre la mesa de los instrumentos, todos respiraron, algunos rieron y otros se sentaron agotados de la ardua labor realizada. Pero don Gregorio dándose cuenta de la situación creada y de las miradas que hacia la aguja dirigían los ojos de los operadores, exclamó con sarcástico humor y gesto protector :

—Hermano... hermano... Vds. la persiguieron y yo la encontré cansada; por eso me fue fácil extraerla.

Y todos asintieron porque esa era la única explicación posible.

# PATRIMONIO DE DON GREGORIO CHIL

Doña Rosalía Naranjo Cubas, madre de don Gregorio, había vendido a su hijo, mediante escritura pública celebrada con fecha 13 de diciembre de 1880, los siguientes bienes heredados de sus padres don Salvador Naranjo González y doña Ana Rosalía Cubas Ortega, libres de todo gravamen y responsabilidad: *a)*, una hacienda de tierras labradías y arrifes donde llaman la Rocha; *b)*, una casa de planta alta situada en la calle de la Cruz número 2, con una superficie de 281 metros cuadrados y huerta aneja de tres celemines; *c)*, una suerte de tierras de secano llamada de la Virgen, en la costa, de 4 fanegadas; *e)*, un trozo de tierra labradía, en Tara, de un celemín; *f)*, una casa terrera, sin número de gobierno, situada en la misma ciudad de Telde, calle de San Francisco, de 60 metros cuadrados de superficie; *g)*, una casa de planta alta en la calle Nueva de Telde, sin número de gobierno, de 100 metros cuadrados, con huerta de un celemín; *h)*, otra casa terrera en la calle de San Francisco, núme-

ro 4, de 90 metros cuadrados; e *i*), cuatro horas veinte minutos del Heredamiento del Valle de los Nueve.

La administración y usufructo de estas propiedades se las reservó doña Rosalía mientras vivió. Así es que pasaron íntegras a don Gregorio el 16 de octubre de 1885, fecha del fallecimiento de la madre, y si bien dejó al morir dos hijos, el referido Gregorio y Juan, pues Ana había fallecido siendo pequeña, éste quedó bajo la protección económica de su hermano, hasta tanto ocurriese su muerte.

Ahora bien, tanto don Gregorio como doña Rosenda, su esposa, tuvieron que vender varios bienes de su peculio particular para atender a la construcción de la casa situada en la calle del Colegio de esta ciudad, cuyo solar estaba ubicado en una parte del que ocupaba el convento de San Ildefonso según diré más adelante. A este fin, para evitar toda confusión de intereses entre ambos, declararon en la escritura que otorgaron ante el notario don Vicente Martínez, con fecha 25 de agosto de 1894, que no existían gananciales en la fecha de la citada escritura y por lo tanto los que poseían tenían carácter de parafernales.

Como consecuencia de la misma declaración de aquellas ventas, se adjudicaron a doña Rosenda las fincas situadas en el término municipal de Telde, donde llaman “Zamora” y “La Cañada”; y a don Gregorio: *a*), una casa de planta alta o de dos pisos señalada con el número 29 de gobierno en la calle del Colegio, de 605 metros cuadrados de superficie, de esta ciudad; *b*), una hacienda de tierra labradía situada en el pago de Tarazona, de 9 fanegadas, con casas y establos; *c*),

ocho horas y media de agua, o sea, ocho y medio días, por el Heredamiento de El Palmital; *d*), un albercón de obra de cal para encerrar agua, situada en el referido pago de Tarazona, de una superficie de 1.320 metros cuadrados, en el término municipal de Guía; *e*), una



*El Dr. Chil en la biblioteca de su casa, sita en la calle del Colegio.*

casa de planta alta situada en el número 2 de la calle de la Cruz, con una superficie de 281 metros cuadrados, y una huerta de tres celemines en el término municipal de Telde.

Don Gregorio, pues, se adjudicó la casa situada en la calle del Colegio número 29, de esta ciudad de Las Palmas, construida a sus expensas mediante compra de una parte del solar donde estuvo ubicado el convento de Recoletas de San Ildefonso. Este con-

vento, llamado también de las Religiosas Bernardas Descalzas, fue fundado por el obispo don Cristóbal de la Cámara Murga en su deseo de que hubiese un segundo convento de religiosas en Canarias, dotado de suficientes rentas para que en él entraran las monjas fundadoras que se habían traído del convento de la Concepción Bernardas de Sevilla en abril de 1643. Situado en un amplio solar limitado por las calles de la Vera Cruz, Santo Domingo, Canónigos y San Marcos, ocupó un gran espacio donde las monjas disponían de una extensa huerta para sus recreos y esparcimientos. Su entrada la efectuaban por la calle de la Vera Cruz; su frontis y portada miraban a la de San Marcos; su fachada posterior a la de Los Canónigos; y el lateral a la de Santo Domingo, que cambió más tarde su nombre por el de San Ildefonso.

El convento siguió su vida de recogimiento y pobreza durante más de dos siglos hasta que la Junta Revolucionaria de 1868, por disposición de la llamada de Gobierno que se constituyó en esta ciudad, lo cedió al Ayuntamiento siempre y cuando lo dedicara a Jardín de Aclimatación en el tiempo máximo de seis meses. Si pasado dicho plazo no se hubiera realizado el proyecto, se sobreentendía que la Corporación renunciaba al mismo y, por consiguiente, sería devuelto al Prelado, como así sucedió. Una vez en posesión del Obispado el solar, que medía 3.291 metros cuadrados y poseía una paja continua del abasto público, se autorizó por el Cardenal Pro-Nuncio de su Santidad el que fuese enajenado en pública subasta, a fin de allegar recursos que permitieran en su día dar casa-habitación

a la Comunidad que antes la habitó. Para lograrlo se dividió el solar en ocho parcelas, de las cuales tres daban a la calle del Colegio, una a la de San Marcos, otra a la de San Jerónimo y las tres restantes a la de los Canónigos. Efectuadas varias subastas, fueron declaradas desiertas en el año 1876; por lo que, visto su resultado, se procedió a su revalorización en 1878, pensando sin duda que los anteriores precios fueron prohibitivos.

Llevada a efecto, el Dr. Chil subastó las parcelas 3 y 4 que medían en total 769 metros cuadrados y dos octavas partes del agua del abasto en el mes de febrero de 1890, y sobre ellos construyó la casa compuesta de dos pisos con frontis a la calle del Colegio y San Marcos, que fue más tarde su domicilio y consultorio y donde se conservaban muchos libros de los que constituyeron su rica e interesante biblioteca. Esta casa, después de la muerte de su esposa, pasó a ser el local donde quedó instalado definitivamente El Museo Canario, una vez efectuado el traslado de cuantos objetos y sus clases se guardaban en el piso alto de las Casas Consistoriales.

Otras de las propiedades que constituían el patrimonio del Dr. Chil fue la casa de planta alta situada en el número 2 de la calle de la Cruz, en Telde, con una superficie de 281 metros cuadrados y una huerta de tres celemines aneja a la citada propiedad. Heredada de su madre con fecha 13 de noviembre de 1880, fue destinada, siguiendo sus deseos, a la instalación de un hospital que había de llamarse de San Pedro Mártir y de Santa Rosalía, en recuerdo del primitivamente



fundado y desaparecido, y del nombre de su santa madre, una vez fallecida la que fuere su esposa. Llegada esta fecha, la Junta testamentaria, de conformidad con las disposiciones, estaba obligada a comunicarlo al Ayuntamiento de Telde, para que se encargara de promover e instalar el referido establecimiento, en la evidencia de que, si transcurrido un año del aviso, la Corporación municipal no lo fundaba, quedaría dicha casa como los restantes bienes, en beneficio del Museo y de sostenimiento, o se procedería a su venta si la Junta no viera verdad, fijeza y estabilidad en la conducta seguida por la municipalidad de Telde, ya que siempre fue idea del otorgante la instalación de un establecimiento de beneficencia.

Pero se daba el caso de que dicho Ayuntamiento desde el año 1902 había establecido un contrato con la



*Casa de la calle de La Cruz número 2, donde se instaló el Hospital de Santa Rosalía de Telde.*

viuda del Dr. Chil, en virtud del cual le fue entregada la cantidad de 3.375 pesetas por la renuncia que hizo del usufructo que le correspondía según el testamento, y como anticipo para la fundación del referido hospital, que empezó a funcionar con la intervención de las Religiosas de María y la ayuda de la Comisión Internacional de la Cruz Roja, poniendo en él un dispensario.

Poco tiempo después, fue inaugurado el hospital. Con este motivo el *Diario de Las Palmas* de fecha 23 de junio de 1903, escribía “que los habitantes de la ciudad sureña bendecían a doña Rosenda Suárez Tascón, digna señora que, dando una saludable muestra de filantropía de las que tan grandes dio su esposo el inolvidable Dr. Chil, cedió el magnífico edificio donde el hospital se ha establecido. Y bendecían también a su insustituible Alcalde, que tanto ha hecho, vaciando en su beneficio con generosidad el dinero de sus bolsillos, de hombre trabajador e infatigable. Alabemos a Telde, pues pueblo que hace hospitales, es pueblo grande, fuerte y digno de las mejores alabanzas.”

Durante este tiempo el Ayuntamiento se puso de acuerdo con los curas párrocos de la ciudad para constituir una Junta benéfica de Señoras, y con algunos vecinos del mismo, para allegar recursos que permitieran sufragar los gastos ocasionados por la puesta en marcha y sostenimiento del establecimiento. De igual manera el alcalde abrió una suscripción mensual y permanente entre los individuos pudientes del término municipal, con el mismo fin.

Pero al ocurrir el fallecimiento de doña Rosenda, el 15 de marzo de 1913, ocho años después la Junta testamentaria, cumpliendo la voluntad del testador, comunicó a la Corporación municipal la cláusula II del testamento, en virtud de la cual, como acabo de decir, se le daba el plazo de un año para proceder a su instalación o venderla en favor del Museo, si así no lo hiciera.

A la vista de esta comunicación, el Ayuntamiento, que tenía la casa en su poder, después de informado por la comisión correspondiente nombrada al efecto, acordó en la sesión del 8 de julio del mismo año, no aceptar por excesivamente oneroso para el municipio el legado del Dr. Chil, y sí en cambio, se practicasen las oportunas gestiones a fin de adquirir en arrendamiento la indicada propiedad para establecer en ella el hospital o casa de salud.

Este acuerdo, ilegal a todas luces, fue el origen de la entrega de la casa y de arrendamiento al Museo, y de la resolución de la Junta testamentaria de sacarla a subasta, que se adjudicó el mismo Ayuntamiento, sin que desde dicha fecha hubiera pagado un céntimo de alquiler, a pesar de los requerimientos numerosos que se le habían hecho.

Así las cosas, el Cabildo Insular de Gran Canaria, en cumplimiento de uno de sus fines de creación, dirigió un oficio al presidente de la Junta testamentaria solicitando se cumpliera a su favor la voluntad del Dr. Chil, por tener el propósito de implantar a partir del año 1914 establecimientos benéficos en Guía y Telde, a cuyo objeto venían figurando en sus presu-

puestos las cantidades precisas para el sostenimiento de los mismos y la construcción de obras nuevas y de reparación, reformas que excederían de lo que el Dr. Chil aspiró a que llevara a cabo la Corporación municipal.

A este propósito propuso para dar solución a esta situación anormal: 1.º, que la Junta testamentaria se entendiera con El Museo Canario en cuanto a los alquileres de la casa debidos desde que se estipuló el arrendamiento hasta la fecha, abonando en su caso las cantidades que había percibido por el arrendamiento de la huerta de la casa-hospital; 2.º, que para lo sucesivo El Museo Canario aceptase la entrega al Cabildo Insular de la referida casa y huerta, al solo fin de la instalación y funcionamiento del hospital, sin pago de renta ni merced de ninguna especie, y quedara facultada la Corporación Insular para realizar todas aquellas obras que fueran precisas para el mejor funcionamiento y servicio del establecimiento, corriendo a cargo de la misma el pago de la contribución, seguro y demás gastos; 3.º, que en el caso de que el Cabildo suprimiera este hospital o si la misma Corporación desapareciera por cualquier causa y el Ayuntamiento de Telde no tomara a su cargo el sostenimiento del hospital, El Museo se incautaría de la casa con todas las mejoras y beneficios que en ella se hubieran realizado, sin tener que satisfacer, por la misma, cantidad alguna; y 4.º que el Cabildo Insular, en correspondencia, consignara en sus presupuestos una cantidad para la biblioteca del Museo y para ayudar a su apertura al público.

Reunidas las comisiones de Beneficiencia de la

Excma. Corporación y del Museo, se tomó el acuerdo de aceptar las condiciones solicitadas por aquélla y de que los alquileres adeudados a la Sociedad por el Ayuntamiento de Telde, se abonaren los que importaban las rentas de la huerta durante los nueve años transcurridos desde 1905 a 1914, toda vez que la casa había estado destinada a hospital en todo ese tiempo cumpliendo la voluntad del testador. La cantidad señalada fue la de 2.250 pesetas, pagaderas por el Ayuntamiento en varios plazos.

## FALLECIMIENTO DEL DR. CHIL

El 4 de julio de 1901, a las tres de la madrugada, cerró definitivamente los ojos el Dr. Chil y Naranjo. El quebranto de su salud, puesto de manifiesto en su último viaje efectuado a París, de cuya capital tuvo que salir sin llevar a cabo sus objetivos, le hizo extremar sus cuidados, hasta que la lesión de corazón que venía sufriendo le imposibilitó para seguir viviendo. Había cumplido los 70 años, y fueron testigos de su muerte sus íntimos amigos don Amaranto Martínez de Escobar y don Francisco Cabrera Rodríguez.

Enterada la Junta Directiva de El Museo de su fallecimiento, se reunió con carácter de urgencia para tomar acuerdos y dar cuenta de los pormenores del entierro que había de verificarse a las tres de la tarde de ese mismo día con asistencia del Ayuntamiento en pleno y con maceros, del Cuerpo Médico de la isla, de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de la que fue Director, y del Gabinete Literario y Artístico, corporaciones y entidades que enviarían comisiones y dedicarían coronas fúnebres al ilustre patricio.

Asimismo, por idénticas razones, se dispuso que asistiera la Junta Directiva de la Sociedad como albacea testamentaria en unión de la viuda usufructuaria, y que una vez nombradas las cabeceras del duelo se dirigiera el fúnebre cortejo a la Plaza de Santa Ana donde harían descanso frente al Ayuntamiento, por estar en él situado el Museo, su obra predilecta. Una vez en ella y colocadas las coronas sobre el féretro, seguir hasta el cementerio de Las Palmas donde habrían de quedar sus restos sepultados bajo tierra.

Diose lectura, acto seguido, al testamento otorgado por el Dr. Chil el día 10 de septiembre de 1894 ante el notario público don Vicente Martínez de Escobar, en el cual se instituía como única heredera usufructuaria vitalicia a su esposa doña Rosenda Suárez Tascón, y en propiedad y dominio de todo el mobiliario, alhajas y enseres que se encontraran en la casa habitación de esta ciudad sita en la calle del Colegio número 29, como en las demás del exponente o de la misma su esposa. Nombraba asimismo albaceas testamentarios de la dicha su esposa, al Presidente, Vicepresidente y Secretario de la sociedad El Museo Canario, para que juntos y separadamente se encargasen de formar, una vez acaecido su fallecimiento, un inventario exacto de sus bienes de todas clases, de su biblioteca, estantes, apuntes, papeles y manuscritos, objetos de Antropología, de Historia Natural, de antigüedades canarias, y de la imprenta que poseía con sus máquinas, cajas, letras y utensilios de toda clase. Disponía, de igual manera, que este inventario había de conservarse en la Secretaría de El Museo a cargo del que quedaría



también desde que ocurriese su fallecimiento la referida biblioteca, apuntes, manuscritos, objetos de antropología, de Historia Natural y antigüedades canarias en sus respectivos estantes, todo conforme lo dejara el dicente en las habitaciones de su casa, de acuerdo con su esposa, a la que rogaba, mientras viviera, cuidara de la conservación y aseo a fin de que todo se encontrara siempre en el más perfecto estado.

Para el cumplimiento de estas disposiciones constituía una junta, seguía diciendo el testamento, que se compondría del alcalde de esta ciudad, presidente de la misma, y de ocho vocales que serían los señores que desempeñaran, en la Junta Directiva, los cargos de Presidente, Vicepresidentes 1.º y 2., Director, Bibliotecario, Tesorero, Secretario y el Subdelegado de Medicina del Distrito, de los cuales el Presidente de la Sociedad sería el Vicepresidente de la Junta y el Tesorero y Secretario ejercerían estos mismos cargos dentro de la misma. Y que al fallecimiento de su esposa la Junta Testamentaria nombrada se hiciera cargo de los bienes y de su administración, inscribiéndolos a su nombre en el Registro de la Propiedad a los efectos legales, una vez cumplidas las formalidades que hayan de observarse en los arrendamientos.

Destinaba para la colocación del Museo la casa de su propiedad donde residía, sita en la calle Colegio de Las Palmas, después de los días de su esposa, en la que estará también la biblioteca y todo, al cuidado de un conserje de confianza, celoso e inteligente, que será el que única y precisamente habite la casa, debiendo de estar asegurada contra incendios en una

compañía de reconocido crédito y solvencia. Para el pago de sueldo de este empleado, y de los gastos de conservación y fomento del Museo, destinaba las



*Casa del Dr. Chil en la calle del Colegio, donde se halla instalado El Museo Canario.*

rentas y productos de sus bienes, sin que se les pudiera dar otra aplicación y sin que nunca se pudieran gravar ni vender, cualquiera fuera la circunstancia productora, pues sólo se les daría el fin que más adelante especificaba en el referido documento. Ma-



*El Dr. Chil en el último año de su vida.*

nifestaba además que, si la sociedad El Museo Canario por cualquier incidente desgraciado desapareciese, se encargaba la Junta testamentaria de su re-

constitución y reorganización, y si no fuera posible la formación de otra sociedad científica y literaria, ordenaba se realizase la casa y demás bienes destinados al Museo, así como la biblioteca, para convertir el producto obtenido en los establecimientos de beneficencia de esta ciudad. De igual manera destinaba para la instalación de un hospital civil, que había de llevar el nombre de Santa Rosalía, la casa que poseía en la calle de la Cruz de la ciudad de Telde, después de fallecida su esposa, encargando a la Junta testamentaria y administradora de la finca que procediera a comunicarlo oportunamente a su propio Ayuntamiento, por ser el indicado en promover e instalar el establecimiento; pero con la condición de que si transcurrido un año del aviso, aquella corporación no fundare el dicho hospital, quedaría la misma casa como los otros bienes, destinados al sostenimiento del Museo y a la venta, en su caso.

Legaba los instrumentos de cirugía de su uso al Hospital de San Martín de esta ciudad y añadía que si a su fallecimiento existiesen deudas contraídas durante su actual matrimonio fueran satisfechas por su esposa y heredera usufructuaria, y caso de que así no lo hiciera, la Junta entraría inmediatamente en la posesión y administración de los bienes hasta que con las rentas y productos de aquéllos quedaran solventadas las referidas deudas, momento en que entraría su esposa en la administración y usufructo de los mismos bienes.

Terminado de leer el testamento, se dispuso la Junta a cumplir sus acuerdos, asistiendo en corpo-

ración al entierro del patricio ilustre, acompañándole en el último paseo de su ciudad querida bajo el silencio y dolor de los que fueron sus amigos y admiradores.

Un día después de su muerte, por espontánea iniciativa del Ayuntamiento de esta ciudad, se tomó por aclamación el acuerdo de aprobar la propuesta presentada al mismo por los concejales don Manuel Gallardo, don Diego Perdomo, don Rafael María Fernández, don Fernando Cambreleng y don José Martín Velasco, con fecha 5 de julio y que copiada a la letra dice así:

“Excmo. Sr.

“Honrar a perpetuidad para estímulo de las presentes y venideras generaciones y en justicia merecida los beneficios recibidos, la memoria de los ilustres ciudadanos que con su inteligencia y patriótica labor cooperaron al progreso y cultura de su país, es deber elemental y por todo extremo, grato, para los pueblos nobles y leales, saber agradecer la obra fructífera de sus bienhechores.”

“Por estas consideraciones los concejales que suscriben, interpretando fielmente los levantados sentimientos de los habitantes de esta ciudad de Las Palmas y apreciando en su gran valor los eximios méritos y ejemplares virtudes cívicas de don Gregorio Chil y Naranjo fallecido en la mañana de ayer, hónranse proponiendo a V. S. tenga a bien adoptar el siguiente acuerdo.”

“Como homenaje debido al recuerdo imperecedero del distinguido patricio don Gregorio Chil Naranjo, socio fundador y Director del importante centro científico honra de esta ciudad, al cual desde su creación por él proyectada, consagró durante muchos lustros todos los esfuerzos de su gran entendimiento y las singulares dotes de actividad y entusiasmo inquebrantable, no omitiendo ningún género de sacrificios y legando su fortuna

para la conservación y fomento de aquél instituto que ante propios y extraños acredita nuestra cultura, el Ayuntamiento por aclamación unánime acuerda dar el nombre del Dr. Chil a la calle del Colegio donde vivió en sus últimos años el compatriota ilustre, y donde radica el edificio en que habrá de instalarse en su día El Museo Canario.”

Por su parte, la prensa, al dar cuenta del fallecimiento en términos elogiosos, interpretaba fielmente el sentimiento de la isla por la pérdida de tan destacada personalidad en el ambiente cultural del archipiélago. “Patricio insigne —decía—, antepuso el amor de su tierra y el progreso de las ciencias a toda clase de sentimientos. Su gran obra ‘El Museo Canario’, orgullo de las islas y de nuestra madre patria lo pregona en todo momento, pues en él se conservan los más fieles testigos de nuestra historia. Nadie que sienta inquietudes por el adelantamiento de las ciencias y de nuestra cultura, puede mostrarse indiferente a la labor extraordinaria llevada a cabo por el Museo y sus hombres, a través de los años. De ahí que toda persona amante de las ciencias, letras y artes, tenga que manifestar su admiración y elogio encendido a cuantos tesoros se guardan en las salas del edificio social. Basta leer en las páginas del Libro de Oro de la sociedad las inscripciones recogidas de las innumerables visitas efectuadas al centro por las distintas personalidades españolas y extranjeras, para darse cuenta de la importancia que en el mundo científico ocupa El Museo Canario.”

En 25 de mayo de 1902 se celebró sesión pública bajo la presidencia del Excmo. Ayuntamiento, con mo-

tivo de la celebración del XXII aniversario de la instalación oficial del Museo, siguiente al de su muerte, para honrar y enaltecer la memoria del Dr. Chil. Presidieron el Alcalde y el Presidente de la Sociedad, con asistencia de los concejales, Secretario de la corporación, Junta Directiva y socios de la entidad, comisiones nombradas por las sociedades y corporaciones invitadas, representantes de la prensa y numeroso público, solemnizando el acto la orquesta de la Sociedad Filarmónica de la ciudad.

Iniciada por ésta el solemne acto, tomó la palabra el Licenciado Canónigo Doctoral, don José Feo Ramos, en nombre del Presidente, para prodigar elogios a los fundadores y favorecedores de este centro científico, lamentar el estado de indiferencia y falta de ilustración de las personas que figuraban en nuestra sociedad local y atacar duramente a los que pretendían sostener la ignorancia de los demás. A continuación el nuevo Director de El Museo, don Luis Millares Cubas, dijo que siempre se recordaría aquella figura popular y simpática que año tras año y desde aquel sitio nos contaba los progresos de la Sociedad, o disertaba sobre asuntos de prehistoria canaria con frase tal vez rebelde al molde clásico, pero rica en colorido, pintoresca y gráfica, por lo que su obra fue grande, hermosa y bella. Expuso acto seguido los trabajos realizados sobre 125 cráneos, demostrando los grandes puntos de contacto de la primitiva raza con el tipo Cro-Magnon, raza muy rara cuando se conquistó la isla a causa de innumerables cruzamientos. De igual manera la tibia platicnémica, el fémur robusto y en-

corvado con su línea áspera y fuerte, la concavidad anterior del cúbito y otros caracteres menos destacados, contribuyeron a formar y estrechar los lazos de parentesco étnico de los guanches con la raza antes nombrada.

Se leyeron después unas notas necrológicas reseñando las virtudes del principal fundador de El Museo Canario, haciendo relación de su vida y considerándole como médico, historiador y antropólogo que ocupó, en los congresos a esta rama dedicados, los puestos más destacados. Disertó luego el Dr. Franchy y Roca sobre lo mucho que deben las generaciones presentes y pasadas a ese gran altar de la ciencia, haciendo luego atinadas consideraciones y demostrando que, mientras este país ha adelantado en su vida material, se nota excesivo atraso en su vida moral contrastando con ello el espíritu de progreso científico que reina en el seno del Museo, debido todo a la iniciativa y constancia del Dr. Chil que se dedicó a dar vida a un centro que, siendo un monumento de la historia de estas tierras, proclamará por todas partes su cultura científica.

Ultimamente el Sr. Martínez de Escobar, tras hacer un estudio biográfico del Dr. Chil con el cariño que siempre le mostró en vida, leyó una sentida elegía que terminaba con estas estrofas :

*No olvidemos jamás al fiel amigo  
al verdadero sabio,  
al patriota canario generoso  
a quien lloro y bendigo;*



*que puede nuestro labio  
siempre ensalzar un sacrificio hermoso;  
que aquel que su heroísmo  
llevara más allá de su existencia,  
y a la ciencia adoró con fanatismo  
conquistando despojos olvidados  
de una raza extinguida,  
reconstruyendo pueblos devastados  
por la ambición del hombre maldecida;  
obrero laborioso,  
narrador de otros tiempos patriarcales,  
merece que su nombre respetuoso  
se grabe en caracteres inmortales.  
Mas si fuera posible  
que el pueblo que le debe tanta gloria,  
no le alzase un trofeo  
para honrar su memoria;  
monumento triunfal es el Museo,  
y patrón de su ciencia lo es su historia.  
Duerma en paz el amigo cariñoso,  
nada turbe su calma;  
yo le consagro un monumento hermoso  
en lo más recóndito de mi alma.*

A continuación, el Alcalde accidental don Bartolomé Apolinario Macías, después de dirigir sus felicitaciones a la Sociedad que ha dotado a Las Palmas de tan preciado tesoro, recordó los beneficios prestados por el Dr. Chil, quien después de dedicar su existencia al monumento más grande que desde el punto de vista científico poseemos, quiso después de su muerte sos-

tenerla dejándole toda su fortuna para darle perpetua vida. Recordó aquella tarde que ninguna ocasión como entonces para coronar el homenaje al Dr. Chil, marchando todos unidos a descubrir la lápida donde está grabado su nombre, que sería el que correspondería desde entonces a la antigua calle del Colegio.

Concluidas las últimas palabras, tocó la orquesta la marcha fúnebre de Chopin y acto seguido se dirigieron a la calle del Dr. Chil descubriendo el Alcalde la lápida.

El día 12 de junio de 1906, al cumplirse los cinco años de su muerte y con motivo de ser exhumados sus restos en el cementerio de Las Palmas para ser depositados en otro lugar del mismo, se encontró el cadáver en tan perfecto estado de conservación, que produjo sorpresa grande y emoción profunda en las personas que presenciaron la exhumación.

Con este motivo la prensa dijo que las cenizas del Dr. Chil, como las de López Botas y otros distinguidos patricios fallecidos o que fallecieran, debían ser guardadas en un panteón construido por suscripción popular encabezada por el Ayuntamiento que se denominaría “Panteón de hijos ilustres de Gran Canaria”.

Años después, el Muy Ilustre Ayuntamiento de Telde, en sesión solemne, acordó perpetuar la figura y el recuerdo de don Gregorio erigiéndole un busto en uno de los sitios recoletos y acogedores de la ciudad. Como era de esperar se eligió la calle que lleva su nombre, sembrada de césped y silenciosa, situada a la derecha de la plaza de San Juan Bautista, llamada

antes del Osario, por encontrarse en ella el de esta parroquia cuando se verificaban en su interior los enterramientos. En 1901, según disposición de la misma Corporación, había sido colocado el retrato del hombre



*Calle del Chil en Telde, donde está emplazado su busto.*

benemérito pintado al óleo por don Santiago Tejera Quesada.

En fecha reciente, 14 de noviembre de 1969, tuvo lugar el descubrimiento de la piedra y del bronce cincelado y esculpida su figura por el artista José Perera Valido, hijo también de Telde, después de una sesión académica celebrada en la noche de dicho día, en el salón de actos del Instituto Técnico. A este propósito copiamos de “El Eco de Canarias” la siguiente reseña :

“Tuvo lugar la última conferencia del ciclo cultural celebrada en la capital sureña con motivo de las fiestas de San Gregorio Taumaturgo. Fue esta conferencia, dedicada a don Gregorio Chil y Naranjo y pro-



nunciada por el Dr. Juan Bosch Millares, con el colofón de ser inaugurado el busto dedicado al ilustre patricio por el Ayuntamiento de Telde. Deuda contraída con el que tanto hizo por la cultura de la isla, no podía

ser saldada sino perpetuando su figura y recuerdo en el bronce cincelado y tallado por otro hijo de la referida ciudad, José Perera Valido. Ubicado en uno de los sitios más recoletos en la calle que lleva su nombre, a la derecha de la Iglesia de San Juan Bautista, el busto del Dr. Chil servirá de ejemplo a nuestra juventud y de orgullo a los canarios.

“Comenzó el Dr. Bosch su conferencia, recordando que hace dos años fue atentamente invitado por el Ayuntamiento de Telde para que hablase sobre la vida y obra del Dr. Chil y que por entonces se atrevió a pedir a la Corporación Municipal que en una plaza, paseo o calle de la ciudad, se erigiese un busto a su memoria para saldar la deuda con tan benemérito patrio y para ejemplo de los jóvenes que han de ver en



*Mesa presidencial del Salón de Actos del Instituto Técnico de Telde, constituida por el alcalde don Manuel Amador Rodríguez, el conferenciante Dr. Juan Bosch Milleres y el Director del Centro, don Virgilio Díez Puebla.*

él la expresión y significación de cuanto hizo en beneficio de nuestra historia.

“Acto seguido trazó una síntesis de la biografía de don Gregorio, hablando de su nacimiento, enseñanza de las primeras letras, educación en el Seminario Conciliar de Las Palmas y estancia en París cursando su carrera de Medicina. En términos vibrantes destaca su amor a la capital francesa, cuanto en ella realizó, las relaciones entabladas con los maestros de la Antropología y su trato social para detenerse en la vida que llevó a cabo en Las Palmas una vez regresado de la gran urbe. Hace relación de cuantas publicaciones, conferencias y discursos pronunció y escribió en las revistas y periódicos de esta ciudad y de cuantos títulos y nombramientos fue objeto por parte de las sociedades francesa y española entre las cuales estimó como más importante la de Oficial de la Academia Francesa expedido por el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.”

“Expone a continuación la serie de viajes y visitas efectuadas a distintas capitales de España y Francia y a los diferentes archivos y bibliotecas públicas y privadas para preparar la edición de su obra *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias*, que tantas satisfacciones y sinsabores había de producirle, máxime cuando recibió la noticia de su excomunión decretada por la autoridad eclesiástica, al hacerse solidario y partidario de la teoría de la evolución de Darwin y Lamarck en su prefacio.”

“Se refiere más tarde a la fundación y creación de El Museo Canario, su principal obra surgida del pro-



*Asistentes al acto del descubrimiento del busto erigido al Dr. Chil.*

ducto de su ingenio y actividad que ansió ver realizada desde su regreso a Las Palmas, y a la sesión histórica en que fue nombrada su primera junta y los fines para que fue fundado. Esta obra, su hija favorita, fue el inicio de ese gran templo de la ciencia y de la historia canaria que posee la isla, donde se guardan los ricos tesoros de la raza aborígen y donde es obligado acudir cuando se quiere estudiar y publicar alguna materia relacionada con ella. Enumera la serie de propiedades que poseyó el Dr. Chil para asegurar la vida de la Sociedad y termina refiriéndose al dolor que produjo su muerte en la madrugada del 4 de julio de 1901 y de los homenajes que se le ofrendaron en su ciudad nativa y en Las Palmas.

“Finalizada la charla pronunció unas palabras refe-

ridas al acto el alcalde don Manuel Amador Rodríguez y seguidamente se trasladaron los asistentes al sitio donde está colocado el monumento que fue descubierto por la misma autoridad después de hacer los correspondientes elogios a quienes han intervenido directamente en la erección y sitio de emplazamiento.”



*Momento en que el alcalde, Sr. Amador Rodríguez, pone al descubierto el busto erigido al ilustre hijo de Telde.*





*Busto del Dr. Chil, obra del escultor Perera.*

## POST-SCRIPTUM

En prensa este libro el Excmo. Ayuntamiento de Las Palmas en la sesión plenaria celebrada el 29 de septiembre último, y como homenaje al Dr. Chil y Naranjo, acordó colocar el busto labrado por el escultor recientemente fallecido Abraham Cárdenes, en el Paseo que lleva el nombre del fundador de El Museo.

## PALABRAS FINALES

*El Dr. Chil, en atención a lo expuesto en las páginas precedentes, reflejo fiel de lo que hizo intelectualmente durante su vida, fue uno de los pocos hombres de su época que han dejado profunda huella en el camino de su existencia. Patriota ilustre y de corazón, ha dejado un nombre digno de loa e imitación merced a una constancia admirable y tenaz y a un empeño decidido y sólo secundado por unos pocos compañeros.*

*Como ejemplo de cuanto acabo de decir, creó El Museo Canario cuya Dirección desempeñó a gran altura, hasta lograr que su reputación fuera conocida de todos los científicos. Por ello su personalidad ha pasado a la historia grabada en letras de oro, como modelo digno de imitación, ya que las grandes obras que realizó y los celosos esfuerzos que llevó a cabo fueron encaminados a que sus propios compatriotas y los extraños supiesen de la existencia e importancia que tienen estas islas emergidas del fondo del Atlán-*

*tico, desde los puntos de vista histórico y antropológico.*

*Pocas figuras, por lo tanto, más acreedoras al póstumo homenaje de sus coetáneos y de las futuras generaciones como los de este hombre, por sus actividades, entusiasmos y sacrificios en bien de la causa perseguida con indiscutible éxito. El Museo Canario, joya de inestimable valor por encerrar datos y restos elocuentes de un pasado glorioso, por guardar el proceso de los canarios desde su origen y el de los primeros pobladores y por dar a conocer los caracteres de aquella valiente raza aborigen que desapareció al aparecer la civilización, es un monumento de muchos quilates y un organismo valiosísimo de primer orden, donde se enumeran detalladamente los sucesos históricos de este archipiélago a partir de las primitivas edades.*

*De más está decir que el Museo constituyó para el Dr. Chil su principal objetivo, en la vida, su trabajo predilecto, el que absorbió su atención y consumió sus energías. No en vano ha quedado su presencia inmortalizada gracias a la fortuna que le legó, a fin de ponerlo a cubierto de cualquier contingencia fortuita. De ahí que fuera el Dr. Chil, entre sus colaboradores, el alma, el verbo y la encarnación de esas necrópolis guardadoras de nuestros recuerdos queridos y cenizas sagradas, como esas otras en las que la materia encuentra descanso eterno.*

*No fue quizá un genio que culminara extraordinariamente en la posesión de la ciencia y de sus descubrimientos; sí, en cambio, un intelectual dedicado principalmente a su cultivo, laborando constantemente*

*en bien de su país, enalteciéndole y prestigiándole hasta eternizar sus glorias. Nuestro don Gregorio murió cuando aún se encontraba en la mitad de su camino y por ello sus grandes méritos tienen que ser aceptados por cuantos se interesan en estos estudios, ya que una de las grandezas del hombre estriba en reconocer a los demás el trabajo y la obra que realizaron en vida. Llevó además con nobleza y generosidad el ejercicio de la profesión, compatibilizándola con su alentador optimismo, conciliando opiniones encontradas, soslayando dificultades, y desempeñando con la mayor presteza y fogosidad de ánimo el cargo inamovible de Director, hasta resolver los obstáculos aparecidos mientras duró la constitución y organización de la Sociedad. Si a ello añadimos que intervino en todos los actos culturales celebrados por la Entidad, colaborando en la publicación de la revista y en cuantos quehaceres se presentaban para su solución, échase de ver lo que hizo en pos de su mayor prestigio y consideración. De ahí que al cerrar los ojos pudo consolarse mirando su gran edificio, no sólo por lo que en él se guarda, sino por el beneficio que está proporcionando a cuantos enamorados de sus valores pueden enorgullecerse de poseer un centro destinado a servir de asiento a nuestra cultura y civilización.*

## *ÍNDICE*

	PÁGINAS
<i>Primeras palabras</i> . . . . .	7

\*

#### BIOGRAFÍA DE DON GREGORIO CHIL Y NARANJO

<i>Telde en el segundo tercio del siglo XIX</i> . . . . .	15
<i>Nacimiento y adolescencia</i> . . . . .	23
<i>Su estancia en París</i> . . . . .	31
<i>Su vida en Las Palmas. Su labor científica</i> . . . . .	43
<i>Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias</i> . . . . .	61
<i>Sus matrimonios</i> . . . . .	93
<i>Creación y fundación del Museo Canario</i> . . . . .	107
<i>Evolución del Museo durante este tiempo</i> . . . . .	141
<i>El Doctor Chil humorista</i> . . . . .	149
<i>Patrimonio de Don Gregorio Chil</i> . . . . .	163
<i>Fallecimiento del Doctor Chil</i> . . . . .	175

\*

<i>Palabras finales</i> . . . . .	197
-----------------------------------	-----



ESTE LIBRO CUYA EDICION CONSTA  
DE 500 EJEMPLARES, SE ACABÓ  
DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES  
DE LITOGRAFIA SAAVEDRA,  
LA NAVAL, 205  
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
EL DÍA XXV DE ENERO  
DE MCMLXXII



Casa-Museo de Colón  
Colón, 1. Las Palmas.

I.—LENGUA Y LITERATURA.

1. Ignacio Quintana, Lázaro Santana y Domingo Velázquez: *Poemas*. (Publicado).
2. Luis Benítez: *Poemas del mundo interior*. (Publicado).
3. Fernando González: *Poesías elegidas*. (Publicado).
4. Sebastián Sosa Barroso: *Calas en el Romancero de Lanzarote*. (Publicado).
5. Juan Marrero Bosch: *Germán o sábado de fiesta*. (Publicado).
6. Agustín Espinosa: *D. José Clavijo y Fajardo*. (Publicado).
7. José Pérez Vidal: *Poesía Tradicional Canaria*. (Publicado).
8. Manuel Alvar: *Estudios Canarios*. (Publicado).
9. José Batlló: *Una Historia de Amor*. (Publicado).
10. Rafael Guillén: *Amor, acaso nada*. (Publicado).
11. Ruth Schmidt: *Cartas entre dos amigos del Teatro: Manuel Tolosa Latour y Benito Pérez Galdós*. (Publicado).
12. Saulo Torón: *Poesías*. (Publicado).
13. Pedro Perdomo Acedo: *Elegía del Capitán Mercante*. (Publicado).
14. Jesús María Godoy: *Sobre el Camino*. (Publicado).
15. Lázaro Santana: *Recordatorio USA*. (Publicado).

II.—BELLAS ARTES.

1. Alberto Sartoris: *Felo Monzón*. (Publicado).
2. J. Hernández Perera: *Juan de Miranda*. (En preparación).

III.—GEOGRAFÍA E HISTORIA.

1. J. M. Alzola: *Historia del Ilustre Colegio de Abogados de Las Palmas de Gran Canaria*. (Publicado).
2. Marcos Guimerá Peraza: *Maura y Galdós*. (Publicado).
3. M. Luezas: *Geografía de Gran Canaria*. (En preparación).
4. Dr. Juan Bosch Millares: *Historia de la Medicina en Gran Canaria*. (Publicado).
5. F. Morales Padrón: *Sevilla, Canarias y América*. (Publicado).
6. Dr. Juan Bosch Millares: *Don Gregorio Chil y Naranjo, su vida y su obra*. (Publicado).

IV.—CIENCIAS.

1. Dres. Bosch Millares y Bosch Hernández: *El síndrome de Gardner-Bosch*. (Publicado).
2. José Murphy: *Breves Reflexiones sobre los Nuevos Aranceles de Aduanas*. (Publicado).
3. Günther Kunkel: *Hefechos cultivados*. (Publicado).
4. F. Estévez: *Flora canaria*. (En preparación).
5. Günther Kunkel: *Árboles exóticos*. (Publicado).

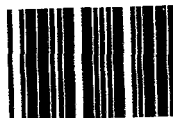
V.—LIBROS DE ANTAÑO.

1. D. J. Navarro: *Recuerdos de un noventón*. Estudio preliminar de Simón Benítez. Notas de Eduardo Benítez. (En prensa).

VI.—VARIA.

1. Luis Doreste Silva: *Romance de la isla al paso de Cristóbal Colón*. (Publicado).
2. Luis Doreste Silva, Juan Jiménez, A. G. Ysábal: *Poemas*. (Publicado).
3. Joaquín Artiles, Luis Doreste Silva y Pedro Perdomo Acedo: *Rubén Darío*. (Publicado).

ULPGC. Bibliot



\*62382  
BIG 929CHI